

R.L.
STEVENSON
EL DINAMITERO



Lectulandia

El elemento de acción y de aventura presente en toda la obra narrativa de R. L. Stevenson (1850 - 1894) ocupa el primer plano en *El dinamitero*, relato escrito por el autor en colaboración con su esposa, Fanny Van de Grift (a quien se deben los episodios titulados «El ángel de la destrucción» y «La bella cubana»). Las peripecias de los protagonistas (tres jóvenes de buena familia que, privados de medios de fortuna, deciden entregarse a toda aventura que el azar pueda ofrecerles) nos presentan un populoso Londres («la Bagdad de Occidente») propicio a la aventura y centro de actividad anarquista, el misterioso Utah de los mormones y una isla del Caribe donde el vudú coexiste con la piratería.

Lectulandia

Robert Louis Stevenson

El dinamitero

ePub r1.0

Titivillus 02.04.17

Título original: *The dynamiter*
Robert Louis Stevenson, 1925
Traducción: Luis Loayza

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO EN EL CIGAR DIVAN

Dos jóvenes que representaban veinticinco o veintiséis años coincidieron, tras de larga separación, en la capital de los encuentros, Bagdad de Occidente, o sea en la ancha acera de la parte septentrional de Leicester Square. Uno de ellos, con aspecto simpático y distinguido, titubeó un instante, al ver el aire de pobreza que tenía su amigo.

—¿Es posible? —dijo—. ¡Pablo Somerset!

—El mismo —confirmó el otro—. Mejor dicho, lo que ha quedado de él, después una vida llena de peripecias. Yo, en cambio, Challoner, no noto en usted la menor diferencia.

—¡Ah!, las apariencias siempre engañan —contestó Challoner—. Pero no es éste el lugar más a propósito para hacernos confidencias; estorbamos el paso de los transeúntes. Si quiere vayamos a otro sitio.

—Déjeme que le guíe —propuso Somerset—. Le conduciré adonde se fuma el tabaco más delicioso de Londres.

Y tomando del brazo a su amigo, le llevó en silencio a la puerta de un pacífico establecimiento situado en Rupert Street, en Soho. A la puerta se erguía un enorme soldado escocés tallado en madera, uno de esos “highlanders” que han llegado casi a considerarse como antigüedades. A través del cristal del escaparate, sembrado de pipas, tabaco y cigarros, se podía leer en letras doradas: “Cigar Divan”, para fumadores, de “T. Godall”. El interior del local, aunque de pequeñas dimensiones, resultaba cómodo y alegre; su propietario era un hombre tieso, pero sonriente y amable. Saboreando dos espléndidos habanos, se sentaron ambos jóvenes en un sofá tapizado de felpa gris, dispuestos a contarse sus historias.

—Soy abogado —comenzó Somerset—; pero ni el destino ni los procuradores han querido que haga un buen papel. Transcurrían mis tardes en una sociedad elegante. Las noches, y pongo al señor Godall por testigo, las pasaba, de ordinario, aquí; en este salón. Y en fin, por las mañanas tenía el hábito de levantarme después de las doce. Con esta vida se liquidó de prisa mi reducido patrimonio, si bien digo con orgullo, que fue también alegremente. A partir de entonces, un señor sin nada de recomendable, como no sea que es mi tío por parte de madre, me da la ridícula suma de diez chelines semanales. Por supuesto, usted que en otra época me vio presumiendo por las luminosas calles de mi barrio preferido, habrá adivinado, desde luego, que liquidé mi fortuna.

—No, por cierto —negó Challoner—. De lo que no cabe duda es de que son excelentes sus relaciones con los sastres.

—Se trata de una visita que tardará mucho en repetir —dijo, sonriendo, Somerset—. Mi fortuna ha acabado definitivamente. Consiste, o más bien consistía esta mañana en cien libras nada más.

—Es asombroso —observó Challoner—. Sí, es una extraña coincidencia. Yo

tengo la misma cantidad.

—¿Usted? —exclamó Somerset—. ¡Cualquiera lo creería!

—Pues es verdad, querido amigo. No sé a quién recurrir —repuso Challoner—. Aparte de este traje que llevo puesto, no poseo en mi ropero ni siquiera unos pantalones. He de tomar una decisión, pues algo se podrá hacer con un capital de cien libras.

—Acaso —concedió Somerset—, aun cuando yo no sé qué hacer con las mías. Señor Godall —añadió, dirigiéndose al dueño del salón—, usted, que es un hombre de mundo, dígame qué puede hacer con cien libras un joven de esmerada educación.

Según y como —adujo el propietario, tirando su cigarro—. El poder del dinero es algo en lo cual no creo. Con cien libras puede uno vivir un año a duras penas. Más fácilmente pueden gastarse en una noche, y del modo más sencillo se pueden perder en cinco minutos, invirtiéndolas en valores bancarios. Si tiene usted suerte, es muy útil un penique; si no la tiene usted, un penique no le valdrá de nada. Cuando yo me encontré sólo en el mundo, sin experiencia alguna, pensé ser artista; y aquí me ve vendiendo tabaco. ¿Qué conocimientos tiene usted, señor Somerset?

—Sé algo de leyes —respondió éste.

—Es una respuesta digna de un sabio —habló el señor Godall. Y luego, dirigiéndose a Challoner, interpelló—: Y a usted, ¿puedo preguntarle lo mismo?

—Naturalmente —asintió el interpellado—. Me doy muy buena maña para el “whist”.

—Hay muchas personas en Londres que tienen la dentadura completa —indicó el dueño—, Sin embargo, no le quepa a usted duda alguna de que muchas más se dan también buena maña en el “whist”. Hace algún tiempo conocí a un joven que estudiaba para gobernador de Inglaterra. Claro que el proyecto era ambicioso. Sin embargo, lo es más el que un hombre pretenda hacer del “whist” un medio de vida.

—Me cuesta mucho, y, al mismo tiempo, me causa cierto temor, buscar en qué ocuparme para llegar a ser una persona laboriosa —dijo Challoner.

—¿Para llegar a ser una persona laboriosa? —extrañó el señor Godall—. ¿Es posible que un maestro de pueblo llegue, habiendo dejado su escuela, a comandante? ¿Es admisible que un capitán degradado pueda ser juez pedáneo? Esta ignorancia de la clase media me sorprende. Cree que el mundo está sumido en la ignorancia y el envilecimiento. Pero a la mirada sagaz no se le oculta que cada clase se divide en jerarquías adornadas de peculiares aptitudes. Ustedes, por deficiencias de educación, no sirven para trabajar, pudiendo, en cambio, gobernar una nación. Las artes verdaderamente liberales están más allá de la competencia de los profanos; son las que dan nombre al artista.

—¿Qué vanidoso es este individuo! —comentó Challoner al oído de su amigo.

—Mucho, en efecto —corroboró Somerset.

Se abrió en aquel momento la puerta del salón dando paso a un tercer personaje que, pidió tabaco tímidamente. Era más joven que los otros dos, y parecía inglés por

su aspecto. Cuando le hubieron servido, encendió la pipa, se sentó en el sofá y se dirigió a Challoner, preguntándole si se acordaba de Desborough.

—¿Desborough? ¡Por supuesto! —afirmó Challoner—. Bien, Desborough, ¿qué hace usted?

—En realidad, no hago nada —declaró el joven.

—¿Vive usted acaso de sus rentas? —preguntó el otro.

—¡Ni por asomo! —contestó Desborough, algo amoscado—. Estoy pensando en la manera de salir a flote.

—Pues todos nos encontramos en idéntica situación —dijo Somerset—. De seguro, y es mucha presunción, tendrá usted cien libras.

—Un poco menos —rectificó Desborough.

Mire usted qué dramático cuadro, señor Goall —señaló Somerset—. Tres inútiles.

—Es una de las características de esta época, en la que abunda todo —repuso el dueño.

—No, señor, lo niego. Admita sólo que yo no sirva para nada, que éste tampoco y que los tres no valgamos un pitoche. ¿Qué soy yo? Bien que mal he aprendido leyes, geografía y matemáticas. Poseo, además, nociones de astrología. Y con todo me veo más desvalido que un niño. No quiero absolutamente nada a mi tío materno; pero, ¿a qué negarlo? si no fuese por él, me moriría de inanición. Empiezo a darme perfecta cuenta de que es necesario conocer algo a fondo, aunque sea la literatura. Y aun así, el hombre mundano es una de las facetas de este tiempo. Posee un asombroso conjunto de conocimientos; su casa está en cualquier parte, y ha vivido de todos modos. En resumidas cuentas, creo que esta forma de vida ha de dar algún resultado. Yo me considero un perfecto hombre de mundo, de los pies a la cabeza, Usted también, Challoner. ¿Y usted, Desborough?

—Sin duda —respondió el joven.

—Pues bien, señor Godall: aquí tiene usted a tres hombres de mundo, sin un trabajo que nos de para vivir. Nos encontramos en el centro del orbe (llamaremos así a esta calle) y en medio de estas multitudes, muy próximos al sitio donde se oye sonar más dinero en la superficie del globo. Como hombres civilizados, ¿qué hemos de hacer'? Ahora van ustedes a verlo. A ver, un diario.

—Tengo el mejor del mundo, "The Standard" —dijo enfáticamente el señor Godall.

—Muy bien —continuó Somerset—. Esto que guardo entre mis manos es la voz del mundo, el clarín que anuncia las necesidades del hombre. Lo abro ya, y donde primero se fijan mis ojos... Píldoras Morrison... No, más arriba... Donde Primero se fijan mis ojos... Aquí está lo que buscaba. Aquí hay una ligera mancha en el blasón de la sociedad. Una queja, una oferta digna de gratitud: "Gratificación de doscientas libras". Dice así: "Se pagarán a la persona que suministre algún informe sobre la identidad y domicilio de un individuo que fue visto ayer en las proximidades de Green Park. Tiene unos seis pies de estatura, ancha espalda, va cuidadosamente

afeitado, con bigote negro y viste un abrigo de piel de foca”. Aquí, amigos míos, está la base de nuestra prosperidad.

—Entonces, ¿intenta usted, amigo mío, que nos convirtamos en detectives? —dedujo Challoner.

—¿Proponerlo o intentarlo yo? No, nada de eso —arguyó Somerset—. La razón, la Providencia, el mundo entero nos obligan. En ello se ponen de manifiesto nuestros méritos, nuestros modales mundanos, el dominio de nuestra palabra, nuestros amplios y poco vulgares conocimientos, todo, en suma, lo que hace e integra al detective. Esta es al cabo la única profesión que cuadra a un caballero.

—Creo que exagera usted un poco —repuso Challoner—. Hasta ahora he considerado ese oficio como poco digno, rastrero, propio de gente inculta, la peor y más repugnante de las profesiones.

—¿Por qué? —replicó Somerset—. ¿Defender la sociedad? ¿Poner en juego la vida por proteger la de los demás? ¿Eliminar los peligros ocultos? Apelo al testimonio del señor Godall. Él, en fin, como investigador de la vida por su lado filosófico, es probable que acepte estas teorías. Él sabe muy bien que el policía ha de desempeñar varios papeles, y que por lo mismo, es, en esencia, un héroe mayor que el soldado. ¿Cabe suponer que un general, que cuenta con un ejército perfectamente disciplinado, vacile sobre la conducta de éste en el campo de batalla?

—Yo no suponía que íbamos a unimos —confesó Challoner.

—Tampoco nosotros; pero aquí están los brazos, aquí está la cabeza —prosiguió Somerset—. Ya es cosa resuelta. Hemos de descubrir al hombre del abrigo de piel de foca.

—Bueno. Admitamos que convenimos en ello —precisó Challoner—. Usted no traza plan alguno, ni sabe en absoluto nada, ni tiene una pista que le sirva de base.

—Challoner, ¿es posible que dude usted de sí mismo? —atajó Somerset—. El azar nos ha reunido a los tres. Cuando nos separemos ese mismo azar nos llevará hacia mil indicios. Por el instante empieza el papel del hombre de mundo. Seguimos esta pista que la gente ve sin entenderla, él, rápido como un gato, salta sobre él, lo hace suyo, lo acosa con habilidad y tesón, y de una tontería sabe crear un mundo.

—Ciertamente —aprobo Challoner—. Me agrada que se reconozca usted tales méritos. Pero, entretanto, yo no entro en la partida. No he nacido para detective, sino para ser, en principio, una persona correcta y un excelente bebedor. Por lo que a mí atañe, voy a echar un trago, deseando que estas intrigas y aventuras, vamos, la única aventura en que parece probable que me vea envuelto, no sea con un acreedor.

—Ahí está el error —objetó Somerset—. Así revela el secreto de que no sirva usted para nada. El mundo está colmado de aventuras. Unas nos asaltan en la calle: manos que hacen señas desde un balcón; estafadores que aseguran habernos conocido fuera; gentes amables o de mala fe, de toda clase y condición, que no le dejan a uno tranquilo. Usted sigue adelante, y por mil sinuosos terrenos continúa dentro de la senda más peligrosa. Ahora, en el momento, debemos abrir los brazos a esta aventura

que se nos presenta, tanto si es espantosa como romántica. Aceptémosla. Me place por lo misteriosa. Cuando menos, nos servirá de pasatiempo. Cada uno de nosotros vendrá aquí, a este sitio, a contar su fórmula al filósofo amigo Godall, que tan complacido nos oye. ¿Convenido? ¿Prometen ustedes dos aceptar la primera casualidad que se les depare, analizarla, averiguar su fondo y deducir si en él hay escondido algún negocio? Prométanlo así. Yo, por mi parte, los admito en la gran profesión detectivesca.

—No soy ningún aficionado; pero sea como usted guste —dijo Challoner.

—Ya que no hay peligro en prometer, lo prometo —dijo Desborough.

—Hombres faltos de fe... Pero, en resumidas cuentas, lo han prometido. Vean cuán satisfecho está el señor Godall.

—Escucharé con mucho gusto las aventuras para las cuales se preparan —dijo el propietario con su habitual amabilidad.

—Y separémonos ya —concluyó Somerset—. Me apercibo a lanzarme por el camino de la casualidad. Desde este rincón se oye el rugido de Londres, semejante al fragor de una batalla. Voy a afrontar el oleaje de sus cuatro millones de almas, protegido por una coraza de doscientas libras pagaderas al portador.

AVENTURAS DE CHALLONER EL CABALLERO DE ESCOLTA

Vivía Eduardo Challoner en un piso reducido en el barrio de Putney. Al siguiente día se hallaba en su apartado domicilio, dispuesto a salir a pie, muy en contra de sus deseos, a primera hora de la mañana. Challoner era un joven de majestuosos ademanes, poco amigo del ejercicio físico, blando, sedentario y calmoso.

Era en verano. El tiempo estaba sereno y el cielo despejado. Caminaba profundamente sumido en sus meditaciones, recordando su gran aptitud para el “whist”. Pero conforme se internaba en el laberinto del Sudoeste fue acostumbrándose su oído al silencio poco a poco. Una calle tras otra veían pasar su figura solitaria; una casa tras otra hacían resonar sus pasos con fantásticos ecos; una tienda tras otra ostentaban sus cerradas puertas de hierro y sus letreros, en tanto que él, como un buque aislado, navegaba al comienzo de un día luminoso, entre un campo de diurnos durmientes.

“Si topara aquí con el mala cabeza de mi amigo —pensaba—, encontraríamos, sin duda, ocasión para una aventura. En pleno día, están aquí las calles solitarias, silenciosas, como en la más negra noche de enero, y a pesar de sus cuatro millones de durmientes, resultan tan desérticas como los bosques de Yucatán. A mi voz se congregaría un número de hombres capaz de constituir un ejército, y a pesar de todo ni el sepulcro es tan silencioso como esta ciudad dormida”.

Continuaba absorto en tan hondas cavilaciones, cuando notó que se hallaba en una calle más abigarrada de lo corriente en aquel barrio. A un lado, edificios modernos, “alegres” moradas en las cuales mejor no es no ahondar; más allá se veían barracas con paredes de ladrillos, moradas de pobres. Asimismo se veía una vaca blanca, anuncio quizá de una lechería o reclamo de un negocio. Un gato jugaba con una brizna ante una solitaria casa rodeada de jardines. Challoner se paró a contemplar aquel ser viviente, que parecía un símbolo de la paz nocturna. Cuando cesó el ruido de sus pasos, se hizo el silencio sepulcral. Las chimeneas no despedían humo, las ventanas permanecían cerradas, y todo el engranaje de la vida humana estaba inmóvil, pareciendo a Challoner oír hasta la respiración de los que estaban entregados al sueño. Según permanecía inmóvil, le sorprendió desde dentro de la casa, una detonación extraña, y a continuación un monstruoso silbido como el de una gigantesca caldera. Al tiempo que por puertas y ventanas se escapaba un vapor maloliente. El gato, al punto, desapareció maullando.

Resonaron en el interior unos pasos, se abrió la puerta, arrojando nubes de humo, y dos hombres y una muchacha elegantemente vestida salieron a la calle, huyendo en el más absoluto silencio. Entonces cesó el silbido y se desvaneció el humo. Challoner continuaba en el mismo sitio. Recobró la razón, y con ella sintió un invencible terror, echando a correr como alma que lleva el diablo.

Lentamente fue amortiguándose este impulso inicial y mientras acortaba el paso, empezó su imaginación a resumir los hechos. Sin embargo, el silbido, el vapor maloliente y la extraña huida de aquellas tres personas eran cosas que estaba muy lejos de comprender. Con análogo terror hacía mil hipótesis, solo, de nuevo, penetró en el dédalo de callejuelas a la claridad de la mañana.

Completamente extraviado, quiso el acaso que fuese a parar a una pequeña calle que en el centro formaba una plazoleta con un jardincillo. Los pájaros cantaban en los árboles, y era agradable a aquella hora la sombra de sus hojas. Absorto en sus pensamientos, caminaba Challoner con los ojos fijos en el suelo cuando de pronto vio cortado su paso por una tapia.

Sin embargo, no era él solo quien se perdiera aquella mañana. Cuando alzó los ojos, descubrió, agradablemente sorprendido, a una joven, en quien, desde luego, reconoció a uno de los misteriosos fugitivos. La joven, por lo visto, había ido allí con los ojos vendados; detuvo su carrera la tapia y la joven, extenuada, cayó sobre la arena. Sus ropas se habían manchado con el polvo del verano. Se miraron durante un instante, y ella, mirándole con orgullo, se levantó, rogándole que se marchara de allí. Challoner no salía de su asombro al encontrar a la heroína de su aventura. Observó que la joven disimulaba el miedo. Se apoderaron a la vez de su mente la piedad y la sospecha. Pero, a pesar de ambos sentimientos, se vio obligado a seguir a la dama. Lo hizo con toda delicadeza, temiendo aumentar su terror; pero, aunque caminaba con sumo cuidado, resonaban sus pasos en la solitaria calle. Este ruido pareció producir en la joven una viva emoción, pues se paró en cuanto los oyó.

Dio media vuelta ya joven, y con paso indeciso y tímido, se acercó a él, quien, por su parte, continuaba su camino con parecidas muestras de vergüenza. Cuando se hallaban a dos pasos escasamente uno de otro, vio Challoner que la joven levantaba los ojos hacia él y alzaba los brazos como si le llamara.

—¿Es usted inglés, caballero? —le preguntó.

El pobre miraba, asombrado, a la joven. Challoner era la misma cortesía, y se habría avergonzado de mostrarse descortés con una dama. Pero, por lo demás, era un hombre muy poco a propósito para las aventuras amorosas. Miró alrededor suyo. Las casas, únicos testigos de esta entrevista, permanecían mudas. De fijo, ni aun en pleno día era fácil que otra persona tomara cartas en el asunto. Por fin se volvió otra vez hacia la que suplicaba, pudiendo convencerse, contrariado, de que su rostro como su figura eran encantadores. La dama, además, iba elegantemente vestida y enguantada; sí, sin ningún género de duda, se trataba de una dama, en cuyo rostro se dibujaba la aflicción y la inocencia. Parecía a punto de llorar, perdida en la gran ciudad.

—Señorita —dijo él—, no abrigue usted ningún temor. No crea que la sigo. Si nos encontramos, es por culpa de esta calle, que nos ha engañado a los dos.

En el rostro de la joven se dibujó un inequívoco gesto.

—Debía haberlo adivinado —repuso—. Muchas gracias. Pero a tal hora y con este silencio —añadió—, entre inmóviles paredes, tengo mucho miedo. ¡Oh, sí,

mucho miedo!

Y al pronunciar estas palabras palideció.

—Le ruego que me ofrezca usted su brazo —agregó en amable tono de súplica—. No me atrevo a ir sola. ¡Estoy tan nerviosa! Temo un mal encuentro.

—Señorita —respondió gravemente Challoner—, estoy a su disposición.

La joven le cogió de un brazo, y por un momento, pareció que se lo oprimía. Luego, con prisa febril, dirigió los pasos de su acompañante hacia la ciudad. Entre tanto misterio, sólo una cosa era palpable: el miedo de la joven. Challoner sentía que la joven, agarrada a su brazo, temblaba de terror.

Challoner pensaba que aquel terror era repulsivo, y además, contagioso. Notaba que se le iba contagiando, y no podía esto menos de irritarle; como lo lamentaba con toda su alma, intentó vencerlo.

—Señorita —dijo a la joven—, estoy muy orgulloso de poder ser útil a una dama. Pero confieso que yo seguía otro camino opuesto al de usted, y creo que merezco una explicación.

—¡Silencio! —exclamó ella—. ¡Aquí no, aquí no!

A Challoner se le heló la sangre en las venas. Se le antojaba habérselas con una loca; pero su memoria recordaba con tanta claridad la detonación, el humo y la fuga de los tres personajes, que se sentía agobiado por el misterio. Challoner, animado al oír los pasos de un policía que se acercaba, volvió a la carga, esta vez con más bríos.

—Creo —dijo en tono de conversación— que la he visto a usted salir de una villa en compañía de dos caballeros.

—¡Oh —contestó la joven—, el caso no es precisamente así! Yo no salía de una casa, sino que huía de ella a todo correr. Además, mis acompañantes no eran caballeros. Es mejor que le hable francamente.

—Creí percibir luego cierto olor —continuó Challoner, movido por el acento de aquella réplica—, un olor como de... ¡Ah!, y un ruido como de... No sé a qué compararlo.

—¡Silencio! —volvió a exclamar la joven. No sabe usted los peligros a que se expone. Acompañeme ahora; pero no quiera saber nada. En cuanto dejemos estas calles y estemos donde no puedan oírnos, se aclarará todo.

—Señorita, creo ver que es usted culta —notó Challoner.

—Soy algo más que eso —prosiguió suspirando la joven—; soy una muchacha obligada a discutir de un modo impropio de mis pocos años.

Cuando llegaron a las cercanías de la estación Victoria, la joven se detuvo, soltándose del brazo de Challoner. Estaban en una esquina, y la desconocida miró alrededor entre indecisa y contristada. Luego, mostrando un rostro amable y risueño, puso su mano enguantada sobre el hombro de su acompañante.

—Tiemblo al pensar en lo que ha podido usted creerse de mí; pero no puedo ser más explícita. Ahora debo dejarle, aunque le ruego que me espere. No intente seguirme ni espiar mis actos. No forme usted juicios sobre mí. Le aseguro que soy tan

inocente como su propia hermana. Y sobre todo, no piense en abandonarme. Usted parece a un caballero cortés y generoso, y al pedirle algunos minutos de paciencia, lo hago en la seguridad de que no se negará usted.

Challoner se sentía malhumorado; mas prometió lo que le pedían. La joven le dirigió una mirada de gratitud, y desapareció, doblando la esquina. Ahora que se encontraba solo parecía deshacerse el encanto que le había cautivado hasta entonces, y opinaba que había hecho el ridículo. Ante esta idea se reveló, y echó a andar en persecución de la joven.

Challoner, al doblar la esquina, vio desaparecer en una taberna a su bella compañera. Si dijéramos que se sorprendió, mentiríamos, de seguro, pues hacía ya tiempo que nada le sorprendía. No obstante, estaba disgustado y molesto. ¡Qué candor el suyo! Apenas un segundo después de haber desaparecido la joven, apareció de nuevo ésta, ahora iba acompañada por un joven de aire provinciano, no muy bien vestido. Ella y su acompañante cambiaron algunas frases y parecían sostener una conversación animada. Luego el hombre se volvió hacia la taberna mientras la joven, con paso acelerado, echaba a andar de nuevo hacia Challoner, el cual se regocijó de verla caminar en tal sentido. El disgusto que un momento antes había sentido Challoner iba aminorándose conforme la muchacha avanzaba hacia él. Su belleza sola no le habría atraído de aquella forma, pero la gentileza era para él un verdadero imán. Si se hubiera encontrado ante una vulgar aventurera, habría obrado con estricta justicia; pero ante una mujer que por lo pronto revelaba ser una dama, se encontró desarmado. La joven se acercó a la esquina desde donde él la había espiado. Estaba un tanto acalorada, y le dijo:

—Es usted un ingrato.

—Señorita —repuso tras de una pausa—, no creo que pueda tacharme de ingrato después de haberla acompañado pacientemente a través de media ciudad. Desde este momento la pido que me releve del oficio de protector. Usted tiene no muy lejos de aquí amigos que se alegrarán de poder serle útiles.

La joven se quedó callada durante un momento.

—Está bien —repuso—. Váyase, y Dios me ampare. Sabe usted que soy una joven inocente, que huyo de una horrenda catástrofe, acompañada por hombres siniestros, y ni la piedad, ni la curiosidad, ni el honor le mueven a ayudarme en mi desgracia ni a esperar una explicación. ¡Váyase! —repetía—. Estoy perdida.

Y haciendo un gesto apasionado echó a correr calle abajo.

Challoner miraba cómo se alejaba. Su convencimiento de que la joven era culpable, luchaba con su creencia de que no lo era. Primero pensó, cuando se hubo marchado ella, que era culpable y que la ayuda que le había querido prestar había sido pagada con la ingratitud. Pero más tarde entendió que los modales de la joven y el tono de su lenguaje no eran, ciertamente, los de una mujer vulgar. Arrepentido y curioso, tornó a seguirle los pasos. Al doblar otra esquina, logró divisarla. Sus pasos eran tan vacilantes, que parecía la joven un pájaro herido. Luego levantó los brazos, y

a tientas, tambaleante, se apoyó en la pared. Al ver esto, Challoner no pudo contenerse más; llegó adonde estaba ella y la sujetó. Luego se quitó el sombrero y le aseguró con las razones más corteses que deseaba protegerla. La muchacha le respondió al principio con palabras vagas; pero pronto empezó a darse cuenta de lo que la decían. Entonces se irguió, y haciendo un gesto de perdón, se volvió hacia el joven, envolviéndola en una mirada mezcla de gratitud y reproche.

—¡Ah, señorita! —dijo—. Utilíceme para lo que se le antoje.

Y nuevamente le ofreció el brazo, aunque esta vez con aire de deferencia. Ella, lanzando un suspiro que tocó a, Challoner el corazón, lo tomó. Y ambos continuaron recorriendo las desiertas calles. Sin embargo, se hallaban sumamente fatigados, y su paso no llevaba el ritmo de antes.

La joven se asía de buen grado a su brazo, y Challoner se mostraba rendido y arrepentido. Pero el cansancio que experimentaba la joven no se reflejaba en su charla, que seguía animada. Challoner se sintió encantado.

—Déjeme usted que olvide todo durante media hora —decía la joven—, déjeme que olvide.

Hablaba con bastante seguridad, pareciendo haber olvidado sus penas y sinsabores. Se paraba delante de cada casa, inventaba un nombre para su propietario, y hasta trazaba su carácter. Aquí vivía un viejo general que iba a casarse el día 5 del mes siguiente; más allá estaba la casa de una viuda rica que, según todas las probabilidades, estaba enamorada de Challoner... Y mientras, cogiéndose del brazo de él, reía complacida. A veces le decía a guisa de comentario:

—¡Ah! En una vida como la mía, no debo desperdiciar estos momentos de ventura.

Cuando llegaron a Grosvenor Square, se encontraron con que ya estaban abiertas las verjas del parque. Challoner y su amiga siguieron la dirección de la gente y pasaron silenciosos entre la multitud de andrajosos. Pero mientras los vagabundos, cansados de trotar toda la noche por la ciudad, iban acostándose uno a uno en los bancos o se perdían por diferentes senderos del parque, seguía nuestra pareja su camino en la agradable quietud de la mañana. Al cabo divisaron un banco en un terraplén de césped. La joven estaba muy fatigada y tomó asiento.

—Aquí estamos lejos de todo oído indiscreto. Va usted a conocer y a juzgar mi vida. No podría sufrir que nos separaran, o que suponga usted que ha empleado su bondad en un ser indigno.

Invitó a Challoner a que se sentara al lado suyo, y de buena gana, al parecer, comenzó a referirle su historia en los siguientes términos.

HISTORIA DEL ÁNGEL EXTERMINADOR

Hijo segundo de rancia y noble familia sin títulos, mi padre era oriundo de Inglaterra. A un azar, más bien una desgracia, se vio obligado a ocultar su verdadero nombre. Salió para los Estados Unidos, y en vez de quedarse en ciudades tranquilas, se internó en el Oeste en compañía de unos exploradores. No se trataba de un emigrado ordinario, pues, además de su carácter impetuoso y tenaz, poseía profundos conocimientos en varias ciencias, sobre todo en botánica, de la cual era un ferviente apasionado. Todo ello hizo que Fremont, el jefe de la partida, solicitase, al cabo de algún tiempo, sus opiniones, y hasta siguiera algunas veces sus consejos.

Como ya he dicho, se internaron en las desconocidas regiones del Oeste, al principio sobre las huellas de las caravanas de mormones, guiándose, en aquel enorme y triste desierto, por los esqueletos de hombres y animales que hallaban a su paso. Después torcieron un poco su camino hacia el Norte, y perdiendo de vista los tristes despojos, acabaron por meterse en una tierra árida. A los cuarenta días escaseaban los víveres, y se juzgó conveniente hacer un alto en el camino para tener tiempo de cazar y explorar el terreno en todas direcciones. Encendieron una gran hoguera, con ánimo de que el humo les sirviese de orientación en caso de que alguien se apartara demasiado, y casi todos los hombres montaron a caballo y se dispusieron a lanzarse a la aventura en el terreno desierto que les rodeaba. Mi padre anduvo durante varias horas por un camino. Iba en pos del rastro de un corpulento animal. Por las trazas de las garras y por el pelaje del bruto, que acertó a entrever, sacó la conclusión de que se trataba de un oso de enorme tamaño. Apresuró el paso, y tras su presa, llegó hasta un lugar donde se bifurcaba la senda... A la derecha se extendía un camino dificultoso en extremo, lleno de piedras, con algún pino de trecho en trecho, lo cual hacía pensar que el agua no debía de estar muy lejos. Picó espuelas a su caballo, y rifle en mano se adentró completamente solo por aquel rumbo desconocido.

En medio de un gran silencio se oyó de pronto el ruido de un curso de agua. El viajero siguió caminando, sorprendiéndole una escena imponente: la corriente se precipitaba en un angosto y sinuoso lugar, de orillas rocosas, inaccesibles al hombre unas millas. Cuando se aumentara con la lluvia, el agua se extendería de orilla a orilla. Los rayos solares no llegaban hasta allí más que durante las horas de mediodía; el viento, en cambio, soplaba de continuo con furia en aquel estrecho embudo. Pero, a pesar de todo, mi padre Dudo ver en el fondo de esteantro unas cincuenta personas, entre hombres, mujeres y niños, diseminados entre las incómodas rocas. Todos estaban tendidos y ninguno se movía. Sus rostros eran pálidos y demacrados, y de cuando en cuando, a pesar del ruido de la corriente, se escuchaba una débil queja.

Mi padre, que seguía contemplando este espectáculo, vio de repente cómo un viejo vacilante se aproximaba a una muchacha, a la cual incorporó un poco, apoyándola contra la roca. Luego la cubrió con su propia manta. La muchacha

parecía no darse cuenta de nada. El viejo, tras de mirarla con lástima, volvió a su primitivo lecho, tumbándose sin abrigo en el suelo. Pero, en aquel campo de hambrientos, la escena no había pasado inadvertida. Otro hombre, de barba blanca y venerable aspecto, se dirigió a su vez hacia la muchacha. Júzguese la indignación de mi padre cuando vio que aquel miserable despojaba a la joven de la manta que se le había cedido tan generosamente. El viejo volvió a su punto de partida, ocultó sus despojos y se fingió dormido. Al cabo de algún tiempo se movió de nuevo, apoyándose sobre los codos y mirando con recelo a sus compañeros. Después se llevó la mano al pecho y a la boca. Movía las mandíbulas: así, pues, debía de estar comiendo. En aquel campo de hambre había reservado algunas provisiones, y mientras los demás se abandonaban al estupor de una muerte a todas luces próximas, él recuperaba en secreto sus fuerzas.

Mi padre se enojó al ver esto y echó mano al fusil. De no haber sucedido algo imprevisto habría dejado en el sitio a aquel miserable. En tal caso, ¡cuán diferente hubiera sido mi historia! Pero todo estaba escrito. Cuando mi padre preparaba su escopeta, acertó a distinguir un oso, que se movía a su espalda. Cediendo a su instinto de cazador, descargó sobre el bruto y no sobre el hombre. El oso dio un salto y cayó sobre un remanso del río. Resonó fuertemente el fogonazo, y en un momento, el campamento estuvo en pie. Dando gritos que no parecían humanos, cayendo unos sobre otros, aquellos seres hambrientos se precipitaron sobre la presa. Y antes de que mi padre tuviera tiempo de llegar a orillas del río, muchos habían alcanzado parte del animal, la cual iban a asar en una hoguera.

La presencia del intruso pasó inadvertida. Mi padre permaneció en medio de los fantoches danzantes, quienes gritaban y ponían toda su atención en el oso muerto. Mi padre, en medio de tal algazara, fue presa del deseo de llorar. Alguien le tocó en el hombro; se volvió y se encontró con el anciano a quien había estado a punto de matar. Pero ahora, al verle de cerca, advirtió que no se trataba de un anciano, sino de un hombre en la plenitud de sus fuerzas, sobre cuyo inteligente rostro se marcaban las huellas del hambre y del cansancio. El desconocido condujo a mi padre hasta cerca de la roca, y una vez allí, le pidió aguardiente en voz baja. Mi padre le miró con desdén.

—Usted me recuerda un deber, ¿no es verdad? —le replicó—. Aquí tiene mi botella. Creo que hay en ella bastante aguardiente para reanimar a las mujeres de su tribu, empezando por la que ha sido víctima de su rapiña.

Y sin querer oír más a aquel egoísta, le volvió la espalda.

La muchacha seguía reclinada sobre la roca. Parecía agonizante, pues no se daba cuenta del bullicio que la rodeaba. Pero cuando mi padre le alzó la cabeza, procurando que tomara algunos sorbos, la joven abrió sus lánguidos ojos, mirándole con timidez. Nunca había visto él ojos más dulces, jamás otros ojos azules le habían mostrado con tanta elocuencia un alma transparente. Habló con conocimiento de causa, por que aquellos ojos fueron los que me sonrieron en la cuna. Tras de haber atendido a la joven, mi padre, siempre espiado por el hombre de la barba canosa,

prestó sus cuidados a todas las demás mujeres de la tribu, así como a los hombres que más lo necesitaban.

—¿Y no queda ni una gota para mí? —preguntó el hombre de la barba canosa.

—Ni una sola. Usted no la necesita —contestó mi padre—. Permítame que le aconseje que rebusque en el bolsillo de su chaqueta.

—Me juzga usted mal —previno el otro—. Usted cree que yo vivo interesadamente de los demás. Déjeme que le diga que, si esta caravana pereciera, el hecho redundaría en beneficio del mundo. Estos son insectos humanos que pululan como moscas entre las ínfimas capas sociales de las ciudades europeas, insectos a los que yo mismo he sacado de su desgracia y miseria. ¡Cómo va usted a comparar sus vidas con la mía!

—Por lo visto, es usted un misionero mormón, ¿verdad?

—¡Ah! —repuso el otro con extraña sonrisa—. Como usted quiera... El nombre es lo de menos. Si sólo fuese un misionero mormón, habría perecido sin exhalar una queja. Pero soy médico, y en mi cerebro se encierran grandes conocimientos acerca de los secretos y del porvenir de la humanidad. Cuando, queriendo atajar, perdimos el resto de la caravana y nos quedamos presos en esta hondonada, sentí tal sufrimiento, que en cinco días mi barba, que era negra, se ha vuelto de plata.

—Y usted, médico, obligado por juramento a socorrer al género humano en sus infortunios... —empezó a decir mi padre.

—Señor —contó el mormón—, mi nombre es Grierson. Alguna vez oirá usted este nombre, y entonces comprenderá que mis deberes no se circunscriben a esta caravana de pobres, sino que se extienden por todo el género humano.

Mi padre se volvió a los demás que formaban la caravana, quienes, escuchaban muy atentos, y les expresó que en breve les traería más socorros, agregando:

—Si tan necesitados os halláis, mirad en torno vuestro y veréis que la tierra se halla llena de productos. Aquí mismo, entre las grietas de estas rocas hay una especie de musgo amarillento. Podéis comerlo: es nutritivo y muy sabroso.

—¡Ah! —exclamó el doctor Grierson—. ¿Es usted doctor en botánica?

—Y no soy yo solo quien conoce la botánica, pues veo que alguien ha cortado ya esas hierbas —y bajando la voz, añadió—: ¿Ese era todo el secreto de usted?

Cuando mi padre regresó al sitio donde sus compañeros mantenían encendida la hoguera, se encontró que poseían abundante caza, lo cual les permitía socorrer con largueza a los individuos de la caravana mormónica. Al día siguiente, ambos grupos se encaminaron hacia la frontera de Utah. La distancia que había que recorrerse no era muy grande; pero lo escarpado del terreno y la dificultad de procurarse alimento les hizo emplear cerca de tres semanas en el camino. De esta suerte mi padre tuvo ocasión de trabar amistad con la muchacha a quien había socorrido, a la cual tomó mucho aprecio. Llamaré a mi madre Lucía, pues no me es posible revelar su verdadero nombre. ¿Por qué serie de calamidades se había visto en trance de sufrir los horrores de una caravana mormónica? No me es posible decirlo. Basta saber que

tuvo la dicha de hallar un corazón digno del suyo. El ardoroso afecto que unió a mis padres fue debido, quizá a la manera extraña de conocerse. Mi padre, impelido por el amor, resolvió renunciar a todos los proyectos acariciados hasta entonces, y abrazó la fe mormónica, uniéndose a la caravana. Cuando ésta llegó al Lago Sagrado, se le otorgó la mano de mi madre.

Se consumó el matrimonio y yo su único fruto. Mi padre tuvo fortuna en sus negocios, y el hogar donde vi la luz era, sin duda, uno de los más felices de la tierra. Pero mi progenitor fue arrebatado muy pronto por la muerte. El caso es que viví en la ley mormónica llena de inocencia y de fe.

Claro que algunos de nuestros vecinos poseían varias esposas; mas ¿cómo podía extrañarme semejante cosa?

A veces fallecía alguno de nuestros conocidos, y la familia había de resignarse a que las mujeres y los efectos del muerto se repartieran entre los dignatarios de la Iglesia. En cuanto al difunto, no se evocaba su recuerdo más que con ligeros suspiros y movimientos de cabeza.

Yo permanecía tranquila, y nadie se acordaba que estaba presente, por lo cual pude observar con detenimiento cuanto hacían con los cadáveres. Lo miraban con ojos espantados. Yo no me daba cuenta clara de que uno que pocas semanas antes me había tenido sobre sus rodillas había volado de su casa, apartándose del lado de sus familiares cual la imagen se aparta de un espejo, o sea, sin dejar huellas tras sí. Aquello era algo terrible, aquello era la muerte, es decir, una ley universal. Y aun cuando luego continuaba la conversación en voz alta y oía nombrar al Ángel Exterminador, ¿cómo podía una muchacha comprender el misterio? Yo oía nombrar al Ángel Exterminador como si se tratase de un obispo o de un cura; pero no sentía el menor interés por averiguar quién era. Pensaba sólo en las caricias y ternuras que me prodigaban mis padres, y por tanto, ¿qué podían importarme los misterios que me rodeaban, y cómo iba a penetrar en sus profundidades?

Al principio vivíamos en la ciudad; pero al poco tiempo nos trasladamos a otra casa, una casa muy bonita, con un jardín y una cascada cristalina.

Nuestro único vecino era el doctor Grierson, quien parecía agradable a mis pocos años, con su fina barba rizada y sus penetrantes ojos. Sin embargo, no podía yo dejar de sentir cierto temor al encontrarme en su presencia; sus ocupaciones permanecían envueltas en cierto misterio.

La casa del doctor distaba una milla escasa de la nuestra; pero era muy diferente su situación. Se hallaba enclavada en lo alto de una colina, a cuyos pies se abría un profundo precipicio. Parecía como si la naturaleza hubiera tratado de imitar las construcciones de la mano del hombre, ya que aquello semejaba un verdadero fuerte emplazado allí para defender una ciudad entera. Recuerdo haber pasado en dos o tres ocasiones ante aquella misteriosa vivienda, la cual permanecía siempre cerrada a piedra y lodo. Sus chimeneas no echaban nunca humo. Cierta día dije a mi padre que la casa en cuestión podía ser asaltada por los ladrones.

—¡Oh, no! —contestó mi padre—. Nunca la asaltarán.

Un día, poco antes de que se cebara la desgracia en mi familia, pude percatarme de que en la casa del doctor se había producido un cambio. Mi padre estaba enfermo, y mi madre no se apartaba de la cabecera de su lecho. Yo, acompañada de nuestro mayoral, tenía que dirigirme a cierta casa, sita a veinte millas de distancia, adonde llevaban las provisiones y herramientas que necesitábamos. Pero en el camino, perdió nuestro caballo una herradura y nos sorprendió la noche a mitad de la jornada. Eran las tres de la madrugada cuando el cochero y yo, que iba sola dentro del coche, emprendimos la marcha en dirección a la casa del doctor, única en los contornos. La noche estaba clara, y rocas y montañas se alzaban imponentes a la luz de la luna. Cuando nos aproximamos a la casa, observé con asombro, que todas sus ventanas estaban iluminadas. Sus chimeneas, de ordinario inactiva, echaban humo en abundancia. Seguimos avanzando, y de pronto, oímos a nuestra espalda una especie de resoplido. Al principio semejaba el latido de un gran corazón. Luego me pareció el sollozo de algún gigante que se ahogara entre las montañas y tratara de tomar aliento. Más tarde se me antojó oír una locomotora. Me volví para preguntar al cochero qué opinaba de todo aquello.

Pero al reparar en su palidez y en su extraña mirada no despegué los labios. Continuamos avanzando en silencio hacia la casa iluminada, y de súbito, sin previo aviso, se oyó una detonación tan fuerte que creí que se resquebrajaba la tierra. Repercutía el eco de la detonación de montaña en montaña. Un montón de llamas, que se desparramaron en infinitas chispas, salió de las chimeneas de la casa al mismo tiempo que la iluminación de las ventanas subía de color, llegando hasta el rojo intenso. Luego se sumió todo en la oscuridad. El cochero detuvo instintivamente al caballo. Todavía retumbaba lejano el trueno, cuando se abrió la puerta de la casa dando paso a una figura vestida de blanco que corría a la luz de la luna hacia el borde del precipicio, sin dejar de dar saltos. De improviso se desplomó en el suelo. Yo lancé un grito. El cochero dejó caer el látigo sobre el lomo del caballo, y partimos de allí a toda carrera, con peligro de nuestras vidas hacia la casa de mi padre. Los verdes jardines que rodeaban la casita dormían en paz.

Esta es la única aventura de mi vida hasta que cumplí la edad de diecisiete años, fecha en que mi padre llegó al colmo de su prosperidad. Yo era todavía tan inocente y alegre como una chiquilla. Pero no tardaron en presentarse los sinsabores en mi vida. Una cálida tarde de verano me hallaba reclinada en un sofá. La ventana estaba abierta y daba sobre la galería en que bordaba mi madre. Mi padre se presentó, sentándose al lado de ella, y entablando ambos una conversación que llegó perceptiblemente a mis oídos.

—Ya nos ha venido el golpe —decía él.

Mi madre se estremeció y cambió de color, pero no respondió la menor palabra.

—Sí —continuó mi madre—. Hoy he recibido la nota de cuanto poseo, lo que he prestado en secreto a hombres cuyos labios parecían sellados por el terror y lo que

enterré con mis propias manos en la cima de la montaña, donde ni siquiera había pájaros. ¿Acaso el viento propaga los secretos? ¿Acaso las colinas son de hielo y transparentan lo que se hace tras ellas? ¿Acaso las rocas que pisamos guardan nuestras huellas para delatarnos? ¡Oh, Lucía! ¿Qué nos habrá traído a este país?

—Pero este caso no es amenazador —respondió mi madre—. Se te acusa de una simple ocultación. Te marcarán un impuesto más elevado, y a lo sumo, te multarán. Claro que resulta desagradable que se espíen nuestros actos y se sepan nuestros asuntos particulares. Pero esto no es nada nuevo para nosotros. ¿No hemos vivido siempre temerosos y sospechando de todo?

—¡Ah, sombras siniestras que nos persiguen! —exclamó mi padre—. Pero esto no representa nada. Aquí tienes la carta que acompañaba a la nota.

Oí que mi madre volvía las páginas en silencio. Por fin se puso a leer en alto voz:

“La iglesia espera una prueba de bondad de un creyente a quien la Providencia ha favorecido tan pródigamente con los bienes de este mundo”.

Una vez terminada la lectura dijo mi madre:

—¿Son éstas las palabras que te amedrentan? ¿Es de aquí de donde nace tu ansiedad?

—Lucía —repuso mi padre—. ¿Te acuerdas de Pirestley? Dos días antes de desaparecer me llevó a un lugar aislado, desde el cual se dominaban grandes extensiones de tierra. Aquel sitio era a propósito para estar seguro de verse libre de espías. Pirestley, lleno de terror, me refirió su historia. Había recibido una carta parecida a ésta que yo he recibido ahora, y me consultaba sobre el particular. Pensaba ofrecer el tercio de su fortuna; pero yo le aconsejé que, si tenía apego a la vida, ofreciera más. Estuvo de acuerdo en doblar la suma. Dos días después salió de su casa una noche, y nunca más volvió a ella. ¡Dios mío!... ¿Cómo diantre pueden disolverse los cuerpos sólidos? ¿Qué muerte es esta muerte que no deja rastro? ¿Cómo logran hacer desaparecer esqueletos que resisten en la sepultura durante siglos? Pensar en ello resulta más horroroso que la misma muerte.

—¿No podría ayudarte Grierson? —preguntó mi madre.

—Ni pensarlo —contestó mi padre—. Ahora sabe tanto como yo, y no hará nada para salvarme. Además, su poder es muy reducido, y quizá corra un peligro mayor que el mío. Vive aislado, tiene abandonadas a sus mujeres, a quienes no vigila, y se le acusa de incrédulo. Y aun cuando ofreciera una crecida fianza... Pero no, no creo que lo hiciera.

—¿No crees? ¿Qué? —inquirió mi madre.

Luego, cambiando de tono, añadió:

—¿Para qué preocuparnos? Aún queda una esperanza: huyamos.

—No, no —negó mi padre—. No quiero envolverte en mi suerte. No hay esperanza de que pudiéramos abandonar estas tierras; somos como enterrados en vida, y no hay otra salida que la muerte.

—Moriremos juntos. No pienso sobrevivirte.

Mi padre no pudo resistir la ternura de su mujer, y aunque no abrigaba la menor esperanza, accedió a abandonar toda su hacienda, excepto un centenar de dólares que llevaba encima y huir aquella misma noche. En cuanto se durmieran los criados tomaríamos dos mulas para que llevaran las provisiones, y otras dos para que nos llevaran a mi madre y a mí, y nos lanzaríamos a través de los montes en busca de libertad. Cuando hubieron decidido todo esto, me asomé a la ventana, y confesándoles que lo había oído, les aseguré que podían fiar en mi prudencia y en mi cariño. Tenía mucho miedo, pero ansiaba mostrarme digna de mi raza. Mi vida era de mis padres. Mi padre se abrazó a mi cuello, llorando y bendiciendo al cielo por el valor que éste había concedido a su hija.

Antes de llegar media noche, bajo un cielo oscuro y sin estrellas, dejábamos tras nosotros las plantaciones del valle, ascendiendo, a través de un estrecho desfiladero, hacia la cumbre. El camino era penoso, escarpado y estaba bordeado de un profundo precipicio. Torcimos a la derecha, y de pronto nos quedamos profundamente desalentados. Dábamos frente a una alta roca ante la cual ardía una gran hoguera. En la roca, labrado de una manera rudimentaria, se abría el Gran Ojo, emblema de la fe mormónica. Sin decir palabra nos miramos aterrorizados. Hicimos retroceder a las mulas. No podíamos seguir adelante, ya que el único paso se hallaba vigilado por el Gran Ojo. Antes de romper el día nos encontrábamos de nuevo en casa. Teníamos que demorar nuestro propósito.

Ignoro la respuesta que daría mi padre. Pero dos días después, antes de la puesta del sol, vi que por el llano, en medio de una gran polvareda, aparecía un hombre. Llevaba un sencillo traje, un gran sombrero de paja y barba patriarcal; ofrecía el aspecto de un labrador rústico. Se hizo anunciar como un tal Aspinwall, y se introdujo en la habitación donde mi familia permanecía reunida. A mi madre y a mí nos indicó, sin miramiento alguno, que saliéramos. Al quedarse a solas con mi padre, puso ante los ojos de éste un documento del presidente que le conminaba a que eligiera marchar como misionero adonde acampaban las tribus cercanas al Mar Blanco, o bien unirse a una partida de Ángeles Exterminadores que había de matar a sesenta inmigrantes alemanes. Lo último repugnaba, por supuesto, a mi padre; mas lo primero le parecía un pretexto. Si consentía dejar abandonada a su esposa, de seguro no volvería nunca más. Mi padre rechazó, pues, las dos propuestas. Aspinwall, con sincera emoción, emoción religiosa, en parte, al ver la desobediencia al mandato divino, aunque también nacida de la compasión que sentía por mi padre y mi familia, suplicó al reo que meditara su decisión. Al cabo, viendo que no podía convencerle, le otorgó una tregua, que duraría hasta la salida de la luna. Luego se despidió de todos nosotros, excepto de mi padre.

—Porque usted —dijo— acabará montando a caballo y yendo a mi lado.

No hablaré de las horas que transcurrieron a continuación. Corrían veloces, y no tardó la luna en asomar por encima de la cordillera. Efectivamente, mi padre y Aspinwall partieron juntos, y nosotras los vimos alejarse.

Aunque aparentaba serenidad, mi madre se apresuró a encerrarse en su habitación. Y yo me quedé casi sola en aquella tétrica mansión, consumida por la pena y el miedo. Pronto hube de resolverme a coger mi caballo, y montada en él, ascendí a la cumbre de una montaña cercana, desde donde quise dar el último adiós a mi padre, que iba ya perdiéndose de vista. Los dos hombres caminaban con tranquilidad. Yo abarcaba con mis ojos todo el panorama. Desde la cumbre en que me encontraba no me era dable contemplar la casa del doctor, pues me la ocultaba una cadena de montañas, pero por detrás de éstas se alzaba una leve columna de humo. ¿Qué combustible producía aquel vapor tan tenue? Las partículas se desparramaban por la atmósfera, y yo deducía que aquel humo procedía de la casa del Doctor. Vi desaparecer a mi padre, y sin saber por qué, relacioné en mi pensamiento la pérdida de mi querido progenitor con aquella columna de humo.

Pasaron algunos días. Mi madre seguía esperando noticias de su esposo. Transcurrió una semana, luego otra. No venían noticias. Como humo que se disipa, así desapareció todo rastro de aquel hombre bueno y valiente. Iba debilitándose la esperanza conforme pasaban las horas. Mi padre estaba perdido, y triste sería el porvenir de su indefensa familia. Pero la viuda y la huérfana aguardábamos con calma los acontecimientos. Al terminar la tercera semana, nos levantamos un día muy temprano, encontrándonos solas en la casa. Todos los criados, de común acuerdo, se habían marchado. Nosotras sabíamos que nos apreciaban, por lo cual supusimos que alguna secreta intimidación les obligó a despejar el campo. Pasaron más días. Cierta tarde, sorprendidas por el ruido que producía el galope de un caballo, nos asomamos al balcón.

El doctor en persona, montado en una yegua, se nos metió en el jardín, echó pie a tierra y nos saludó. Estaba más encorvado y más canoso que antes, pero su porte era correcto y afable.

—Señora —empezó a decir—, vengo con una misión penosa. En ella verá usted la bondad de nuestro presidente, que me envía como embajador, pues soy el único vecino y el amigo más antiguo del marido de usted.

—Caballero —respondió mi madre—, sólo estoy preocupada por una cosa, y usted se la figura, probablemente. Dígame cómo está mi marido.

—Señora —contestó el doctor, tomando asiento—, si fuera usted una joven ignorante, mi posición sería sumamente embarazosa; pero como usted es una mujer de gran inteligencia y entereza... Ya les he concedido a ustedes tres semanas para que acepten lo inevitable y tomen el partido que deban tomar. Creo que no es necesario decir más.

Mi madre, muy pálida, temblaba como una hoja, Al cabo dijo:

—Si es así, no nos queda más que morir.

—¡Vamos! —dijo el doctor—. Se ha de calmar usted. No piense más en su marido y medite en su porvenir y el de su hija.

—Me dice usted que olvide; entonces es que afirma usted.

—Claro que afirmo. Estoy enterado de lo que ha ocurrido.

—¡Usted! —exclamó mi madre fuera de sí—. Entonces es que usted mismo le ha ejecutado. A través de su careta le veo tal cual es, y me causa repugnancia. Es usted la pesadilla que persigue en sueños al desgraciado fugitivo. ¡Es el Ángel Exterminador!

—Bien, señora, ¿y qué? Mi suerte y la de ustedes es de todo punto igual. ¿No estamos todos presos en esta prisión de Utah? ¿No intentaron ustedes huir y tropezaron con el Gran Ojo? ¿Quién puede escapar a la vigilancia del Gran Ojo? A mí, al menos, no me es posible. Aunque yo me hubiera negado a ejecutar a su marido, ¿se habría salvado éste? Sabe usted muy bien que no. Yo, a mi vez, habría perecido. Y en este caso, ni hubiera podido aliviar sus últimos momentos ni estaría hoy aquí para pedir la mano de su hija.

—¡Ah! —exclamé yo—, ¿pretende usted comprar mi vida?

—Señorita —replicó el doctor—, no sólo lo pretendo, sino que lo llevo a cabo. Asenath, tiene usted un alma animosa que me complazco en reconocer. Pero vayamos al grano. Los bienes del señor Fonblenque pasan a la Iglesia; pero una parte queda reservada para el que se case con su hija. Esta persona voy a ser yo.

Ante aquella monstruosa proposición, mi madre y yo, dando un grito, nos abrazamos.

—Ya me lo figuraba yo —observó el doctor—. No están ustedes conformes con este arreglo. Bien; las convenceré. Ya saben que he seguido con mis mujeres las prácticas mormónicas. He estado absorto en arduos estudios, y mis mujeres no han cesado de reñir entre sí. Ni de mí ni de mi bolsillo han obtenido la menor cosa, pues no era ésa la unión que yo deseaba, aunque la haya seguido por antojo. Pero usted, amiga mía, no tema mis impertinencias. Al contrario, estoy contento al notar que es usted un espíritu romano. Si me veo obligado a rogarle que me siga, no es siguiendo mi capricho, sino obedeciendo órdenes recibidas. Creo que ahora estará usted conforme.

A continuación nos indicó que nos vistiéramos para ponernos en marcha. Luego tomó una luz y se dirigió al establo para preparar los caballos.

—¿Qué es esto? ¿Qué va a ser de nosotras? —me lamentaba yo.

—Nada, nada —atajó mi madre, haciendo un esfuerzo para serenarse—; hemos de creerle. Me parece discernir en sus frases ciertos visos de verdad. Asenath, hija mía, si te dejo, si muero, no te olvides nunca de tus desgraciados padres.

Yo le rogué que me explicara sus palabras. Mi madre se libró de mis brazos y me dijo que el doctor parecía un buen amigo.

—¡Cómo! —protesté—. ¡El hombre que mató a mi padre!

—Vamos, seamos justas —arguyó mi madre—; creo que su amistad es sincera. Sólo él puede defenderte en esta tierra de muerte, Asenath.

A la sazón, volvió el doctor con dos caballos. Ya montadas en ellos, me rogó que echara adelante, pues tenía que hablar con mi madre. Le obedecí y ellos me seguían a

pocos pasos. Iban conversando con animación, aunque en voz baja. Apareció la luna. Ambos me miraron entonces atentamente. Mi madre apoyaba su brazo en el del doctor, y éste, contra su costumbre, hacía vigorosos ademanes de afirmación o protesta.

Al pie de la montaña donde empezaba la senda que conducía a la morada del doctor, me indicó éste que debíamos dar un paseo.

—Aquí nos apearemos, y como su madre prefiere ir sola, nosotros iremos juntos. ¿Está de acuerdo?

—Pero ella vendrá detrás, ¿no es así?

—Le doy a usted mi palabra —me dijo.

Luego me ayudó a bajar.

—Dejaremos los caballos aquí —agregó—. En estas montañas no existen ladrones, y no hay peligro de que los roben.

Empezamos a subir despacio la cuesta. Pronto divisamos perfectamente la casa del doctor. Las ventanas se hallaban más iluminadas que nunca. La chimenea lanzaba un humo denso. Pero en los alrededores reinaba el más absoluto silencio.

—¿Qué diablos hace usted en esta soledad? —no pude menos de preguntarle.

Me miró sonriendo y me contestó evasivamente.

—No es la primera vez que ha visto mis hornos encendidos. Cierta madrugada pasó usted ante mi casa. La vi pasar. Me había salido mal un experimento, y asusté mucho a su cochero y a usted.

—¿Cómo! ¿Era usted? —indagué, recordando aquella ridícula figura.

—Sí; era yo. Pero no se figure usted que estaba loco. Era que me había quemado horrorosamente.

Estábamos ya muy cerca de la casa. Al contrario que las del país, estaba construida de sólida piedra. Entre las grietas de las paredes no asomaba ni una sola mata de hierba. Sobre la puerta se veía el Ojo Mormón que yo estaba acostumbrada a ver desde la niñez. El humo rojizo salía por la boca de la chimenea, desvaneciéndose a la luz de la luna.

El doctor abrió la puerta de su casa y se detuvo en el umbral.

—Me pregunta usted qué es lo que hago aquí —dijo—. Pues bien: responderé que hago dos cosas: “vida” y “muerte”.

Y me invitó a que pasara.

—Esperaremos a mi madre —propuse yo.

—¡Ea! Míreme —añadió el doctor—. ¿No le parezco a usted viejo y decrepito? ¿Quién de los dos es el más fuerte: el hombre canoso o la mujer en pleno vigor?

Me incliné y penetré en una especie de vestíbulo. La habitación estaba amueblada con un aparador, una mesa y algunas banquetas de madera. El doctor me invitó a que tomara asiento en una de ellas. Luego, atravesando una puerta que comunicaba con el interior, me dejó sola. Oía chocar de aceros y un monorrítmico ruido idéntico al que me sorprendió cierta madrugada. Pero ahora sonaba tan cercano, que parecía que el

edificio iba a venirse abajo. Procuré dominar mi alarma. El doctor volvió precisamente al mismo tiempo que mi madre aparecía en el umbral. Pero ¿cómo describir la tranquilidad y el encanto que irradiaba su rostro? Diríase que en aquel corto espacio de tiempo le hubieran quitado años de encima; resultaba más joven y más bella. El brillo de su mirada y su encantadora sonrisa me llegaron al corazón. No semejaba una mujer, sino un ángel. Corrí hacia mi madre; mas ella se hizo atrás, puso un dedo en sus labios y me señaló al doctor como amigo y protector. La escena se me antojó extraña en extremo.

—Lucía —dijo el doctor—, está ya preparado todo. ¿Quiere usted ir sola o acompañada de su hija?

—Desearía que Asenath estuviera presente —respondió mi madre—. Ahora me hallo purificada de la tristeza por el cielo, y deseo su presencia más por ella que por mí.

—¡Madre —grité, aterrada—, madre! ¿Qué significa esto?

Pero ella, mostrando un rostro radiante, me interrumpió:

—¡Silencio!

Por lo visto, me trataba como a una chiquilla. El doctor también me rogó que me callara.

—Ha hecho usted una elección —dijo, dirigiéndose a mi madre—; idéntica a la que yo habría hecho.

Y al decir esto, miraba fijamente a mi madre con tal admiración, que parecía como si le tuviera envidia. Luego, tras de lanzar un suspiro, entró en el cuarto interior.

Esta pieza era muy amplia y estaba alumbrada por varias lámparas de distintos colores. Al fondo de la pieza permanecía abierta una puerta, de la cual brotaba un gran resplandor. Las paredes mostraban a todo lo largo una estantería llena de libros; las mesas se hallaban repletas de aparatos de química y grandes acumuladores de cristal. De parte a parte atravesaba la habitación una especie de recia correa que daba vueltas sobre unas poleas de acero, produciendo notables sonidos vibratorios. En un rincón se alzaba una silla de pies de cristal rodeada de extraños alambres. Mi madre avanzó hacia ella, inquiriendo:

—¿Es ésta?

El doctor se inclinó sin responder.

—Asenath —dijo mi madre—, al final de mi vida he encontrado un protector. Mírale, aquí le tienes: es el doctor Grierson. No seas ingrata con él, hija mía; es un amigo.

Se sentó en la silla, oprimió con sus manos los globos que había en los extremos de los brazos de ésta y miró al doctor, quien se apresuró a inclinarse, apoyándose contra la pared y oprimiendo un resorte. Mi madre experimentó una sacudida, sus facciones se contrajeron, y como rendida por la fatiga, se recostó sobre el respaldo de la silla. Me eché a sus pies; pero sus manos cayeron pesadamente sobre mí. Su cara,

todavía sonriente, se desplomó sobre su pecho. El alma de mi madre había volado para siempre.

No sé cuánto tiempo pasó después. Levanté el rostro lleno de lágrimas, y me encontré con los ojos del doctor. Me contemplaba, piadoso e interesado, y la cosa, a pesar de mi pena, no dejó de llamarle la atención.

—Basta de lamentaciones —dijo—. Su madre ha ido a la muerte como si fuese a sus bodas, muriendo en la misma forma que murió su esposo. Ya es hora, Asenath, de pensar en los que sobreviven. Sígame.

Le seguí con paso de sonámbula. Me sentó junto a la lumbre y me ofreció vino. Luego, paseando por la habitación, me dijo:

—Está usted sola en el mundo, hija mía, y no le espera otra suerte que llegar a ser esposa de algún anciano, o cuando más, encontrar el favor del presidente. Este destino resulta peor que la muerte para una joven cual usted. Es mejor morir como ha muerto su madre que verse degradada.

Yo seguía sus palabras con emoción; empezaba a comprender.

—Veo que me juzga usted con rectitud —declaré—. Creo que debo seguir el camino que han seguido mis padres.

—No —negó el doctor—; la muerte para usted, no. El navío estropeado puede hundirse; pero no se hunde el navío nuevo y flamante. El proyecto que acarició su madre era que se casara usted conmigo. Pero yo tenía horror al matrimonio. No he olvidado aún los tumultuosos días de mi juventud, no he olvidado lo que sienten los jóvenes. La vejez sólo pide que se le perdonen penas. La juventud, en cambio, pide alegrías. Y tenga usted presente que se encuentra sin apoyo. No le queda nadie, a excepción de este anciano investigador, que si es viejo por la experiencia, en cambio es joven por los sentimientos. Una pregunta. ¿Se halla usted libre de eso que la gente llama amor? ¿Es usted dueña de su corazón y de sus actos?

Yo respondí con frase entrecortada:

—Mi corazón ha muerto con mis padres.

—Bien, eso me basta —repuso el doctor—. He tenido la suerte de ser requerido con frecuencia para los servicios de que hablé esta noche. No hay en Utah quien pudiera desempeñar mejor estos encargos. Ello me ha valido cierta influencia que ahora pongo a su disposición. La enviaré a Inglaterra, a Londres, donde la espera el novio que le destino, un hijo mío, cuya edad y belleza cuadran perfectamente con lo que usted se merece. Puesto que su corazón es libre, prométame que acogerá a su novio con la delicadeza de una esposa. Le hago esta petición a cambio de los gustos y los peligros que usted me origina.

Me mantuve suspensa un rato. Recordaba haber oído decir que el doctor no tenía ningún hijo; pero no sabía qué pensar. La idea de huir y la idea de un matrimonio ventajoso tuvieron fuerza bastante para decidirme. Sentí cierta esperanza de que no había acabado todo para mí, y acabé por aceptar la proposición.

Me pareció que mi consentimiento le conmovía.

—Voy a enseñarle a usted algo, para que juzgue por sí misma —anunció el doctor.

Y entrando en la pieza contigua volvió a poco con un pequeño retrato pintado al óleo. El retrato representaba a un hombre vestido a la moda de algunos años atrás. En el rostro del retratado conocí al doctor, que parecía mucho más joven que en la actualidad.

—¿Le gusta? —me interrogó—. Soy yo cuando era joven. Pero mi hijo le parecerá más digno y le gustará más. Disfruta una salud de hierro y es un ser inteligente, de una inteligencia superior. En suma, un hombre cabal. De cada mil hombres hay sólo uno como mi hijo, Sabe imponerse a todas las pasiones juveniles y abarca todas las ramas del saber. Dígame, Asenath: ¿no satisfará mi hijo todas las aspiraciones de una muchacha? ¿No será bastante para usted?

Y mientras me decía esto y me mostraba el cuadro, temblaban sus manos.

Aquella prueba de amor paternal me había llegado al corazón. Pero pronto se rebeló mi sangre, y miré con horror, tanto a él como al retrato. Creo que, si me hubieran dado a elegir entre un matrimonio mormón o la muerte, habría elegido la segunda.

—Está bien —continuó—. Confiaba en el valor de usted. Ahora coma tranquilamente, pues ha de ir muy lejos.

En esto, puso ante mí un poco de carne. Yo, obediente, comí. El doctor, saliendo luego de la habitación, volvió en seguida con un paquete de ropa usada.

—Este es su disfraz —me dijo—. La dejo sola para que se vista.

Las ropas parecían haber pertenecido a un muchacho de quince años. Me estaban estrechas, impidiéndome todo movimiento. Pero lo que más me intrigaba era la suerte que habría corrido su dueño. En cuanto acabé de vestirme, volvió el doctor, quien abrió una ventana trasera, y ayudándome a trepar el estrecho pasillo que formaba la pared con las salientes peñas que se alzaban más arriba del tejado me mostró una escalera de hierro adosada a las mismas.

—Suba de prisa —me recomendó—. Cuando esté arriba, camine rápidamente a la sombra del humo. Llegará a un callejón. Al final encontrará a un hombre con dos caballos. Obedézcale sin hablar. Esta maquinaria que hago funcionar en su beneficio podría derrumbarse a la menor palabra. Adiós. El cielo la proteja.

Me resultó fácil la ascensión. Ante mí se extendía una pendiente larguísima, sin árboles, sin nada para ocultarse. Sabía que aquellas soledades se hallaban llenas de espías, por lo cual procuraba esconderme entre el humo. Cuando el aire lo elevaba, me echaba a tierra esperando. En cambio, cuando el aire lo impulsaba hacia abajo, procuraba correr cuanto podía. Así llegué hasta el sitio donde estaba el hombre con los dos caballos.

Era un individuo sombrío y taciturno. En el acto empezamos a correr. Lo hicimos durante toda la noche. Antes del alba nos refugiamos en una húmeda y lóbrega cueva, situada en el fondo de una garganta. Allí permanecimos todo el día aguardando a que

se hiciera de noche. A media noche llegamos a un prado no lejos del río. El guía me entregó entonces otro paquete, encargándome que me vistiera de nuevo. El paquete contenía peine y jabón, además de ropas mías, cogidas en mi casa. Me peiné junto al espejo di un charco. Entonces resonó en las montañas un silbido que no parecía humano. Mi quedé atónita. Luego vi que un huracán de fuego avanzaba amenazador. No pude me nos de ocultarme el rostro con las manos y lanzar un grito. Aquel rugido provenía de ferrocarril que atravesaba la montaña, e ferrocarril que constituía mi salvación, que había de llevarme lejos de Utah.

En cuanto estuve vestida, el guía me entregó un maletín donde había dinero y papeles, diciéndome que me encontraba en el límite del territorio de Wyoming e indicándome que debía seguir el curso del río hasta encontrar la estación, que distaba de allí una media milla.

—Aquí tiene su billete hasta Council Bluffs. El expreso pasará dentro de unas horas.

Dicho esto volvió grupas, marchándose sin hacerme el menor saludo.

Tres horas después, me hallaba sentada ya en el tren, que se deslizaba veloz a través de las abruptas gargantas. El cambio de escenario, la sensación de encontrarme libre, la impresión de terror que me había dominado durante todo el tiempo que duró la huida se transformaron en cierta melancolía, entregándome a múltiples reflexiones. Me había dirigido a casa del doctor dispuesta a morir, o más bien, preparada para algo peor que la muerte; pero todo lo que pasó aunque era, en verdad, terrible, no me parecía ya casi nada comparado con los temores sufridos durante la fuga. Y después de una noche de sueño en el vagón, desperté recordando tristemente la pérdida de mis padres y sintiéndome alarmada ante mi porvenir. Luego abrí el maletín.

Se hallaba bien provisto de dinero, y también contenía billetes de ferrocarril y un itinerario completo hasta Liverpool. Encontré, además, una larga carta del doctor en la cual me daba instrucciones acerca del falso nombre que me convenía adoptar, así como de la historia que debía referir cuando me preguntaran de dónde venía, recomendándome de paso suma discreción y rogándome que esperase llena de fe la llegada de su hijo.

El horror que sentía hacia el doctor y hacia su hijo, mi rebelión ante las condiciones que se me imponía, eran ahora completos. Me hallaba entregada a mi pena y al desaliento. Pero de pronto, con gran contento por mi parte, una amable señora que compartía mi departamento, entabló conversación conmigo. Me acogí a este consuelo, y referí a la señora la historia que el doctor me encargaba que diera como mía. Yo era la señorita Gould, de la ciudad de Nevada, e iba a Inglaterra para reunirme con un tío mío. Le di detalles sobre mi familia, mi edad, etc., etc. Pero la señora continuaba abrumándose con sus preguntas, y acabé por incurrir en algunas contradicciones. En el rostro de la señora se dibujaba ya una mueca significativa, cuando un caballero se acercó a nosotras.

—Miss Gould —me dijo—, ¿quiere usted hacer el favor de acompañarme?

Y excusándose ante la señora, me llevó al exterior.

—Señorita Gould —me expresó entonces en voz baja—, ¿es posible que se crea usted a salvo? Si comete la menor indiscreción volverá a Utah. Si esa mujer continúa molestándola, responda que no le es simpática y que tiene usted derecho a elegir sus amistades.

Obedecí y me libré, gracias a una grosería, de aquella señora, a pesar de que me era simpática. A partir de entonces, permanecí en silencio. Tenía que resignarme. Era la consigna. En el tren, en los hoteles, en el vapor no cruzaba nunca la palabra con mis compañeros de viaje. Sabía de sobra que me espiaban. Así crucé los Estados, así pasé el océano, observada de continuo por el Ojo Mormón, hasta que llegué a esa casa de donde usted me vio salir tan violentamente. No podía resistir más. La esperanza ya no quería alojarse en mi corazón.

El día que llegué a Londres, la dueña de la casa me estaba esperando. Tenía fuego encendido en mi cuarto, que daba a un jardín, libros sobre la mesa y vestidos en el ropero. En esta casa he vivido, resignada y casi contenta, varios meses. La patrona me acompañaba a veces a dar un paseo; pero nunca me dejaba sola. Yo me daba cuenta de que también ella vivía aterrada bajo el terror mormón, y la compadecía. Quien nace en suelo mormón o acepta los compromisos de la secta no se ve libre jamás del Ojo Mormón. Entre tanto, me preparaba con la imaginación para la boda. Llegaría el día en que el novio iría a visitarme. Y el miedo y la gratitud me obligarían a aceptar. El hijo del doctor Grierson debía de ser joven, y probablemente, elegante. Y yo temía no gustarle.

A medida que corría el tiempo, me iba acostumbrando a la idea, esperando con impaciencia la hora de la entrevista. Por la noche, apenas podía dormir. Y el día me lo pasaba sentada junto al fuego, pensando en mi novio, preguntándome cómo sería su rostro y qué efecto producía en mí el timbre de su voz o el contacto de su mano. De pronto, volvían a asaltarme temores. ¿Qué ocurriría si yo no le gustara? ¿Qué ocurriría si aquel amante invisible me despreciara?

Al llegar el día fijado, empleé largo rato en arreglarme. Por fin, desesperada, no quise mirarme más al espejo y confié mi triunfo o mi derrota a mis dotes naturales. Cuando ya estaba a punto, empezó a consumirme la impaciencia. Prestaba oído al menor ruido que procedía de la calle, y se me colorearon las mejillas.

No bien paró un coche a la puerta y oí que alguien subía la escalera, un tropel de esperanzas se acogió a mi pecho. Pero se abrió la puerta, e hizo su aparición el doctor Grierson en persona. No pude reprimir un grito, y me desplomé desmayada en el suelo. Cuando volví en mí, el doctor Grierson estaba a mi lado tomándose el pulso.

—¿La he asustado? —preguntó—. Una imprevista dificultad, la dificultad de obtener cierta poción, me ha obligado a venir a Londres con apresuramiento. Lamento haberme visto obligado a presentarme ante usted sin los atractivos que, seguramente, representarán gran cosa para usted, aunque para mí representan menos que la lluvia que cae en el mar. La juventud es tan transitoria como el desmayo de

que acaba usted de recobrar. Por tal motivo, Asenath, quiero ser franco con usted. Desde mi juventud he consagrado todas las horas y todos los actos de mi vida a un ambicioso proyecto, proyecto de cuyo éxito estoy seguro por completo. En los países donde he permanecido tanto tiempo reuní los ingredientes necesarios, garantizándome siempre contra la posibilidad de fracasar. Lo que ayer era un sueño es hoy una realidad. Cuando le ofrecía a usted mi hijo, hablaba en sentido figurado. El marido a propósito para usted soy yo, Asenath, pero no tal como usted me ve ahora, sino rejuvenecido, reintegrado al vigor de la juventud. ¿Me toma usted por loco? Esa actitud es propia de la ignorancia. Cuando me vea vigorizado y renovado podré reírme de su natural incredulidad. Está en mí conceder a usted aquello que aspira, o sea fama, riqueza, juventud. Desengáñese: en la actualidad sólo en juventud me aventaja usted. Cuando yo sea también joven reconocerá en mí a su dueño y señor.

Consultó su reloj y dijo que debía dejarme. Después me rogó que reflexionara con tranquilidad sin entregarme a fantasías juveniles. No tuve valor para moverme, y la noche me sorprendió en el mismo sillón, oculta la cara entre las manos. Volvió el doctor entonces. Llevaba una vela encendida en la mano y se mostraba malhumorado. Me expresó su deseo de que me pusiera de pie para ir a cenar.

—¿Es posible que haya usted perdido su valor? Una muchacha cobarde no me conviene para esposa.

Caí a sus pies, rogándole que me releva de la palabra empeñada, puesto que tanto en carácter como en inteligencia era yo, a todas luces, inferior a él.

—Cierto —afirmó el doctor—. Te conozco mejor de lo que tú misma puedes conocerte. He hecho muchos estudios sobre la naturaleza humana. Esta escena la he motivado yo mismo, porque mi aspecto no se halla transformado todavía. Pero no te preocupes. Deja que alcance el fin propuesto, y no sólo tú, sino todas las mujeres de la tierra serán mis esclavas.

Luego me obligó a ir a cenar, sentándose a mi lado y tratándome como a un invitado distinguido. Terminada la cena, se despidió de mí, dejándome entregada a mis cuitas.

No sabía qué pensar acerca de lo que me había dicho del elixir y de su recuperación de la juventud. Si sus esperanzas se basaban en un hecho cierto y alcanzaba el éxito que se proponía, no me quedaba otro camino que la muerte. Si, por otra parte, sus sueños no llegaban a cumplirse, no dejaría de ser aquel matrimonio una carga para mí, aun contando con el hecho de que no pudiera llegar a consumarse. El doctor volvió a venir por mi casa. Mostraba un rostro tranquilo, y adiviné en el acto, por la expresión del mío, la inquietud de mi alma.

—Asenath —me dijo—, me debes más de lo que te figuras. Con un dedo mío tengo suspendida la muerte sobre tu cabeza. Por tu causa está llena mi vida de sufrimientos y ansiedad. Exijo que me recibas con cara risueña.

Había montado su laboratorio en la parte posterior de la casa, donde trabajaba día

y noche para lograr su elixir. Cuando me visitaba, unas veces estaba radiante y de buen humor, otras descorazonado. Hablaba siempre de sus ambiciones, delatando su fondo ruin y bajo.

Una semana después, el doctor se presentó en mi cuarto una vez más. Estaba muy contento y se expresaba con dificultad.

—Asenath —me comunicó—, he obtenido el ingrediente que me faltaba. Se acerca el peligroso momento de la prueba final. Usted presencié tiempo atrás un ensayo parecido. ¿Recuerda la terrible explosión que la asustó una madrugada cuando pasaba frente a mi casa? Huelga decir que una experiencia así en una ciudad resulta bastante peligrosa. Desde ese punto de vista lamento no poder permanecer tan tranquilo como permanecía en aquel desierto. Pero, por lo demás, he comprobado que el poco éxito de la prueba se debió a lo incompleto de los ingredientes. Ahora he estudiado concienzudamente la composición y todo saldrá bien. De hoy en ocho días habrá terminado el período de ensayos.

Al decir esto, me miraba con sonrisa paternal. Yo no podía menos de mordirme los labios, dominada por el terror. ¿Qué pasaría si fallara la prueba? ¿Qué sucedería si tenía éxito? Y abatida, me preguntaba si habría algo de verdad en aquella historia del elixir. ¿Triunfaría al cabo sobre mi repugnancia? Demasiado me daba cuenta de que era mi dueño y señor, y de que mi vida dependía de una señal suya. Pensaba luego, que quizá volviese a mí horriblemente transformado, como un vampiro de leyenda, y que, debido a alguna diabólica fascinación..., se trastornaba mi cabeza y me veía asaltada de mil temores.

En breve me tranquilicé. El doctor debía de estar en Londres con motivos políticos del gobierno mormón. A menudo había ponderado la magnífica organización de su gobierno. En aquel laberinto de Londres, el Ojo Mormón nos observaba sin cesar.

Los visitantes del doctor, desde el misionero al Ángel Exterminador, me miraban con una mezcla de repulsión y alarma. Hasta se me amenazaba que, si mi secreto se supiera, estaría perdida; pero, a pesar de todo, cifraba mi esperanza en aquellos mismos hombres. Un día me explayé con un misionero mormón, hombre perteneciente a la clase baja, sumamente compasivo. En la escalera, le referí una historia inventada por mí para pretextar mi demanda. Por mediación de este sujeto pude ponerme en contacto con la familia de mi padre. Mis parientes me dieron ánimos; de suerte que mi fuga quedó concertada para esta fecha.

Durante toda la noche he estado esperando los resultados de los trabajos del doctor. En este tiempo las noches son cortas y yo, vestida, esperaba que viniera el nuevo día. Yo, reloj en mano, aguardaba la hora de mi fuga. Me consumía la ansiedad. ¿Cómo resultaría el experimento? Ahora, sabiendo que me protegía alguien, mis simpatías se ponían al lado del doctor y hasta deseaba el triunfo. Cuando, horas más tarde, llegó a mis oídos un grito extraño que procedía del laboratorio, no pude reprimir mi impaciencia, y me dirigí hacia él.

Abierta que hube la puerta del laboratorio vi al doctor en medio de la estancia. Tenía en la mano una probeta con tres cuartas partes de líquido color de ámbar. El semblante del doctor reflejaba extraordinaria alegría. Al verme levantó el brazo hasta la altura del hombro.

—¡Victoria! —decía—, ¡Victoria!

A todo esto, se escapó de sus dedos la probeta, y se oyó una explosión. Fui lanzada contra la puerta, y el doctor contra un rincón del laboratorio. Sobrecogidos de espanto, echamos a correr por instinto, huyendo de la explosión que le sorprendió a usted. Poco más tarde, quedaban de todos aquellos trabajos en que el doctor había invertido tantos años de su vida, sólo unos trocitos de vidrio y el olor desagradable que persistía persiguiéndonos.

EL CORREDOR DE DAMAS (Conclusión)

Escuchó Challoner con honda emoción todo este relato, conmovido por el acento de la dama y siguiendo con interés sus incidencias. Aunque poseía el joven un carácter muy poco expansivo, aplaudía el asunto y el estilo; en cuanto al fondo, no podía hacer otro tanto, pues le era imposible creerla. Se trataba, por supuesto, de una historia excelente; pero no cabía en lo posible que fuese verídica. La señorita Flonbanque era una dama; pero no impedía esto para que faltase a la verdad. Sin embargo, ¿cómo iba él a dar a entender semejante cosa? El ánimo del joven había ido decayendo, decayendo, y cuando la muchacha terminó de hablar, guardó silencio durante largo rato, sin hallar palabras con que agradecerle su narración. No encontraba, a pesar de todo, ningún pretexto para marcharse, y la situación se hacía más violenta cada minuto que pasaba. Una carcajada que lanzó la joven le sacó de su ensimismamiento. Se volvió hacia ella, y sorprendió en sus ojos una chispa de franca alegría que le devolvió al punto la tranquilidad.

—Parece que lleva usted con mucha resignación sus desgracias —le dijo.

—¿Por qué no? —replicó ella con un mohín encantador—. Hace ya mucho tiempo que aconteció todo esto, lo cual no impide, con todo, que sea mi situación en extremo aflictiva. Si me niega usted su ayuda, difícilmente podré salvarme.

—Me inspira usted muchas simpatías y de buena gana me brindaría a ayudarla. Pero la situación es muy especial, y no me resulta posible emitir un juicio sobre las circunstancias que rodean a usted. Lo que sí puedo hacer es recomendarla al cuidado de la policía.

La joven le miró muy afligida. Al oír aquellas palabras había palidecido.

—Hágalo así —repuso—, y me mata con tanta seguridad como si me asestara una puñalada.

—¡Válgame Dios! —exclamó el joven.

—No cree en mi historia ni en los peligros que me rodean, ¿verdad? Pero, ¿quién es usted para juzgar? Mi familia participa de mis mismos temores y me ayuda en secreto. Ya ha visto usted el emisario y el sitio que había elegido a fin de proporcionarme fondos para la evasión. Admito que sea usted lo suficientemente listo para pretender ver claro en todos los asuntos; pero ¿cree que vale más la opinión de usted que la de mi tío, un ex ministro de Estado y consejero de la reina, con larga experiencia política? Si yo estoy loca, ¿también lo está él? Por otra parte, solicito su apoyo, y aun suponiendo que en mi historia hubiera ciertas exageraciones, sabe usted muy bien que hay en ella algo de verdad. Ha oído la explosión, ha visto al hombre en las cercanías de la estación Victoria...

—La dio a usted dinero, ¿no es cierto? —preguntó Challoner, que había sorprendido de lejos este detalle.

—Por lo visto, ya empiezo a interesarle. Con franqueza, está usted condenado a ayudarme. Y si el favor que le pido fuese grave o sospechoso... Pero, nada de eso.

Sólo se trata de hacer un viaje agradable y de llevar a una persona cierta cantidad de dinero. ¿Hay nada más sencillo?

—¿Es considerable la suma? —preguntó Challoner.

La joven sacó de su pecho un fajo, haciendo observar que no había tenido tiempo de mirarlo. La suma, formada por billetes de banco de distinto valor, ascendía a setecientas diez libras esterlinas. Challoner no salía de su asombro.

—¿Intenta usted entregar este dinero a un desconocido?

—¡Ah! —contestó, sonriendo, la joven— No le considero a usted como un desconocido.

—Debo hacerle una confesión, señorita —dijo Challoner—. Aunque pertenezco a buena familia, mis asuntos no marchan del todo bien, y estoy lleno de deudas. En una palabra, una cantidad así pudiera tentarme.

—¿No se percata usted de que con lo que dice aparta de mí hasta la sombra de una duda? —observó la joven.

Y, a la fuerza, puso los billetes en la mano del joven, el cual se quedó un rato mirándola como atontado. La señorita Fonblanque soltó otra carcajada.

—No dude usted más, se lo ruego —porfió después—. Guarde este dinero en el bolsillo, y para que entre nosotros desaparezca todo vestigio de tirantez, dígame su nombre, ya que el mío, por ahora, ha de permanecer oculto.

Si se hubiera tratado de un préstamo, la prudencia, que siempre fue norma de nuestra raza, habría abierto los ojos del joven; pero tratándose de un encargo... Además, ¿cómo rehusar? No encontraba la fórmula necesaria para no ofender a la joven. La explosión, la entrevista con aquel sujeto y aquella suma parecían demostrar que, efectivamente, existía un serio peligro. Y siendo así, ¿iba a abandonarla? La historia no parecía verosímil; pero el dinero era de veras. Todos los hechos resultaban inexplicables y oscuros; pero la joven era muy bonita, y sus modales y su habla revelaban una esmerada educación. En esto, se acordó de algo que semejaba una profecía: había prometido a Somerset que aceptaría la primera aventura que se le presentase. Pues bien: aquí estaba la aventura.

Guardó el dinero en el bolsillo y declaró:

—Me llamo Challoner.

—Señor Challoner —replicó la joven—, ha venido usted en mi ayuda cuando todo parecía ponerse en contra mía. Aunque mi persona no vale mucho, mi familia tiene buena posición, y no se arrepentirá usted de su generosa acción.

Challoner enrojeció de gratitud.

—Creo que acaso pueden proporcionarle a usted un consulado —continuó la joven, mirándole con admiración—. Pero no perdamos tiempo y empecemos a trabajar por mi libertad.

Le cogió familiarmente del brazo, y mientras atravesaba el parque en dirección a Marble Arch, le entretuvo con sus ocurrencias y su charla. Luego tomaron un coche que los condujo a Euston Square. Almorzaron en un restaurante de esta plaza. Lo

primero que se le ocurrió a la joven fue pedir recado de escribir, y apoyada sobre una esquina de la mesa, trazó unas rápidas líneas en un papel, sin dejar de mirar, sonriente, a su compañero.

—Esto es una carta de recomendación dirigida a mi prima —le explicó—. Dicen que mi prima, a quien no conozco, posee un carácter encantador y una indiscutible belleza.

Mientras hablaba, había cerrado la carta.

—¡Ah! —exclamó luego—. He cerrado la carta. Esto es incorrecto. Aunque, entre amigos, quizá sea mejor que la haya cerrado. Irá usted a donde dice el sobre, Richard Street, Glasgow. Apenas llegue, entregue la carta a la señorita Fonblanque en persona. Este es el apellido que usa. Cuando vuelva usted a verme, ya me dirá lo que piensa de ella.

—¡Ah! —afirmó Challoner—. Seguramente, me causará muy poca impresión.

—Eso es lo que usted ignora por completo —rectificó la joven, lanzando un suspiro—. ¡Ah, se me olvidaba! Cuando se encuentre usted ante la señorita Fonblanque, procure parecerle un poco ridículo; esto la predispondrá a su favor. Tenemos convenido un santo y seña. En cuanto la vea usted, pronuncie a su oído las siguientes palabras: “Negro, negro, nunca muere”. Apréndaselas, y no las olvide.

—¿Y cuál será la respuesta? —preguntó, muy serio, Challoner.

—No se la pienso decir hasta el último momento.

Terminado el almuerzo, acompañó al joven Challoner hasta la estación. Ya en el andén, compró a su compañero dos revistas, un cortapapeles y estuvo charlando con él hasta que sonó el pito. Entonces le hizo subir al vagón, y luego, introduciendo ella la cabeza por la ventanilla, le dijo al oído:

—“Cara negra y ojos brillantes”.

Después se alejó riendo.

El tren llevaba ya en marcha unos minutos, y el eco de aquella risa continuaba resonando en los oídos de Challoner.

Pero la situación de Challoner resultaba un poco embarazosa. Se encontraba lanzado a una aventura en circunstancias oscuras y ridículas. Y, lo que era peor, la confianza que habían depositado en él le obligaba a aceptar la aventura hasta el fin. Se daba cuenta de que lo mejor para él habría sido no aceptar el encargo. Pero era imposible volverse atrás. Claro que había desaparecido la fascinación que aquellos ojos le causaban; pero ya había empeñado su palabra. No había remedio. Sin embargo, ni usó el cortapapeles ni miró las revistas. Le parecía que se lo impedía su arrepentimiento. Mucho antes de que se apeara en el andén de Saint Enoch, el mal humor que sentía contra sí mismo había llegado a los últimos límites.

Como tenía hambre, y además era muy cuidadoso, habría querido aplazar la visita y limpiarse el polvo del traje. Pero las palabras de la joven y su propia impaciencia no le permitían tardar en ir a cumplir el encargo. Y al anochecer, nuestro hombre se dirigía, a paso ligero, hacia el sitio que le habían indicado.

La calle Richard se hallaba completamente desierta. El aspecto del sitio impresionó al joven desfavorablemente, recordándole la excursión matutina por las desiertas calles de Londres. Llegó a la casa que buscaba, y algo indeciso, tiró del cordón de la campanilla.

La casa en cuestión era muy vieja, así como la campanilla; de suerte que ésta produjo un sonido cascado. Acto seguido se abrió sigilosamente una puerta secreta, oyéndose unos pasos que se aproximaban con cautela. Challoner suponía que iban a abrirle, y preparó la carta, procurando dar a su cara una expresión lo más placentera posible. Se engañaba. Con gran sorpresa suya, cesaron los pasos, y nadie abrió la puerta principal. El visitante perdió entonces la calma, y se dispuso a marcharse. Pero entonces el guardián de la casa empezó a descorrer y descorrer cerrojos. Al oír que abrían se detuvo Challoner. La llave dio media vuelta en la vieja cerradura, se abrió la puerta, y apareció en el umbral un hombre muy tieso, en mangas de camisa. Se trataba de un tipo desagradable y vulgar. Durante unos minutos se miraron sin hablar. Al cabo, el hombre de la casa preguntó con voz ronca al recién llegado lo que deseaba. Challoner procuró que su respuesta disipara todo recelo, explicando que era portador de una carta para la señorita Fonblanque. Al oír este nombre, el desconocido se echó atrás, invitando a Challoner a penetrar en la casa, cerrando luego la puerta cuidadosamente.

Hacía largo rato que habían dado las ocho y se hacía difícil el tránsito por las calles a causa de la oscuridad. El hombre acompañó al Challoner hasta el recibidor que daba al jardín. Al parecer, acababa de cenar en el recibimiento, pues sobre una mesita se veía media botella de cerveza y un pedazo de queso. Un cabo de vela iluminaba la escena. Al fondo había una habitación, a través de cuya puerta se atisbaba una estantería repleta de libros lujosamente encuadernados. Era tan notable el contraste que formaba el hombre que había abierto la puerta con el aspecto de la casa, que Challoner empezó a pensar que todo lo del doctor Grierson y lo de los ángeles exterminadores había sido pura invención. Su desilusión era completa y no tenía otro deseo que el de acabar lo antes posible.

El hombre, presa de gran ansiedad, continuaba mirando de hito en hito al visitante, acosándole a preguntas.

—Estoy aquí —decía Challoner satisfaciéndolas—, para prestar un servicio a una dama. ¿Quiere usted avisar a la señorita Fonblanque? He de entregarle una carta.

Pero el hombre se mostraba cada vez más sorprendido.

—Yo soy la señorita Fonblanque —contestó al fin.

Y notando el efecto que esta declaración producía al visitante, añadió:

—¡Vamos, hombre! ¿Qué está usted esperando? ¿No oye usted que soy la señorita Fonblanque?

Challoner, al ver que llevaba una barba bastante larga el que así hablaba, creyó ser objeto de una burla. Pero como ahora no estaba dominado por el hechizo de una hermosa mujer, montó en cólera.

—Caballero, me he tomado grandes molestias por personas a las que apenas conozco, y me urge acabar este asunto. O llama usted inmediatamente a la señorita Fonblanque, o me marcho de esta casa y aviso a la policía.

—¡Es horrible! —exclamó el hombre—. Le aseguro a usted que soy la persona que busca; pero... ¿cómo convencerle? Estoy seguro de que quien le envía a usted es Clara, una muchacha loca que siempre anda divirtiéndose con bromas pesadas. ¡Y si ahora no llegamos a un acuerdo, Dios sabe lo que puede resultar del retraso!

A Challoner se le ocurrió de pronto pronunciar las palabras del santo y seña:

—“Negro, negro, nunca muere” —dijo con timidez.

El rostro del hombre se iluminó.

—“Cara negra y ojos brillantes” —respondió—. Deme usted la carta.

—Bien —respondió Challoner, todavía receloso—; supongo que es usted el destinatario. He aquí la carta.

Y le alargó el sobre. El hombre se abalanzó hacia él como una fiera, y muy tembloroso, rasgó el sobre y desdobló la carta. A medida que iba leyendo se acentuaba su terror. Parecía ser víctima de una pesadilla. Se pasó una mano por la frente, y como si obrara inconscientemente, arrugó el pliego hasta formar una bola con él. Luego suspiró:

—¡Válgame Dios!

Y asomándose a la ventana que daba al jardín, emitió un silbido agudo y prolongado. Challoner se recostó contra la pared, y esgrimiendo su bastón, se aprestó para lo que pudiera ocurrir. Pero las ideas del hombre barbudo parecían estar muy lejos de toda violencia. Se volvió hacia su visitante, e hiriendo el suelo con el pie, murmuró:

—¡Es imposible, completamente imposible! ¡Señor, voy a perder la cabeza!

De pronto, dándose una palmada en la frente, agregó:

—¡El dinero! ¡Deme usted el dinero!

—Amigo —dijo Challoner—, no se ponga usted así. Hasta que se calme no podremos entendernos.

—Tiene usted razón —confirmó el hombre. Soy muy nervioso. Es una consecuencia de padecer una dolencia crónica. Pero sé que tiene usted el dinero y esto es la salvación para mí.

A pesar de que Challoner estaba muy seguro, no pudo menos de reírse. Pero como él también tenía prisa por marcharse, entregó el dinero al sujeto.

—Ahí va todo lo que me entregaron —dijo—. Permítame que le pida un recibo.

Pero el hombre no le hacía caso. Tomó el dinero apresuradamente, sin tener en cuenta que algunas monedas que había mezcladas con los billetes se caían al suelo, y se las metió en el bolsillo.

—¡Un recibo! —repetía Challoner con insistencia.

—¿Recibo? —preguntó en tono áspero el hombre de la casa—. ¿Un recibo? ¡En seguida! Espéreme usted aquí.

Challoner rogó entonces al hombre que no le hiciera perder tiempo, pues tenía que tomar el próximo tren.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Yo también! Voy en seguida.

Y el hombre de la barba desapareció de la pieza y se le oyó escalera arriba.

—Todo esto es extraño —pensaba Challoner—, extraño y poco tranquilizador. No sé si me he metido entre locos o entre malhechores.

Mientras se hacía estas reflexiones recordó el silbido y se volvió hacia la ventana. Aún había alguna claridad, y pudo distinguir las terrazas, las escalinatas y los árboles secos que en otro tiempo habían sido refugio de pájaros. Más allá de estos árboles se extendía la gruesa tapia que cercaba la finca, una tapia de unos treinta pies de altura, detrás de la cual sobresalían otros edificios de aspecto sombrío. Sobre el césped había un objeto, y fijándose en él, Challoner pudo darse cuenta de que se trataba de una escalera de mano, o bien de varias escaleras de mano atadas juntas. Estaba preguntándose para qué serviría aquel utensilio en tal lugar, cuando llamó su atención un ruido como de algo que rodara escalera abajo, seguido del golpetazo de la puerta de entrada, y unos pasos que retumbaban por la calle.

Challoner salió del pasillo, subió y bajó la escalera, recorrió todas las habitaciones, hasta que llegó a la conclusión de que se hallaba solo en aquella casa fea y carcomida. En uno de los cuartos que daban a la fachada principal encontró señales del último inquilino, pues había una cama con las ropas revueltas, un baúl que parecían haber registrado de prisa, y un rollo de papel arrugado en el suelo. Challoner se apoderó del papel, y como la luz de este cuarto era más intensa que la del recibidor, pudo leer perfectamente las siguientes líneas, escritas con una letra de mujer y encabezadas con el membrete de un restaurante de Euston Square:

“Querido M’Guire: Tu refugio ha sido descubierto. Hace unas treinta horas hemos tenido otra contrariedad, ya que la prueba ha sido, como siempre, de resultado negativo. Cero está desesperado. Los demás, cada uno por su lado. Yo he tenido la suerte de encontrar a “este idiota”, el cual te entregará esta carta y el dinero. Espero verte pronto. Tuyo siempre,
Ojo Brillante”.

Challoner se quedó estupefacto. Ahora se daba cuenta de que había sido el juguete de una intrigante que le había convertido en ridículo correo. Sentía una sorda cólera contra sí mismo, contra aquella mujer y contra Somerset, cuyos malos consejos le habían precipitado en tal aventura. Le aguijoneaba la curiosidad y al mismo tiempo le dominaba el miedo. La conducta del hombre de la carta, los términos en que estaba redactada ésta y la explosión oída durante la madrugada, eran partes misteriosas de un maligno embrollo. El diablo parecía andar por medio. El secreto, la maldad y el terror eran el ambiente que rodeaba a todas aquellas gentes, entre las cuales había empezado a moverse él como un muñeco, como un títere.

Todavía continuaba estupefacto mirando la, carta que tenía en sus manos, cuando le sobresaltó el ruido de la campanilla. Miró por la ventana y su estupefacción, esta vez mezclada con terror, subió de punto. Ante la puerta de entrada había un nutrido pelotón de policías. Pero se rehízo y decidió apelar a todos los recursos de la astucia y del valor. Bajó silenciosamente la escalera. Estaba ya al pie de ella, cuando volvió a sonar el repiqueteo de la campanilla. Challoner se encaramó al marco de la ventana del recibidor, que daba al jardín, para dejarse caer allí, cosa que efectuó, no sin que se le enganchara la americana en un tiesto de hierro. Cuando al cabo quedó libre, tenía el traje hecho jirones y había roto unas cuantas macetas. La campanilla no cesaba de repicar. El desesperado Challoner miraba en todas direcciones. Por fin dio con la escalera portátil, corrió hacia ella e hizo un esfuerzo para levantarla del suelo.

De pronto notó que el peso de la escalera empezó a ceder en sus manos. El armatoste, como si tuviera vida propia, se levantaba por sí solo del suelo. Challoner dio un salto hacia atrás, lanzando un grito de supersticioso terror mientras la escalera parecía levantarse sola y apoyarse en la pared. Pero se le ocurrió mirar hacia arriba y entonces comprendió. Sobre el parapeto asomaban dos cabezas de hombre. Uno de ellos emitió un silbido muy parecido al que había emitido el hombre de la barba.

¿Es que aquellos infames le habían preparado con anterioridad esta treta? ¿Iba a ponerse a salvo o bien era aquello el punto de partida de nuevas complicaciones? No se detuvo a reflexionar. Rápido como un rayo trepó por la escalera. Unos brazos robustos le recibieron, le abrazaron y le colocaron cuidadosamente en el suelo del otro lado. No repuesto aún de su sorpresa, se halló entre dos hombres zafios, en la terraza de una casa vecina. La campanilla seguía sonando con más fuerza cada vez.

—¿No hay nadie ya en la casa? —preguntó uno.

Yen cuanto él contestó que no quedaba nadie, cortaron las cuerdas que sujetaban la escalera, la cual cayó al suelo produciendo un ruido infernal. Su caída fue celebrada con un gran griterío, pues todos los vecinos de la calle Richard se habían asomado a las ventanas en espera de los acontecimientos. El hombre que había formulado la anterior pregunta a Challoner le cogió por los brazos y le arrastró, a través de los bajos de la nueva casa, hacia otra calle misteriosa, cruzada la cual, entraron en un cuarto húmedo y oscuro que pertenecía a otro edificio.

—¡Ea! —dijo el guía—. No hay tiempo que perder. ¿Se ha ido M'Guire?

—Sí, M'Guire se ha ido —respondió Challoner.

El guía encendió una luz.

—Vamos —indicó—; no puede usted salir a la calle de esa guisa. Aguarde, que le traeré ropa.

Desapareció el hombre, y Challoner, algo reanimado, se puso a examinar el destrozo de su traje: tenía los pantalones todos deshechos y uno de los faldones de su levita se había quedado prendido en la ventana. A los pocos minutos volvió el hombre llevando un largo abrigo burdo y vulgar. El desconocido, sin pronunciar palabra, empezó a envolver el elegante y pulido Challoner en aquel disfraz, completado por

un minúsculo sombrerito de tipo tirolés. En cualquier otra ocasión, Challoner se habría negado a salir a la calle vestido de tal modo; pero entonces tenía tal prisa por salir de Glasgow, que no opuso el menor reparo. Luego preguntó lo que tenía que abonar por su nuevo abrigo. El hombre respondió que, en lugar de perder tiempo, lo que debía hacer era marcharse de allí.

No se hizo el joven repetir la orden. Después de dar infinitas gracias a su interlocutor, quien quedó algo amoscado por tan finos modales, salió a la carrera hacia la ciudad iluminada. Cuando tras de muchos rodeos, llegó a la ciudad, había partido ya el último tren. Con tal abrigo no podía presentarse en un hotel elegante. Por otra parte, su porte distinguido llamaría la atención, y hasta se haría sospechoso si se alojaba en un hotel de baja categoría. Se vio obligado, pues, a pasar la noche paseando por las calles, sin cenar. Se sentía avergonzado de su loca conducta. Y no podía por menos de maldecir a la inventora de fábulas de Hyde Park, cuyas carcajadas parecía percibir todavía. Cuando se acordaba de Somerset y sus aficiones detectivescas caía en verdaderos accesos de cólera. Al llegar el día, entró en un figón donde aplacar su hambre. Faltaban algunas horas para la salida del expreso. Por último penetró en la estación, tomando asiento en un coche de tercera clase. Su billete de vuelta, de primera clase, le daba derecho a un cómodo y mullido asiento en el vagón correspondiente, pero su ridícula indumentaria le impedía aprovecharlo.

Cuando a la noche se encontró en su casa y repasó mentalmente los gastos hechos, las angustias y las fatigas pasadas; cuando contempló su traje en jirones, y sobre todo, cuando miraba el infamante gabán y el ridículo sombrerito tirolés, su amargura se desbordó a torrentes. Por tanto, hubo de apelar a su acostumbrada filosofía para permanecer en calma.

LA AVENTURA DE SOMERSET

LA CASA DE LA PLAZA DORADA

Era Pablo Somerset hombre de gran imaginación, aunque de carácter bien poco decidido. Desde que tuvo lugar el convenio del “Cigar Divan”, no hacía otra cosa que recorrer calles y más calles, enardecido por el fuego de su fantasía. Al andar por las callejuelas, al mirar los letreros de las vallas, al contemplar las fachadas de las casas, creía ver, en fin, un complicado e intrincado jeroglífico. Pero aunque creyera los elementos de la aventura tan abundantes, no se esforzaba lo más mínimo por provocarla. Sus propósitos se estrellaban contra la corriente de las circunstancias. ¡Cuántos pasarían por su lado llenos de secretos, agobiados de penas, sin consultarle!

Cenó frugalmente, y, durante la cena, no dejó de estar preocupado a causa de las aventuras que no querían surgir para él. Cuando volvió a la calle, ya estaban encendidos los faroles, y las aceras rebosaban gente. Ante un restaurante, cuyo nombre se le ocurriría en seguida a cualquier estudiante de nuestra Babilonia, se apretujaba una nutrida concurrencia. La gente interceptaba el paso, y Somerset, como un perro que olfatea su presa, empezó a observar la expresión de los rostros de todos los presentes. De pronto sintió un ligero golpe en la espalda. Se volvió rápidamente y se encontró con un magnífico coche cerrado, arrastrado por dos hermosos caballos y guiado por un cochero vestido de librea. Somerset empezaba ya a creer que había soñado que le tocaban en el hombro, cuando surgió del coche una diminuta mano, enguantada de blanco, para hacerle una señal. El joven, obediente, se acercó al coche y miró hacia adentro. Ocupaba el carruaje una bellísima y delicada mujer, tocada de encaje blanco, la cual, en voz baja y argentina, le indicó:

—Abra la portezuela y entre.

Somerset pensaba para su capote que aquella joven sería lo menos una duquesa. Sin poder desechar su timidez, subió al carruaje, tomando asiento frente a la dama. Esta debió de tocar algún resorte, pues no bien había acabado de sentarse él, se cerró la portezuela misteriosamente, y el carruaje emprendió su marcha, que comunicaba un movimiento suave a los blancos cojines del interior.

Somerset no estaba prevenido para una cosa así. Había ensayado la conducta que debía adoptar en muy diversas circunstancias; pero a decir verdad, entre las cosas ensayadas y la realidad hay un gran trecho. Y como lo de ahora era algo real... El caso es que no sabía por dónde empezar. La dama, por su parte, permanecía asimismo inmóvil en el asiento. La dama era bajita y delgada y parecía muy bella, envuelta materialmente en encajes. Pero el joven no sabía cómo empezar.

Y el silencio se prolongaba tanto, que se hacía intolerable. Por dos veces quiso hablar él, y por dos veces, no pasaron de su garganta las palabras. Cuando se había imaginado escenas parecidas, eran notables su elocuencia y su presencia de ánimo. Y esta disparidad entre el ensayo y la representación le tenía cohibido. En el umbral de

una aventura, ¿iba a ser derrotado? Hacía falta, pues, que diera un paso decisivo, que probara a aquella señora que había obrado con acierto al llamarle.

Se fijó en la mano de la dama. Y, pensando que debía arriesgarse, se apoderó de los enguantados dedos y se los acercó a los labios. Luego permaneció unos segundos guardando entre las suyas la mano de ella, pero sin atreverse a nada más. Pronto notó que aquella mano temblaba como si su dueña tuviera fiebre. De repente, triunfante y sonora, estalló una carcajada que hacía rato se contenía. El joven soltó su presa, y de haber podido, habría saltado del coche. La dama, entretanto, seguía riendo, reclinada en los cojines.

—Debe usted perdonarme —le dijo al cabo—. Si se ha dejado llevar de su fogoso entusiasmo, la culpa es mía y nada más que mía; no se debe a su presunción, sino a la extraña forma que tengo de reclutar amigos. Créame: no pienso mal de un joven porque se rinda a un arrebató. Esta noche tengo el propósito de invitarle a cenar, y si continúa usted portándose correctamente, quizá acabe por hacerle una proposición ventajosa.

Somerset trató en vano de encontrar una respuesta; pero se hallaba muy turbado, y no dio ninguna.

—Vamos —dijo la dama—. No se ponga serio ahora. Esto sí que sería una falta. Ya estamos en nuestro punto de destino. Baje usted y ofrézcame el brazo.

El carruaje se había detenido ante una espléndida y magnífica casa, situada en una anchurosa plaza. Somerset, que estaba de buen talante, ayudó a descender a la dama, haciendo gala de toda su finura. Se abrió la puerta de la casa, y una vieja de rostro ceñudo los condujo a un lujoso comedor alumbrado con luces opacas. Entre los magníficos muebles se veía una gran cantidad de hermosos gatos. La dama se quitó el chal de encaje que medio le tapaba la cara y Somerset pudo advertir que aun cuando poseía unas facciones muy regulares y lindas, la que él había creído una joven era en realidad una señora de edad madura: su pelo era canoso y su rostro estaba surcado de arrugas.

—¿Qué tal, “mon preux”? —dijo la dama haciendo al joven un reverencioso saludo—. Bien se da usted cuenta de que ha pasado mi juventud. Razón de más para que mi compañía le resulte agradable.

Mientras la dama hablaba de esta suerte, la criada fue trayendo luces; luego sirvió una cena exquisita. Ambos se sentaron a la mesa en buena armonía, mientras los gatos, haciendo mil carantoñas, rodeaban a su ama. Cuando hubieron terminado de comer y beber, la dama se reclinó en su asiento, y posando en su falda a uno de los gatos, examinó detenidamente a su invitado sin dejar de mostrar una faz risueña.

—Temo, señora —dijo Somerset—, que mis modales no hayan correspondido exactamente con la opinión que usted había formado de mi humilde persona.

—Querido joven —repuso la dama—, no tiene usted doblez. Le encuentro muy simpático, y no habría usted podido tropezar con mejor madrina. No soy de esas personas que cambian continuamente de parecer; el que se gana mi favor continúa

disfrutándolo durante mucho tiempo. Conozco a los hombres y a las mujeres con sólo mirarlos, y siempre me porto con ellos siguiendo mis primeras impresiones.

—Señora —respondió Somerset—, ha adivinado usted mi situación. Soy un hombre de ingenio y educación. Ambas cosas suponen excelentes compañeros; pero como, por un capricho del destino, no poseo un céntimo, no me sirven de gran cosa. Andaba esta tarde en busca de una aventura interesante o simplemente graciosa. Y la invitación que usted me dirigió cuadraba con lo que buscaba. Llámelo, si quiere, imprudencia. Pero estoy dispuesto a aceptar lo que me proponga.

—Habla usted muy bien. Es un hombre curioso y sorprendente. No me atrevo a asegurar que esté usted completamente cuerdo, pues no he tropezado con nadie que lo esté. La única que está completamente cuerda soy yo. Pero la índole de su locura resulta divertida, y, en compensación, voy a contarle algunos detalles de mi carácter y mi existencia.

Y, sin soltar el gato que tenía en el regazo, la dama dio comienzo a la siguiente narración.

RELATO DE LA DAMA JOVIAL

Soy hija primogénita del pastor Fanshawe, quien desempeñaba un importante beneficio en el vicariato de Bath y Wells. Nuestra familia, bastante numerosa, se distinguía por el ingenio que mostraban sus miembros, así como por la hereditaria cualidad de la belleza de sus rasgos. Pero yo, desde los primeros años, descubrí, disgustada, los defectos de los parientes a quienes me hallaba sujeta. Cuando era todavía muy niña, mi padre contrajo segundas nupcias, y en esta segunda esposa suya llegaron a cristalizarse los peores defectos de los Fanshawe. Aunque no debía decirlo, yo era lo que se llama una hija modelo y mostré inagotable paciencia con mi madrastra; pero desde el día en que ésta entró en la casa sólo vi en ella injusticia e ingratitud.

No era yo la única persona ejemplar de la familia, pues un primo mío, llamado Juan, se mostraba también muy bueno y paciente. No había cumplido aún, por mi parte, los diez y seis años, cuando note que este primo mío se había enamorado de mí, aunque el pobre era demasiado tímido para exteriorizar sus sentimientos. Estuve reflexionando durante varios días sobre la anómala situación que nos creaba la timidez de mi enamorado. Más cuando noté que empezaba a rehuir mi compañía en vez de buscarla, resolví zanjar el asunto.

En una ocasión en que me encontraba a solas con él en el jardín, le dije abiertamente que había descubierto su secreto, y que de sobra me percataba de que nuestras relaciones empezarían con la tenaz oposición de la familia. Por tanto, estaba dispuesta a huir con él. El pobre muchacho no cabía en sí de gozo, y, en su emoción, ni siquiera acertaba a darme las gracias. Viéndole tan azorado, hube de arreglar por mi cuenta todos los detalles de nuestra fuga, así como los del casamiento secreto que la seguiría. Juan tenía proyectado para aquella época una visita a la metrópoli. Le rogué que no cambiara sus proyectos y me prometiera que nos reuniríamos en el Hotel Tavistock.

Fiel a lo convenido, el día en cuestión me levanté antes que los criados, recogí en un maletín unos cuantos objetos y el poco dinero que me pertenecía, y me despedí de la rectoría para siempre. A la mañana siguiente me encontraba ya en Londres. Cuando el coche me conducía al hotel, miraba yo encantada el gran tráfico de las calles y me imaginaba la forma en que Juan me recibiría. Pero, ¡ay!, cuando pregunté en el hotel por el señor Fanshawe, me aseguraron que aquel nombre no figuraba en la lista de huéspedes. Ignoro si fue descubierto nuestro secreto o si Juan obró bajo una poderosa presión; lo cierto es que me encontraba completamente sola en Londres, mortificada en mis sentimientos y sin poder regresar al hogar paterno.

Me entregué al azar y busqué alojamiento en un hotel de los alrededores de Euston Road. Allí gusté por primera vez en mi vida los placeres de la independencia. Tres días después, se me advertía, por medio del “Times”, que me presentara en casa del procurador encargado de los intereses de mi padre. Allí prometieron darme con

regularidad una pequeña asignación si no me presentaba nunca más en casa de mi padre.

Me hallaba contenta de mi situación, que no esperaba una semana antes.

La cosa siguió bien durante algunos meses y si acabó tan agradable episodio de mi vida, no debo echar la culpa a nadie, sino a mí misma. Tengo la mala costumbre de no ser amable con mis servidores. Mi patrona, con quien estaba en la mayor armonía, se permitió hacer cierta observación sobre un asunto baladí. Me sentí molesta, y no pude menos de decirle que se estaba tomando demasiadas libertades y que saliera de mi cuarto. Durante un momento se quedó atónita; pero luego me replicó:

—Esta noche recibirá usted la cuenta, y mañana saldrá de mi casa. Habrá usted de pagarme todo lo que me debe, y de no hacerlo, sus baúles no saldrán.

Me quedé muy poco sorprendida ante tamaña audacia; pero como tenía que cobrar poco después un trimestre, no me preocupaba demasiado. Aquel día, a media mañana, cuando salía de casa de mi procurador, me ocurrió un extraño suceso. La oficina del procurador se hallaba en una calle a donde se entraba por la Strand. La tal calle quedaba confinada por una barandilla que miraba al Támesis. En esto, vi venir hacia mí a mi madrastra. Seguramente me buscaba; seguramente se dirigía a casa del procurador. La acompañaba una criada que yo no conocía. Al verlas, me sentí presa de la mayor indignación. Era imposible huir. No me quedaba otro recurso que retroceder hacia la barandilla y fingirme absorta mirando las barcas que cruzaban el río o las chimeneas de la populosa Londres.

De repente oí a mi espalda una voz que me dirigía la palabra valiéndose de un pretexto. Era la criada que se había quedado esperando a mi madrastra, y que no tenía la menor idea de quién fuera yo. Aproveché la ocasión para informarme sobre mi familia y sobre el vecindario. No me sorprendió lo más mínimo que hablara mal de sus señores, aunque tuve que hacer un esfuerzo para escucharla tranquila. Nos hubiéramos separado sin el menor incidente si, al terminar la conversación, no se le hubiera ocurrido sacar a relucir las aventuras de la hija mayor de sus amos, lo cual efectuó alterando visiblemente los hechos. Yo sé perdonar; pero en aquella ocasión no pude contenerme, y levanté la mano, indignada. Al hacerlo, el paquete con el dinero que habían acabado de entregarme se escapó de mis manos y cayó al río. Vacilé al pronto; mas acabé por soltar una carcajada ante lo gracioso del caso. A la sazón apareció mi madrastra. La criada, que de seguro, me tomó por una loca, corrió a su encuentro. Yo seguí riéndome, y cuando me presenté de nuevo al procurador para pedirle un anticipo sobre el siguiente trimestre, aún no había recobrado la seriedad. Pero el procurador me dio una respuesta que me dejó fría. No podía entregarme nada a cuenta. Más tarde, con lágrimas en los ojos, consintió adelantarme diez libras de su bolsillo particular.

La patrona de la casa de huéspedes estaba esperándome.

—Señorita —me dijo insolentemente—, he aquí el recibo. ¿Puede pagármelo

ahora?

—Se lo pagaré mañana.

Y miré con altivez el papel, aunque sentía que por dentro temblaba.

Estaba perdida. No tenía más que un poco de dinero y me hallaba atrapada. El importe de mi hospedaje subía a veinte libras, treinta y cuatro chelines y siete peniques. Si no pagaba, la patrona no me dejaría sacar los baúles, y sin ellos ni dinero, ¿dónde encontraría hospedaje? Tenía que pasar tres meses careciendo de techo y dinero. Pensé huir: pero para ello tropezaba con una dificultad: el equipaje era harto pesado para poder llevármelo.

Adopté una extrema resolución, y tapándome la cara con un velo, me lancé a la calle.

Era ya muy tarde, y el tiempo estaba frío y lluvioso, porque nadie, excepto los guardias, transitaba por las calles. Yo, por mi situación, temía a los guardias, y cuando distinguía uno, procuraba esquivarle. Unas pobres mujeres transitaban por las aceras. De cuando en cuando aparecía algún borracho.

Por fin, en una esquina, me tropecé con un individuo que era, indudablemente, un caballero, pues su porte y el cigarro que fumaba revelaban la opulencia. Mi rostro había perdido bastante belleza; pero conservaba todavía las facciones de la juventud. Animada, me dirigí a él:

—Señor —le dije, sintiendo que me latía apresuradamente el corazón—, ¿puede una dama depositar su confianza en usted?

—Según, preciosa —contestó dando una chupada a su cigarro—. Depende de las circunstancias. Levántate el velo.

—Señor —interrumpí—, se confunde usted. Me dirijo a un caballero para preguntarle si puede prestarme un favor. Pero no ofrezco recompensa.

—Eso es hablar claro. La cosa me interesa. ¿Qué favor me pide?

A mí me convenía no entrar en muchos detalles.

—Si quiere usted acompañarme, verá que voy muy cerca.

Me miró, dubitativo, y luego arrojando al suelo el cigarro, repuso:

—Andando.

Me ofreció el brazo mas yo, con amabilidad, me negué a aceptarlo. Procuré ir por el camino más corto y traté de que se traslucieran en mi modo de hablar mi posición y mi linaje. De esta suerte puede ver por seguro que me prestaría atención. Antes de entrar le rogué que bajase la voz y anduviese de puntillas. Prometió hacerlo así, y entonces le introduje hasta mi habitación, que se hallaba a la entrada.

—Y ahora, ¿qué tengo que hacer? —preguntó.

—Deseo que me ayude a sacar estos baúles sin que nadie nos vea.

—Desearía verle la cara.

Me quité el velo y le miré sin decir palabra. Estaba dispuesta a llamar si veía en él la menor falta de respeto.

—Bien —dijo—; ¿adónde hay que llevarlos?

Me di cuenta de que había triunfado. Con voz temblorosa respondí:

—Podemos llevarlos entre los dos hasta la esquina de Euston Road, y allí encontraremos un coche.

—Perfectamente —añadió el desconocido.

Levantó el más pesado de los dos baúles y se lo echó a la espalda. Luego cogió el otro por un asa y me encargó que yo cogiera la otra. Salimos de la casa sin que ocurriese ningún incidente. Se detuvo ante el portal, que todavía estaba iluminado.

—Dejaremos aquí los bultos. Un joven y una joven recorriendo a estas horas las calles cargados con baúles van a llamar la atención demasiado.

Dejamos los baúles. Su observación me demostraba que el desconocido era precavido. Mientras dejábamos los baúles, se nos acercó un “policeman”, el cual dirigió su linterna hacia nuestros rostros.

—Parece que no hay coches —observó el desconocido procurando sonreír.

Pero el agente replicó muy seco y rechazó con malos modos el cigarro que le ofrecían. El joven le miró despreciativamente. El “policeman” no cesaba de espiarnos.

Después de un largo rato apareció por fin un coche. Mi compañero lo detuvo.

—Pare —ordeno al cochero—, tenemos que llevar unos bultos.

A partir de este punto es cuando empieza el contratiempo de nuestra aventura, ya que el policía, al ver los baúles, sospechó que hacíamos algo malo.

La luz de la casa se había apagado ya, y toda la fachada se sumía en tinieblas. Nada podía explicar la presencia de aquel equipaje. Todo se ponía en contra nuestra.

—¿Adónde llevan ustedes esos bultos? —preguntó el policía, dirigiendo su luz al rostro de mi compañero.

—Salimos de esta casa —contestó el joven mientras cargaba rápidamente un baúl en el coche.

El guardia se volvió a mirar la casa, cuyas ventanas se hallaban por completo a oscuras. Luego dio unos pasos hacia la puerta con intención de llamar. De hacerlo así, nuestra perdición era segura. Pero después, pensándolo mejor, se volvió al coche.

—¿Adónde la llevo? —me había preguntado en voz baja mi compañero.

—A cualquier parte —contesté angustiada.

En cuanto los baúles estuvieron cargados y yo acomodada en el coche, mi libertador dio en voz alta una dirección al cochero. El policía, tras de unos segundos de perplejidad, anotó el número del coche y habló unas palabras con el cochero.

—¿Qué le habrá dicho? —pregunté yo en cuanto emprendimos la marcha.

—No es difícil figurárselo. Le advierto que tiene usted que ir a la dirección que he dado al cochero. Si varía de ruta, el cochero nos llevará directamente a la delegación. Déjeme que la felicite por su serenidad. Por mi parte, he pasado el susto más grande de mi vida.

Cuando llegamos a nuestro destino, el joven se apeó, abrió la puerta con la naturalidad de quien está en su casa, hizo que el cochero pasara el equipaje al portal y

luego le despidió.

Mi acompañante me condujo al comedor, elegantemente amueblado. Me hizo sentar y me ofreció un vaso de vino. En cuanto pude hablar, le interpele:

—¿Dónde estoy?

Me aclaró que me encontraba en su casa, y que, antes que nada, convenía reponer las fuerzas. Al decir esto, me ofreció otro vaso de vino; no lo acepté, a pesar de que lo necesitaba. Mi acompañante se sentó luego junto al fuego, y sin dejar de mirarme con curiosidad, se dispuso a encender otro cigarro.

—Y ahora —me dijo—, se dignará usted confesarme con toda franqueza el delito en que ha tomado parte. ¿Se trata de un asesinato? ¿De un alijo? ¿Es usted ladrona, o una inofensiva criada que huye?

Ante aquellos insultos, resolví explicarle mi historia y conquistar así todo el respeto que merecía. Con tono lastimero le referí lo que me había acontecido. A medida que hablaba iba yo recobrando mi natural viveza y mi buen humor. Le narré las circunstancias de mi nacimiento, la huida de mi casa, las desventuras que sucedieron a la huida. El desconocido, sin decir palabra, me escuchaba mientras fumaba.

—Señorita Fanshawe —afirmó cuando terminé—, es usted la mujer más deliciosa del mundo. Mañana iré a saldar la cuenta de su patrona.

—Interpreta mal mi confianza —atajé—. Si hubiera usted sabido apreciar mi carácter, habría comprendido que yo no podía aceptar dinero.

—Pero su patrona no se enterará de este detalle. No quiero que me juzgue usted mal. Mi nombre es Enrique Luxmore, y soy hijo segundo de lord Southward. Poseo nueve mil libras anuales de renta, y además, esta casa y otros siete edificios en los mejores puntos de Londres. Entiendo que no soy muy feo. Y en cuanto a mi carácter, creo que ya lo he mostrado. Me parece usted una criatura muy original, y de fijo, no iré a decirle lo que sabe usted muy bien, o sea, que es extraordinariamente bonita. No tengo que agregar otra cosa sino que me he enamorado de usted con locura.

—Caballero —le contesté—, estoy dispuesta para ser mal juzgada. Pero creía que el hecho de aceptar su hospitalidad me defendía contra el insulto.

—Perdón. Lo que yo le ofrezco es el matrimonio —precisó, retrepándose en la silla y reteniendo el cigarro entre los labios.

Confieso que quedé perpleja ante una oferta que estimaba singular, no sólo por lo inesperada, sino por la original manera como fue hecha. Era algo muy ventajoso para mí. Por otra parte, se trataba de un hombre muy distinguido, y su flema me encantaba. En resumen, ocho días después, me había convertido en la esposa del honorable Enrique Luxmore.

Llevamos, durante veinte años, una vida tranquila y apacible. Mi Enrique tenía un defecto: se enfadaba por la cosa más nimia. Pero yo le quería mucho, y nos llevamos muy bien.

Al cabo me lo arrebató la muerte. Tal es la felicidad de la vida, vana quimera.

Tuvimos de nuestro matrimonio una sola hija, Clara, que heredó todos los sentimientos de su padre, aun que su físico era un retrato mío. Esto me hizo concebir esperanzas para el porvenir, que me prometía tranquilo. Pero no ocurrió así. Usted se extrañará, sin duda, si le digo que mi hija me abandonó; pero le aseguro que es la pura verdad. Le dio por defender a las naciones oprimidas (sobre todo a Irlanda y a Polonia) y perdió en absoluto la cabeza. Si alguna vez tropieza usted con una agraciada joven que responde al nombre de Luxmore, al de Lake o al de Fonblanque (usa indistintamente los tres), díglele de mi parte que olvido su crueldad, y que, si bien nunca consentiré verla, me hallo dispuesta a concederle una pensión.

Cuando murió mi marido, tuve que ocuparme de sus asuntos. Ya he dicho antes que poseía ocho casas. Pues bien: para mí, las ocho fueron como ocho elefantes, dada la pesada carga que me imponían. La desconsideración de los inquilinos, la poca honradez de los administradores y la falta de escrúpulos de los tribunales hicieron que mi vida fuese un continuo disgusto. Me vi envuelta en innumerables pleitos. Seguramente ha oído usted muchas veces mi nombre: soy la señora Litigio Sin Fin. Pero, al mismo tiempo, soy de esas personas que no descansan hasta ver rematada la obra que comienzan. He tropezado con enormes obstáculos: insolencia e ingratitud por parte de los abogados, intransigencia y tozudez por parte de los contrincantes. Y en cuanto a los tribunales, muy buenas palabras, pero ni pizca de justicia. A pesar de todo esto, he perseverado imperturbable.

Sucedió que, a raíz de haber perdido uno de mis pleitos, tuve que hacer una penosa excursión para inspeccionar mis varias fincas. Cuatro de ellas se hallaban desalquiladas. A poco, fueron ocupadas tres por personas a quienes no puedo ver, personas a quienes deseo echar a la calle, para lo cual estoy removiendo cielo y tierra.

Me queda por visitar una sola casa: ésta en que nos hallamos. La había alquilado al coronel Geraldine, caballero agregado al séquito de Florián de Bohemia. Creí que, dada la índole de tal personaje, estaría libre de contratiempos, cuando menos por lo que respecta a esta casa. Pero, al venir, la encontré cerrada; por lo visto, la habían abandonado. Pensé que una casa tan hermosa era mejor que estuviera alquilada y me propuse hablar con mi procurador al día siguiente. Visitando la casa, se me despertaron los recuerdos de otro tiempo y tome asiento en un sillón. Caí en una especie de letargo.

Me despertó el ruido de un coche que se detuvo a la puerta. Miré por la ventana y vi que el coche iba lleno de bultos y que tiraban de él magníficos caballos. Con gran actividad empezaron a descargar y a introducir en la casa gran número de cestas, botellas embaladas y cajas que debían contener servicio de mesa y lencería. Para ventilar, abrieron la ventana del comedor y empezaron a poner la mesa como a fin de celebrar un gran festín. Yo observaba todo esto bajo un castaño, cuya sombra me ocultaba. No cabía duda de que mi inquilino iba a volver, y como observaba orden en todo, permanecí callada. Mi sorpresa aumentó al ver que los hombres, una vez preparado el comedor, se marcharon como habían venido.

A pesar de que faltaban varias horas para que se hiciera de noche, noté que habían dejado las lámparas encendidas. De seguro, esperaban invitados. “¿A quién dedicarán todos estos secretos preparativos?”, me preguntaba yo. No soy gazmoña, pero sí amante de la sana moral. ¿Iría mi casa a servir de “petite maison”? En tal caso, me vería obligada a entablar otro litigio.

Decidí ir a cenar al hotel y volver en seguida para ver cómo acababa la cosa. La noche estaba oscura, y la luz de la luna hacía que pareciera pálido el alumbrado público. Me había escondido a la sombra del castaño. Corría el tiempo. Dieron las once en todos los relojes de la ciudad. A la sazón oí los pasos de un caballero de buen porte. Venía fumando y llevaba desabrochado el abrigo, que descubría un elegante traje. Avanzaba tan pausado y con tal gravedad, que no pudo por menos de llamarme la atención. Al llegar a la puerta, sacó un llavín del bolsillo y traspuso el umbral.

En cuanto hubo desaparecido, observé que otro hombre, éste mucho más joven, se acercaba apresuradamente por el lado opuesto. Aun cuando hacía calor, el recién llegado iba embozado hasta los ojos en una capa. Cuando ya estuvo ante la puerta, pareció titubear, acabando por marcharse. No obstante, cambió de pensamiento y volvió ante la puerta. Entonces llamó y fue admitido.

Mi curiosidad subió de punto. Me oculté todo lo posible, esperando los acontecimientos. No tuve que esperar mucho rato. A poco llegó otro personaje que también se ocultaba con una capa. Pero éste, en vez de llamar a la entrada principal, dio media vuelta, y tras de atisbar por las ventanas, sacó una llave y abrió con ella la puerta de servicio. Antes de desaparecer dentro de la casa, echó una ojeada al exterior para ver si le espiaba alguien; al hacerlo, se había desembozado, y pude verle, pálido y nervioso, a la luz de la luna.

No me fue posible seguir quieta más tiempo. Atravesé la calle y me dirigí hacia la puerta de servicio. El hombre que había entrado por allí no llevaba, al parecer, buenas intenciones. Siempre he sido resuelta. Vi entreabierta la puerta de la cocina, y me introduje allí.

Aquella puerta se había dejado entornada para facilitar la huida al criminal. Así lo pensé. Pues bien: yo la cerraría, y dicho y hecho, la cerré.

Del comedor llegaba el rumor de dos voces que conversaban alegremente. En el piso bajo todo estaba silencioso. No niego que empezaba a asaltarme el miedo, cuando de pronto, en medio de la oscuridad, vi que se filtraba un rayo de luz a través de una puerta que daba al pasillo. Me dirigí hacia la luz con infinitas precauciones, y al llegar a la puerta, la encontré entreabierta. Me aproximé más y miré por la abertura. Había un individuo sentado en una silla, y escuchaba con gran atención. Ante él, sobre una mesa, se veían un reloj, dos revólveres y una linterna. No pude contenerme y tiré de la puerta, echando la llave. Había encerrado al malhechor. Sorprendida de mi rasgo, yo misma me apoyé en la pared. No se oía el menor ruido.

El hombre se había resignado con su suerte. Se hallaría preparado para lo peor. Subí luego la escalera.

Yo, la dueña de la casa, parecía una ladrona, ocultándome por los pasillos. Y, entretanto, dos desconocidos se solazaban en el comedor, sin sospechar que les había salvado de una sorpresa desagradable.

Era muy difícil no dar con un tema de diversión en una situación tan extraña.

Junto al comedor había un pequeño cuarto destinado a biblioteca. Me incliné hacia él de puntillas, y pronto se dará usted cuenta del servicio que la tal biblioteca me prestó. Hacía calor, como ya he dicho; los misteriosos individuos habían abierto la puerta de comunicación entre ambos aposentos, dejando abierta también la ventana de la biblioteca, pues, por lo visto, no querían abrir las del comedor, para que los vecinos no supieran que la casa estaba habitada.

Las velas, puestas en candelabros plateados, esparcían su claridad sobre el suntuoso mantel y los restos de una opípara comida. Los dos caballeros habían terminado su cena y fumaban magníficos cigarros. Cada uno tenía ante sí su copita de licor. En un precioso infiernillo de alcohol, el café, esparciendo su exquisito aroma hervía. El que parecía más viejo, o sea el que primero había llegado, se situaba enfrente de mí, mientras el otro me daba la espalda. Ambos, igual que el individuo del subterráneo, parecían presa del miedo y escuchaban atentamente hasta los ruidos más pequeños que se percibían.

—Le aseguro —decía el de mayor edad— que, además del ruido de cerrar la puerta, he oído pasos.

—Su alteza está engañado —contestaba el otro—. Tengo el oído muy fino, y puedo asegurar que no ha sonado nada.

El que estaba de espaldas volvió un poco la cabeza, y entonces pude notar cómo, a pesar de que afirmaba lo contrario, su rostro expresaba máximo temor.

Su alteza, que era el príncipe Florián, miró un instante a su compañero, y aunque su actitud era bastante reposada, comprendí que no estaba convencido del todo.

—Bien —dijo—; no se hable más del asunto. Ahora que he expresado claramente mis sentimientos, permítaseme que solicite la misma franqueza.

—Os escucho con vivo interés.

—Sí, con especial paciencia —dijo con cortesía el príncipe.

—Con una simpatía que me maravilla —siguió el otro—. No sé cómo expresar el cambio que he sufrido.

Al acabar de hablar, miró el reloj que había sobre la chimenea, y palideció.

—¿Tan tarde es? —exclamó—. Por Dios, alteza, abandone esta casa, antes de que sea más tarde aún.

El príncipe miró a su interlocutor, y con ademan deliberado, sacudió la ceniza de su cigarro.

—Debo decirle —exclamó luego— que tengo por costumbre no acabar un cigarro si se desprende de él la ceniza, pues con ello desaparece el aroma y el sabor. Esta es

la causa de que prefiera tirarlo y encender otro.

Y acompañando la acción a la palabra, arrojó el que tenía entre sus dedos.

—No se chancee de mis palabras —repuso el joven—. Hago mi advertencia al precio de mi honor y exponiendo mi vida. No hay que perder un instante, y si conserva, su alteza, algún aprecio por un miserable que se ha engañado a sí mismo, no mire hacia atrás cuando salga de aquí.

—Caballero —declaró el príncipe—, estoy aquí porque confío en su palabra. Le aseguro que continuó fiándome de ella. El café está dispuesto, y me veo obligado a contrariarle.

Y con un cortés ademán le invitó a que se sirviera un poco de café. El desgraciado se puso en pie.

—Os ruego, por lo que más quiera, por su alteza y por mí, que se vaya cuanto antes.

—Caballero, no soy un hombre miedoso, y si hay en mí algún defecto, es el de estar pronto siempre a curiosearlo todo. Me insta usted a que abandone esta casa, en la cual desempeño el papel de anfitrión. Sólo me resta añadir que, si a ambos nos amenaza algún peligro, será por su parte, no por la mía.

—¡Ay! No sabe a lo que me obliga su generosidad. Pero no; me niego a intervenir en esta trama.

Y a raíz de esto, introdujo la mano en su bolsillo, llevándose acto seguido a la boca el contenido de un pequeño frasquito. Un instante después, empezó a vacilar, y cayó pesadamente al suelo.

El príncipe acudió en su ayuda mientras el otro se revoleaba en la alfombra. Yo oía al príncipe decir: “¡Pobre gusano, pobre gusano!”. ¿Podemos preguntar qué es peor, si la debilidad o la perversidad? ¿Será posible que abrazar ciertas ideas, nobles en sí mismas, acarree a un hombre una muerte tan deshonrosa?”.

En aquel momento yo empujé la puerta y entré en la estancia.

—Alteza —dije—, no es hora de andarse con filosofías. Si nos damos prisa, todavía podremos salvar la vida de este infeliz. Del otro no tenemos por qué ocuparnos. Está bajo llave.

El príncipe se había vuelto al entrar yo, y me miraba sin la menor sorpresa, pero con tal expresión de extravío, que casi perdí toda mi presencia de ánimo.

—Buena señora —dijo—, ¿Quién diablos es usted?

Yo me encontraba en el suelo, junto al moribundo. Comprendía que hubiese atentado contra su vida, y empecé a probar contravenenos. En la mesa había aceite y vinagre, pues el príncipe había hecho una de sus ensaladas preferidas. Le administré cierta cantidad de ambos líquidos, sin que obtuviese, en apariencia, el menor resultado. Recurrí entonces al café caliente, del cual le hice beber una taza.

—¿No hay leche? —pregunté.

—Temo que no —contestó el príncipe.

—En ese caso, echaremos sal, que es un buen revulsivo. Deme la sal.

—Quizá un poco de mostaza... —sugirió el príncipe, presentándome en un plato el contenido de varios mostaceros.

—¡Magnífica idea! Disuelva un poco en un vaso de agua.

Fuese la sal, la mostaza o ambas cosas, el caso es que, apenas la probó el joven, pareció reanimarse un tanto.

—¡Está salvado! —grité.

—Tal vez, señora, su excelente obra no sea más que una crueldad —me replicó el príncipe—. Cuando se ha perdido el honor, la vida ya no importa nada.

—Si su alteza llevara una vida como la mía —argüí—, estoy segura que pensaría de modo distinto. Por lo que a mí atañe, he de decirle que siempre tengo la esperanza puesta en el mañana.

Habla usted como una mujer de experiencia, y siendo así, debe de tener razón. Pero al hombre se le pide una virtud tan fácil y pequeña, que no satisfacerla es hacerse indigno del perdón. Y, permítame una pregunta, ¿quién es usted y a qué debo estar gozando de su grata compañía?

—Soy la dueña de esta casa —ríe respondí.

—Una falta más por mi parte —observó el príncipe.

En aquel mismo instante se oyó la primera campanada de las doce, y el joven, incorporándose con expresión de horror y desesperación, comprobó:

—¡Las doce, Dios mío!

Permanecemos sin movernos en nuestros sitios, mientras los demás relojes daban las doce. De repente una fuerte detonación conmovió hasta los cimientos de la casa. Corrió el príncipe hacia la puerta por donde yo había entrado; mas le intercepte el paso.

—¿Lleva armas? —le pregunté.

—No señora. Pero ahora caigo: Cogeré mi espada.

—El individuo que hay abajo tiene dos revólveres. ¿Está su alteza dispuesto a luchar en tales condiciones de inferioridad?

Se detuvo, indeciso, como si no supiera lo que iba a hacer.

—De todos modos, señora, deberíamos averiguar lo que ha sucedido.

—¡No! —negué yo—. ¿Qué conseguiríamos con ello? Tanta curiosidad por saberlo siento yo como su alteza pueda sentir; pero es preferible avisar a la policía, o a alguno de los criados, si queremos evitar el escándalo.

—Señora —extrañó él, con una sonrisa en los labios—, me sorprende que diga usted semejante cosa, siendo tan valiente. ¿Pretende que envíe a otros adonde no estoy dispuesto a ir?

—Tiene sobrada razón. Sea lo que Dios quiera. Vamos allá. Yo alumbraré el camino.

Descendimos al piso inferior. Ya ante la puerta de la cocina, la abrimos de par en par. Él cuadro que se nos ofreció a la vista lo esperaba yo, si puedo hablar así. Estaba segura de encontrarme al malvado muerto; pero me fue imposible resistir el

espectáculo de semejante suicidio. Tan inmutable el príncipe ante el horror como se había mostrado ante el peligro, me acompañó, dando pruebas de perfecta galantería, hasta el comedor.

El enfermo continuaba en éste, todavía pálido como la muerte, aunque había tenido fuerzas para sentarse en una silla. Nos tendió sus manos con gesto interrogante.

—¡Ha muerto! —dijo el príncipe.

—¡Ah! —exclamó el joven—. Querría estar yo también muerto. No podré sobrevenir a mi deshonor. Señora, de no haber sido por su cruel auxilio, no me remordería ahora la conciencia. Soy una víctima de mis faltas tanto como de mis virtudes. Desde que tuve uso de razón, odié la injusticia. Me angustiaban los enfermos; lo mismo me ocurría cuando encontraba menesterosos; el mendrugo que veía devorar al pobre amargaba mis bocados, y en cuanto a los niños inválidos, me hacían llorar. ¿No era esto ser noble? Y, sin embargo, vea a lo que me han llevado mis ideas. Me ha dominado siempre mi afán por las cosas rectas y justas. ¿Qué se puede esperar de los reyes o de los que nadan en la opulencia? La historia se repite. El burgués, actual tirano nuestro, es ruin y cobarde. A través de los siglos, ha querido estar por encima del pueblo. Pero su ignorancia le lleva a su ruina. ¿A qué esperar, pues, si están contados sus días? ¿Podría dejarse a un pobre niño que se mojara en el arroyo? Podrán llegar mejores días, pero no por ello dejará de morir aquel desgraciado. Príncipe, me alisté con los enemigos de esta sociedad injusta, lleno de ardoroso entusiasmo. Y el juramento que presté comprendía toda mi historia. Empeñé mi prosperidad por la de las generaciones venideras. Estaba preparado a todo, y mi padre, quejoso de mi conducta, me echó de casa. Me iba a casar con una honrada joven, y se deshizo la boda, pues mi novia creyó que le ocultaba la verdad con mis pretextos.

Me encontré aislado. Pasaron los años, y las ilusiones fueron acabándose. Rodeado de revolucionarios, veía cómo crecían en audacia; pero decrecía mi fe. Lo había sacrificado todo por la causa, y a cada momento me preguntaba si progresábamos. La sociedad contra la que peleábamos era detestable, ciertamente; pero lo eran más las armas que empleábamos. No hablaré de mis sufrimientos, ni tampoco de cómo, al ver a padres de familia que se dirigían alegres y felices al trabajo, me reprochaba mi corazón el sacrificio inútil que estaba yo llevando a cabo. Por culpa de la miseria y a la escasa alimentación, perdí la salud. En mis largas peregrinaciones nocturnas sufrí el frío y la lluvia. Estos padecimientos corporales se unían a los del espíritu. Lo mismo, a cuantos se encuentran en mi caso, les pasa. Se trata de un juramento fácil de hacer y difícil de cumplir; un juramento hecho en plena juventud, del cual luego se arrepiente uno; juramento que encarna una santa verdad, aunque más tarde acaba siendo el mero símbolo de una esclavitud. Tal es el yugo que aceptan muchos jóvenes, resultando después un gran peso durante toda su vida, una carga mucho peor que la muerte. No podía seguir prestando sumisión. Rogué que se

me eximiera de los compromisos; pero fue rechazada mi petición. Resolví huir, recorriendo precipitadamente varios países hasta refugiarme en París. Alquilé un aposento en la calle San Jacques, frente al Val de Grâce. Mi cuarto era reducido y pequeño; pero tenía sol durante todo el día y por la ventana se veían unos jardines. Allí podría reposar tranquilo, pues me encontraba enfermo. Me rebelaba contra las ideas que había estado sirviendo. Mas ahora no estaba ya bajo las órdenes del comité, y me veía libre de actos vergonzosos. ¡Oh, cuán dulce período de paz! Sin embargo, se me acababa el dinero y me urgía encontrar un empleo. Estuve buscándolo durante tres días, y al cabo noté que me seguían. Estaba seguro de que me era desconocido el rostro del que me espiaba, y busqué refugio en un café, simulando leer los periódicos, profundamente atemorizado.

Al salir a la calle, no vi a nadie, y empecé a tranquilizarme. Pero, apenas inicié mi marcha, noté que me seguían de nuevo. No había tiempo que perder. Una oportuna sumisión podía salvarme todavía. Entonces corrí para presentarme a la agencia parisiense de la sociedad a que había pertenecido. Admitieron mi adhesión y me vi otra vez en el trabajo que tanto odiaba. No dejaba, empero, de admirar y odiar a muchos de mis compañeros. Ellos se consagraban en cuerpo y alma a sus proyectos. No obstante, yo, que antes abrigaba su mismo entusiasmo, era ahora un desilusionado que venía obligado a actuar en ello para no perder la existencia. En suma, tenía que vivir para obedecer, y obedecer para vivir. La última comisión que me encargaron ha sido la de esta noche, la cual ha acabado tan trágicamente. Ocultando quién era yo, debía solicitar de su alteza una audiencia, pretexto para asesinarle. Lo único que restaba de mis convicciones era el odio a los reyes; de modo que acepté con gusto el encargo. Pero me ha vencido su alteza, pues ha conquistado mis simpatías. Su carácter y su talento habían sido falseados. Fui poco a poco olvidando que era príncipe. Su alteza, para recordar sólo que era hombre. Y cuando se aproximaba la hora, me sobresalté tanto, que ya ha visto al oír las pisadas de mi cómplice, cómo le insté para que se marchara. Pero no quería su alteza, ¿qué podía hacer yo? Me era imposible matarlo; mi corazón se rebelaba y mi brazo se negaba a hacerlo. Por otra parte, mi cómplice iba a presentarse aquí de un momento a otro, y yo debía evitar que le detuvieran, evitando al mismo tiempo que le matara. En tal trance sólo la muerte podía salvarme, y si continuó viviendo, no es, en verdad, culpa mía. Pero usted, señora, había venido al mundo para salvar al príncipe deshaciendo nuestros planes. Ha prolongado mi vida y ha causado la muerte de mi compañero, el cual oyó los relojes, y como le resultaba imposible ayudarme y se creía deshonorado, pensó que lo mejor para él era morir.

—Por cierto —dijo el príncipe— que su generosidad de usted le ha puesto en este aprieto, y no le reprocharé la menor cosa. Pero es extraño, señora, que tanto usted como yo, que practicamos virtudes minúsculas y cometemos faltas comunes a todos, podamos vivir bajo el odio de la Providencia con las manos limpias y la conciencia tranquila, mientras este joven infeliz se encuentra sin tener quién le proteja. Caballero

—y el príncipe se volvió hacia el joven—, no puedo favorecerle porque ello provocaría las tempestades que sobre usted se ciernen; pero le dejo en libertad.

—Por mi parte —declaré yo— le ruego que se lleve el cadáver. Eso corresponde a ustedes, si es que se precian de tales.

—Así se hará —afirmó el joven con voz temblorosa.

—¿Y a usted, en qué puedo servirla? Le debo la vida —repuso el príncipe dirigiéndose a mí.

—Príncipe —respondí—, tengo mucho cariño a esta casa por los recuerdos que encierra para mí. Los inquilinos que la han habitado me han traído siempre mil disgustos. Bendije mi buena estrella cuando vi que la alquilaba un empleado suyo. Pero ahora soy de otro parecer. No quiero un inquilino de tal linaje. Rescinda el contrato, y le quedaré agradecida.

—Debo decirle que el coronel Geraldine no es otro sino yo, que me oculto bajo ese nombre, y que le agradecería que no me considerara usted inquilino molesto.

—Profeso a su alteza una sincera admiración; pero, en lo que respecta a mi casa, no puedo dominar mis sentimientos.

—Señora, defiende usted su causa tan bien, que no puedo negarme.

Nos marchamos los tres. El joven, todavía trémulo, fue a pedir a sus compañeros ayuda. El príncipe, que era muy galante me acompañó hasta la puerta de mi hotel. Al siguiente día se rescindió el contrato.

LA CASA DE LA PLAZA DORADA (Continuación)

No bien hubo terminado la dama su relato, se apresuró Somerset a ofrecerle sus respetos.

—Señora —le dijo, la historia que ha narrado usted es amena e instructiva. Su desenlace ha conseguido emocionarme, porque mis opiniones liberales me habrían llevado a alguna sociedad secreta, de haber tropezado con ella Pero todo lo que ha dicho usted me ha abierto los ojos. Precisamente soy la persona más a propósito para sacarla de perplejidades. Tengo un carácter muy vehemente.

—No sé lo que me dice; no le comprende —murmuró la señora irritada—. Ha interpretado usted mal mis palabras, y eso me sorprende.

Somerset se sintió alarmado y se apresure a rectificar.

—Señora, usted interpreta mal, a su vez mi observación. Mi conciencia se rebela al ver lo que ha sufrido usted por causa de personas que tienen un carácter como el mío.

—Muy bien dicho. Pocas personas confiesen sus errores.

—Pero la verdad es que en todo esto no veo nada que me concierna.

—Ahora lo verá usted —continuó ella—. Er la promesa que hice al príncipe hay algo que se relaciona con nuestro asunto. Me gusta ir de acá para allá, y cuando no tengo ningún pleito pendiente, gusto de pasar temporadas en los balnearios. Me agrada la sociedad de las gentes. Bueno; vayamos al grano. No puedo arrendar esta casa. Pues bien: pienso hacerle a usted un favor cediéndosela con muebles y todo para que viva en ella. Aquí tiene la llave.

Con esto, se levantó para dar a entender al visitante que debía marcharse. Pero Somerset, mirando la llave, se puso a hacer objeciones.

—Señora Luxmore, esto es completamente imprevisto. Usted no me conoce. Figúrese que vendo sus muebles...

—Por mí, puede usted hacer volar la casa con dinamita. No me importa. Es mi gusto, y basta. Usted, por su parte, puede obrar como le parezca, alquilar los pisos, reservárselos, etcétera. Le prometo que le avisaré un mes antes de mi regreso.

El joven iba a replicar de nuevo, cuando notó en el rostro de la dama un brusco cambio de expresión.

—¿Acaso va usted a cometer una falta de respeto? —dijo.

—Señora —dijo resueltamente Somerset—, acepto.

—De acuerdo. No se hablé más. Buenas noches.

Y condujo al joven hasta la puerta, dejándole en la calle, aturdido y con la llave en la mano.

Al día siguiente, por la mañana, se dirigió Somerset hacia la plaza donde estaba enclavada la casa en cuestión, plaza que llamaremos Dorada, aunque no sea ese su verdadero nombre. Sorprendido por la magnificencia de la casa, la miraba admirado. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta, penetrando al punto adentro y

recorriendo, atónito, todas sus habitaciones. Recorrió todos los pisos. La casa era muy grande; la cocina, muy cómoda; todos los cuartos, espaciosos. El salón, en particular, se hallaba decorado con exquisito gusto.

Junto al comedor estaba la biblioteca. La dama había hablado de ella en su relato. Estaba su emplazamiento sobre las cocinas del piso inferior. Somerset pensó que podría servirle de dormitorio. En el comedor, que era grande, ventilado y muy alumbrado, podría pasar agradablemente las horas, guisar y hasta dedicarse al noble arte de la pintura. Pronto volvió a la casa cargado con su modesto ajuar.

El joven se sentía inclinado al arte de Rafael, en parte para romper la monotonía de su Vida y en parte porque lo prefería a cualquier oficio. Transformó la mitad del comedor en estudio para él, y se dispuso a reproducir cuadros de la naturaleza. Coleccionó una gran variedad de objetos, tomados al azar por la cocina, por el salón y por el jardín, y se dispuso a pasar horas enteras entregado a su asiduo trabajo. Pero le preocupaba la soledad de aquel piso desocupado. Dejar que aquella riqueza quedara improductiva era una falta de energía. Puesto que contaba con el beneplácito de la señora Luxmore, resolvió poner en la ventana un cartelito anunciando que se alquilaban habitaciones amuebladas.

La idea de alquilar las habitaciones le distrajo bastante de la pintura, pues se pasaba las horas muertas en el balcón, con la pipa en la boca, esperando que alguien entrase a preguntar. No faltaban transeúntes que se detuvieran ante el letrero; mas lo cierto era que todos pasaban de largo. Diríase que hallaban algo repulsivo en el edificio. Parecía que todos estaban de acuerdo. Somerset tuvo que sufrir, pues, las impertinentes miradas de quienes buscaban piso, y aunque siempre se apresuraba a hacerse el distraído y a ocultar su pipa, nadie llegó a preguntarle el precio del alquiler. Hubo de atribuir la cosa al sentimiento de repugnancia que inspiraba su propia persona; pero al pensar en ello, echó una mirada al espejo, y en el acto se disiparon sus temores.

Era forzoso, sin embargo, admitir una causa. Había calculado cuidadosamente lo que la casa le podría producir cada semana. Y ahora veía que, a despecho de la aritmética, los resultados eran igual a cero.

Anduvo preocupado, hasta que al cabo sacó la conclusión de que el error radicaba en el procedimiento.

—Este es el siglo del reclamo —pensaba—, el siglo del hombre-anuncio, del legendario jabón Pear's, de la sal de frutas Eno. Y yo, que me precio de conocer al mundo, he utilizado para anuncio medio pliego de papel de papel de cartas, unas cuantas palabras frías que no dicen nada a la inteligencia, y por todo adorno, cuatro sellos de lacre rojo. ¿Es que no voy a remontarme yo también como la sal de frutas Eno? ¿No voy a amoldarme a la realidad de la vida?

De conformidad con sus pensamientos, apercibió varias hojas de papel de gran tamaño, y abandonando sus pinturas, se dispuso a confeccionar una muestra que llamara la atención de los transeúntes: muchos colorines, muchas palabras escogidas;

en fin, una composición realista que hablara de las delicias que esperaban a quienes traspasaran los umbrales de aquella casa.

Pero si era fácil pintar las dulzuras del hogar, niños de rubia cabellera y un puchero humeante puesto a la lumbre, era preferible y estaba más en consonancia con sus propias inclinaciones pintar los encantos de una vida libre. El artista estuvo tanto tiempo sin saber por qué cuadro optar, que se encontró con que ambos estaban terminados. Su buen corazón le impedía posponer ninguna de sus obras de arte, así que resolvió exponerlas alternativamente. De esta manera, podrían todas las clases sociales, acudir a su llamamiento. Una moneda, lanzada a cara o cruz, le dio la solución. Tocó el turno al cuadro más recargado de pintura. El letrero resultaba expresivo, y la alegoría muy atrevida. Salvo ciertas imperfecciones, el cuadro podía tomarse por un modelo en su género. Cuando lo contempló desde la verja de la plaza, Somerset sintió un entusiasmo de artista.

—¡Qué triunfo! He dado con un tema que no tiene precio.

Pero la realidad no se mostró de acuerdo con estas palabras. Claro que algunos transeúntes se agolpaban de cuando en cuando ante la fachada; pero su objeto no era otro que el de burlarse. El más atrayente de los cartones no tenía, pues, ningún éxito. Somerset pudo convencerse, avergonzado, de que sólo excitaba la hilaridad pública. Pero al día siguiente, un caballero muy bien vestido llamó a su puerta. Parecía muy contento.

—Perdone —dijo—; pero querría saber lo que significa ese extraordinario cartel.

—Me parece —explicó Somerset con sequedad—, que la cosa está bastante clara.

Y ya se disponía a cerrar la puerta, cuando el caballero, interponiendo su bastón, lo evitó.

—Le ruego que se calme. Si es cierto que usted alquila habitaciones, quizá nos arreglemos. Desearía verlas, y que me diera usted precios.

Somerset se puso muy contento. Hizo pasar al visitante, a quien enseñó todos los cuartos, cuyas comodidades elogiaba. El caballero se quedó admirado del lujoso salón.

—Me conviene —acabó por decir—, ¿Cuánto quiere usted por este piso y el de arriba?

—Cien libras semanales.

—No seré yo quien las pague —declaró el caballero.

—Bien; pues se los dejaré por cincuenta —rebajó Somerset.

—Es usted muy elástico en sus peticiones —recalcó el otro—. ¿Qué le parece si, imitando sus procedimientos de divisibilidad, le ofrezco veinticinco?

—¡Trato hecho! —se apresuró a acceder Somerset.

Y luego, candorosamente, añadió:

—Después de todo, es dinero que me encuentro.

—Siendo así —repuso, estupefacto, el caballero—, no tendré que abonar nada más.

—No... creo que no —dijo, titubeando, el inexperto casero.

—¿Entra también el servicio? —prosiguió el desconocido.

—¿El servicio? —preguntó Somerset.

—Apreciable joven —indicó el caballero, mirándole amistosamente—, siga usted mi consejo y no se meta más en negocios como éste. No son adecuados a su temperamento.

Y dando media vuelta, desapareció.

El autor de los carteles estaba desorientado. Los subió al comedor y puso en la ventana el cartel primitivo, al cual añadió las Siguiertes palabras: “Sin servicio”. Pero no pudo menos de sentirse melancólico. Su naturaleza se halla predispuesta siempre a la melancolía y le decepcionaban el fracaso de sus proyectos, el ridículo que corrió durante la entrevista con el caballero y la ceguedad del público.

Una semana después, un caballero, que parecía extranjero y militar, solicitó ver las habitaciones. Iba afeitado y llevaba sombrero flexible. Según dijo, un amigo suyo, delicado de salud y necesitado de vida tranquila, le había encargado buscar un alojamiento que no fuera de huéspedes.

—La particular cláusula del anuncio me ha llamado la atención —siguió el caballero—. Esto le convendrá seguramente a mi amigo Jones, he pensado. ¿Ejerce usted alguna profesión?

—Soy artista —respondió el joven.

El desconocido miraba los cuadros desparramados por el comedor.

—Y éstas son, de fijo, sus obras. Muy notables.

Luego miró escrutadoramente el aspecto del joven.

Somerset, muy ruborizado, guió al visitante a través de la casa.

—Muy bien —dijo el desconocido, mirando a través de una ventana abierta—. La cuadra está ahí detrás, ¿no es cierto? Conforme. Mi amigo se quedará con el salón y dormirá en esta pieza. Su ama de llaves, una irlandesa, dormirá en el desván. Le pagarán diez dólares semanales y usted, por su parte, queda obligado a no admitir ningún inquilino más. ¿Acepta?

Somerset no encontraba palabras con que expresar su gratitud y su alegría.

—Entonces, convenido —repuso el otro—. Para ahorrarle molestias, mi amigo traerá algunos hombres que le ayuden en el cambio de muebles. Recibe muy pocas visitas y sólo sale por las noches.

—Desde que vivo aquí —observó Somerset—, apenas salgo tampoco, si no es para comprar cerveza. Eso sí, alguna noche voy a divertirme. Uno debe divertirse también.

Acordaron la hora, desapareció el desconocido, y Somerset se puso a calcular qué cantidad representaba en moneda inglesa la cantidad que habían ajustado. El resultado no le satisfizo del todo; pero ya no podía deshacer el trato, y no había otro remedio que conformarse. Impaciente al ver que avanzaba la noche, salió al balcón. El crepúsculo daba las boqueadas. No corría el más ligero soplo de viento, y era tibio

el ambiente. Brillaban los faroles del alumbrado público, disipando la oscuridad del centro de la plaza. Estaban iluminadas las ventanas de las demás casas. Apuntaban ya las estrellas en el firmamento, cuando Somerset pudo notar que se detenían tres carruajes ante la casa. Iban cargados con grandes baúles y habían andado por la calle con gran lentitud, lentitud que el joven no pudo menos de relacionar con la enfermedad de su inquilino.

Bajaron de los coches el señor que había estado allí por la mañana, y además, dos hercúleos mozos de cuerda. Estos, se pusieron a dejar en los sitios designados por el individuo los cestos y los baúles, armando luego la cama en el lugar elegido para dormitorio. Cuando estuvieron terminados los preparativos, bajó del tercer coche un caballero de alta estatura dando el brazo a una mujer enlutada. El mencionado señor iba envuelto en una capa y ocultaba su rostro por una bufanda de colores.

Somerset le vio un momento, al pasar. El caballero alto se encerró más tarde en el salón, y los demás partieron. Y si no se hubiese presentado más tarde la enfermera para preguntar si había por las cercanías alguna posada decente, Somerset se habría creído solo en la casa.

Se sucedieron los días sin que Somerset hablara nunca con su misterioso inquilino. Las puertas del salón no se abrían nunca, y aunque Somerset oía pasos dentro, el hombre alto no salía nunca de allí. Visitantes sí llegaban muchos, algunas veces al anochecer, otras a altas horas de la madrugada. Eran hombres en su mayoría. Unos iban pobremente vestidos y otros vestían con mucho lujo. Parecían inquietos y sobresaltados. El caballero que tenía trazas de militar, mirado más de cerca, no semejaba tal caballero. Por lo que respecta al doctor que asistía al enfermo, tampoco semejaba un doctor. Además, el ama de llaves, a su vez, no inspiraba confianza. Siempre andaba cargada con frascos de whisky, y aunque nunca se mostraba muy comunicativa, a ratos, pensaba Somerset, que se tomaba demasiada confianza. Cuando se le preguntaba por la salud del enfermo, agitaba la cabeza con pesadumbre y decía que el pobre caballero estaba muy grave.

Somerset no salía de su asombro. Los pájaros de mal agüero que se reunían en la casa, los extraños ruidos que salían del salón a altas horas de la noche, el descuidado servicio y los extraños hábitos de la enfermera, la absoluta reclusión del señor Jones, todo esto ejercía penosa impresión sobre la mente del joven. Le obsesionaba la idea de que existía algo irregular y oculto, y esta idea se afianzó en su mente el día que pudo observar los rasgos de su inquilino. La cosa ocurrió de este modo. Se despertó cierta noche a consecuencia de un ruido que oyó en el salón. Se tiró de la cama, abrió la puerta de la biblioteca, y pudo observar que el hombre alto, con una vela encendida en la mano, estaba hablando con otro hombre. La luz daba de lleno en el rostro de ambos, y Somerset no descubrió en el de su inquilino la menor huella de dolencia. Mientras observaba, los dos hombres se despidieron; y el inquilino salió escalera arriba sin dar la menor muestra de cansancio o debilidad.

Aquella noche, con la cabeza recostada en la almohada, Somerset sintió cómo

dentro de él se desarrollaba una fuerza que podríamos llamar detectivesca. Desde el día siguiente empezó a observar con atención todo lo que ocurría. Aquel día iba a ser fecundo en sorpresas. En cuanto se sentó ante el caballete, ocurrió la primera. Un coche cargado con equipaje se detuvo ante la puerta, y de él bajó la señora Luxmore en persona, que subió rápidamente la escalera y llamó a la puerta. Somerset se apresuró a abrir.

—Querido, vengo como caída del cielo —dijo alegremente—. Me regocija hallarle aquí. Creo que se felicitará usted de que le devuelva la libertad.

Somerset no encontraba palabras con que dar la bienvenida. La dama se introdujo de prisa en el comedor, donde a los pocos pasos se detuvo sorprendida. Su asombro estaba muy justificado. Sobre la mesa se veían platos y botellas vacías. En el fuego se asaban unas chuletas. El suelo se hallaba literalmente lleno de libros, ropas, bastones y materiales de arte pictórico. Pero lo que más sorprendió a la dueña fue el rincón del cuarto donde las naturalezas muertas yacían hacinadas. De un montón de rocas sobresalían una calabaza, un caldero de cobre y la concha de un cangrejo cocido.

—Pero... ¿qué es esto? —gritó, asombrada, la dueña de la casa.

Luego, volviéndose irritada hacia el joven, añadió:

—¿Qué clase de hombre es usted? Parecía un caballero; pero, por lo visto, es un verdulero. Haga el favor de empaquetar esos objetos y salir de mi casa.

—Recuerde, señora, que me prometió que me avisaría con un mes de anticipación.

—Sí, es verdad; pero ahora le digo que desaloje al momento.

—Señora, por lo que a mí se refiere, la complacería con mucho gusto; mas... ¡tengo un inquilino!

—¿Un inquilino?

—Sí, ¿por qué negarlo? Hace una semana le tomé.

La dama se dejó caer en una silla, repitiendo:

—¡Un inquilino! ¿Y... cómo vino a usted?

—Por medio de un anuncio. Pero no es que yo haya vivido ocioso —y sus ojos se elevaron involuntariamente hacia los cuadros—. He estado trabajando.

Los ojos de la señora siguieron su mirada, y la dama, sacando de su bolso una lente, examinó los cuadros. Su rostro se animó, exclamando:

—¡Oh, delicioso! Es usted encantador. Espero que expondrá estos cuadros en un museo. Pherson —llamó, dirigiéndose a su doncella, que se había quedado en el pasillo—, almuerzo con el señor Somerset. Toma la llave de la bodega y sube buen vino.

Durante el almuerzo mostró muy buen humor, obsequiando a Somerset con veinticuatro clases de vino. Cada vez que descorchaba una botella, decía:

—¡Por las encantadoras pinturas de usted! Cuando se marche, me las dejará, ¿no es cierto?

Finalmente, afirmando que aquella casa era el manicomio más absurdo de

Londres, se marchó, indicando de una manera vaga que se marchaba al continente.

Apenas se marchó la dama, Somerset se encontró en el corredor con la enfermera irlandesa. Al parecer no estaba bebida. Dijo que la salud del señor Jones había empeorado después de la visita de la señora Luxmore, y que sólo una franca explicación podría tranquilizar al enfermo. Somerset, algo sorprendido, expuso lo que le parecía propio del caso.

—¿Eso es todo? —gritó la mujer—. ¿Esa es toda la verdad?

—Señora —replicó el joven—, no me imagino lo que puede usted pensar. Suponga que esa señora fuese amiga de mi esposa, suponga que es mi abuela, suponga que es la reina de Portugal... ¿qué le importa al señor Jones?

—¡Dios mío! —exclamó la enfermera—. ¡Cómo se alegrará él al oír todo esto!

Y subió, volando, la escalera.

Somerset, pensativo y haciendo muchas suposiciones, volvió al comedor. Distráido, apuró el contenido de una botella. El vino era oporto, el único vino capaz de competir con el tabaco. Apurando traguito tras traguito, fumando y teorizando, Somerset analizaba sus sospechas y se volvía más y más osado cuanto menos oporto quedaba en la botella. Aunque no se vanagloriaba de ello, era un escéptico y no odiaba ni los vicios ni la virtud. Contemplaba el mundo sin preocuparse por la consecuencia moral frecuente de la juventud y de la salud. Al mismo tiempo se hallaba persuadido de que albergaba a unos malhechores bajo su techo, y una especie de instinto de la caza le impelía a la severidad. La botella tocaba a su fin. El sol estival se había ocultado completamente, y el hambre y las tinieblas de la noche le sacaron de su ensimismamiento.

Se marchó a cenar al Criterion, un restaurante no muy de acuerdo con su bolsillo, pero sí con el vino que había ingerido. Entre unas cosas y otras, pasaba de la media noche cuando volvió a su casa. En la puerta había un carruaje, y Somerset, al entrar, se dio de manos a boca con uno de los asiduos visitantes del señor Jones. Iba el tal muy bien vestido y llevaba barba en punta, a la americana. Poseía una buena figura y unas facciones muy acusadas. Llevaba una maleta al hombro. Somerset, al ver que un visitante se llevaba un bulto por la noche, y se acordó de algunas historias que había leído: huéspedes que no sólo sacan de la casa sus efectos en secreto, sino que también se llevan los efectos de los que los albergan. No lo pensó mucho, y entre divertido y suspicaz, se hizo el borracho y tropezó con el hombre, al cual se le cayó la maleta al suelo. El visitante palideció intensamente, e invocando el nombre de Dios, se acurrucó en un ángulo de la escalera. Al mismo tiempo el inquilino “enfermo” y la enfermera asomaron la cabeza, como conejos, en lo alto de la escalera; parecían tan asustados como el visitante.

La vista de aquella increíble emoción petrificó a Somerset. El visitante, dando gracias a Dios, se irguió de nuevo.

—¿Le duele a usted algo? —le pregunto el joven.

—¿Tiene usted un poco de coñac? Estoy enfermo —explicó el otro.

Le sirvió Somerset dos copitas, una tras otra.

Somerset se metió en la cama; pero no durmió. ¿Qué diablos contendría la maleta negra? ¿Géneros robados? ¿El cuerpo de un asesinado? ¿O bien una máquina infernal?

A la mañana siguiente se instaló junto a la ventana del comedor para espiar las idas y venidas de aquellos misteriosos individuos.

Pasaban las horas despacio. Dentro de la casa no se notaba nada nuevo, excepto que el ama de llaves iba y venía más apresurada que de ordinario, mostrándose más charlatana. Pero, pasadas las seis, apareció en el jardín una joven elegantemente vestida, la cual, contemplando anhelante la fachada de la casa, se detuvo a algunos pasos de ella. No era la primera vez que el joven la veía, porque había tenido más de una ocasión de cambiar con ella una mirada ardiente. Se alegró, pues, de verla llegar, acercándose a la ventana para poder saludarla. Pero ahora fue enorme su sorpresa, pues la joven subió la escalinata y llamó a la puerta. El ama de llaves debía de estar durmiendo; así es que Somerset experimentó la satisfacción de recibir en persona a la gentil señorita.

La visitante preguntó por el señor Jones, y a continuación, sin la menor transición, indagó del joven si era el dueño de la casa.

Y al hacerlo pareció sonreír.

—Se lo pregunto porque desearía alquilarle otras habitaciones.

Somerset le respondió que había adquirido el compromiso de no quedarse con más inquilinos, a lo cual replicó ella que, como era amiga del señor Jones, éste estaría conforme con todo.

—Empecemos a ver la casa por aquí —agregó, señalando la puerta del comedor—. ¡Dios mío! ¡Qué cambiado está esto!

—Señorita —exclamó él—, soy yo quien debe decir eso desde que entró usted aquí.

—¡Qué sencillo y varonil! No hay nada de esa pulcritud afeminada tan detestable en un hombre.

A continuación, diciéndole que conocía perfectamente el camino, y que no le quería molestar más, se despidió de él con una sonrisa y subió sola por la escalera.

Durante más de una hora permaneció la joven encerrada con el señor Jones. Pasado este tiempo, cuando ya era de noche, salió en compañía de aquél. Era la primera vez, desde la llegada de su inquilino, que Somerset se encontraba a solas con el ama de llaves. Quiso aprovechar la ocasión, y acercándose a la escalera, la llamó por su nombre. Ella se presentó sonriente, y respondiendo a la invitación de si quería conocer sus cuadros, confesó que no deseaba otra cosa. Cuando el ama de llaves entró en el comedor y encontró sobre la mesa una atrayente botella de vino y dos vasos, se sintió predispuesta a ser un crítico benévolo, y en cuanto hubo admirado los cuadros, se dejó invitar.

—Tendré un gran honor en beber a su salud —dijo—. Me complace mucho

encontrar en esta horrible casa un caballero tan fino y tan amable como usted, que, además es, seguramente, un gran pintor.

El hecho de que hubiera aceptado un primer vaso indicaba que aceptaría el segundo. Cuando aceptó el tercero, Somerset no tuvo necesidad de beber para acompañarla. Respecto al cuarto, lo pidió ella misma.

—La vida es muy triste sin la bebida —manifestó—. El señor Guire la pedía. Y hasta “él”, cuando está abatido, la pide como un niño de pecho pide mamar.

Luego, entre lágrimas, se puso a describir la muerte de su esposo, lamentando sus disposiciones testamentarias. Después dijo que oía a su amo que la llamaba. Se levantó, dio un traspie y se apoyó en las rocas, apoyando su cabeza sobre el cangrejo, mientras gimoteaba de lo lindo.

Somerset subió de prisa al primer piso y abrió la puerta del salón, que aparecía muy iluminado. Era una anchurosa pieza que comunicaba con otro salón y poseía tres ventanas a la calle. De proporciones elegantes, se hallaba empapelado de color verde mar y amueblado con una sillería tapizada de seda azul. La chimenea estaba adornada con mármoles de diversos colores. Así era la habitación que recordaba Somerset. Pero la que ahora tenía ante su vista se encontraba cambiada por completo. Los muebles se hallaban cubiertos con tela de zaraza. Las paredes estaban empapeladas con papel de color ruibarbo. Pero lo más chocante de todo era que Somerset contó hasta siete ventanas. Como si se hubiera equivocado, creía penetrar sin darse cuenta en la casa contigua. Los ojos de Somerset se fijaron a continuación en los mil objetos esparcidos por el suelo: gatillos de pistolas desmontadas, relojes a medio armar, damajuanas, frascos, botellas. En un rincón había un banco de Laboratorio y una mesa de carpintero.

El salón que se abría a continuación, al cual también pasó Somerset, había experimentado asimismo otro cambio, habiéndose convertido en un vulgar dormitorio de casa de huéspedes. Una cama con cortinas verdes ocupaba uno de los rincones. Obstruían la ventana la mesa y el espejo. El joven se sintió atraído por la puerta de un pequeño gabinete. Encendió un fósforo, abrió la puerta y entró. Sobre una mesa se veían pelucas y barbas. De varias perchas adosadas a las paredes pendía una colección de trajes, entre los cuales descollaba un soberbio abrigo de piel. Somerset se acordó al punto del anuncio del “standard”. La alta estatura de su inquilino, la anchura de sus hombros y las particularidades de su instalación le persuadieron de que el tal inquilino era el hombre a quien buscaban.

En esto, se le apagó el fósforo. Somerset, cogiendo el abrigo de piel, salió al salón iluminado. Allí, entre miedoso y sorprendido, se puso el abrigo, y adoptando una actitud de príncipe ruso, se metió las manos en los bolsillos y se colocó frente a un espejo. Una de sus manos tropezó con un periódico. Lo sacó, lo desdobló y vi que era el “standard”. Sus ojos encontraron al punto el anuncio donde ofrecían las doscientas libras.

Estaba todavía con el abrigo puesto y el periódico en la mano, cuando se abrió la

puerta, apareciendo el inquilino, el cual cerró la puerta tras sí. Durante algún tiempo, ambos hombres se miraron en silencio. El señor Jones se dirigió luego a la mesa, tomó asiento junto a ella, y sin cambiar la dirección de su mirada, dijo al joven:

—Está usted en lo cierto. Yo soy ése por el que dan dinero. ¿Qué va a hacer usted ahora?

Somerset no sabía qué responder. Sorprendido, con el abrigo puesto, rodeado de todo un arsenal de explosivos diabólicos, permaneció silencioso.

—Sí —continuó el otro—, soy yo. Soy el hombre a quien persiguen con odio impotente. Si es usted libre, yo puedo ser la base de su fortuna; si es usted desconocido, se puede usted hacer célebre. Ha emborrachado usted a una inocente viuda. Le encuentro en mis habitaciones, le sorprendo registrando mi guardarropa y metiendo la mano en mis bolsillos. Ahora puede terminar la serie de sus ignominiosos actos con el más remunerador de todos.

Luego, cambiando de voz, prosiguió:

—Y, sin embargo, cuando le miró el rostro siento que no puedo engañarme: es usted un caballero. Quítese mi abrigo y abandone ese aire de confusión que no es producto de una conciencia atormentada, pues aunque alguna vez haya pensado en venderme, la cosa no fue sino una mala idea, como todos estamos expuestos a tenerlas.

Y el orador, cual un padre que perdona, tendió al joven su mano.

No estaba en la naturaleza del otro el analizar aquella generosidad. Sin reflexionar, aceptó la mano.

—Ahora —continuó el inquilino—, ahora que tengo su mano entre las mías, desecho mis malos pensamientos. Siéntese; beberemos un vaso de “whisky”.

En el acto sacó una botella y dos vasos, y ambos bebieron en silencio.

—Confíese usted que le ha asombrado el aspecto de la habitación —dijo el huésped.

—Cierto. No puedo imaginarme la razón de estos cambios.

—Pues son mis medios para continuar existiendo. Imagínese usted la diversidad de testigos y la variedad de sus declaraciones. Uno me habrá visitado en este salón, según estaba antes; otro, según está ahora; otro, según estará mañana. Si a usted le gustan las novelas, le diré que hay pocas vidas tan novelescas como la mía. Claro que mi gloria es anónima. Laboro en la oscuridad. Echo los cimientos de la paz y la tranquilidad de un país horriblemente oprimido. Entretanto, ando perseguido, trabajando sombríamente y practicando mañas infernales.

Somerset, con el vaso en la mano, contemplaba a aquel fanático, y escuchaba, atónito, su horrible discurso. Y al mirarle fijamente el rostro, descubrió en él rasgos de finura y educación, lo cual le llenó de asombro.

—Señor... —le dijo—, no sé si debo llamarle a usted todavía señor Jones...

—Me puede usted llamar por cualquiera de los nombres siguientes: Jones, Breitman, Higginbotham, Pumpernickel, Davio, Hénderland. Con todo, el nombre

que más aprecio es uno que no lo tienen ustedes apuntado en ninguna parte. Por la noche, entre mis desesperados compañeros, soy el temido Cero.

Somerset no había oído nunca aquel nombre; pero por cortesía se mostró sorprendido y encantado.

—¿Debo entender que se ha dedicado usted a la profesión de dinamitero usando estos nombres? —preguntó.

—Sí —asintió—. En estos tiempos tenebrosos ha aparecido entre los oprimidos una estrella, la estrella de la dinamita.

—Me imagino que esa profesión no está exenta de interés —opinó Somerset—. Contiene algo del apasionante interés de la caza, de esconderse, de ser buscado... Pero... claro que hablo como lego en la materia; a mí nada me parece más sencillo que colocar una máquina infernal y retirarse tranquilamente para evitar los peligros de la explosión.

—Habla usted, en verdad, con gran desconocimiento del caso. ¿No le dice nada el peligro que corremos en este mismo instante, por ejemplo? ¿Le parece grano de anís ocupar una casa como ésta, amenazada con derrumbarse de un momento a otro?

—¡Dios mío! —murmuró Somerset.

—Y cuando, a propósito de experimentos científicos, habla usted de tranquilidad y seguridad, me llena de admiración. ¿No sospecha que los cuerpos químicos son tan volubles como la mujer, y que los resortes y mecanismos resultan tan caprichosos como el mismo demonio? Mire mi frente: estas arrugas son de ansiedad. Mire mis cabellos. ¿No ve cuántas hebras de plata? Los mecanismos y las sustancias químicas me los han producido. No, señor Somerset —repuso tras breve pausa—, no crea usted que es regalada la vida de dinamitero. Se trabaja desde el alba hasta la noche durante mucho tiempo para que luego una insignificancia estropee todo el trabajo. Recientemente me ha ocurrido un caso así. Y si hubiera podido recobrar los sacos perdidos, menos mal. Con poco trabajo habría podido arreglar las máquinas. Pero, a causa de la pérdida que sufrí y de las dificultades con que nos encontramos a cada paso, nuestros amigos de Francia están dispuestos a dejar de emplear este medio. En cambio, se proponen utilizar las alcantarillas de toda una ciudad para propagar la fiebre tifoidea. Este es un proyecto científico y tentador, pero demasiado simple. No es que deje de reconocer la elegancia del sistema. Sin embargo, hay en mí algo de poeta a la vez que algo de tribuno, y permaneceré fiel al sistema antiguo, que resulta más enfático, más llamativo, más indiscriminado. Me refiero a la bomba explosiva.

—Se me ocurren dos cosas —observó Somerset—. La primera de ellas es la siguiente: ¿Nunca ha tenido usted éxito durante toda esa vida que tan vivamente me ha bosquejado?

—Sí —dijo Cero—, he tenido éxito una vez. Soy el autor de la salvajada llevada a efecto en el Patio del León Rojo.

—Pero, si no recuerdo mal —advirtió Somerset— la cosa fue un fiasco. Lo único que se estropeó fue el cerdo de un basurero y unos cuantos ejemplares del periódico

“Weekly Budget”.

—Perdone —rectificó Cero con marcada aspereza—; salió herido un niño.

—Precisamente eso me lleva al segundo punto. He oído que ha empleado usted la palabra “indiscriminado”, esto es, que no hace distinciones. Si las víctimas fueron un niño y un cerdo, la cosa representa el vértice de lo indiscriminado. Y eso me parece que trae aparejada tan poca eficacia...

—¿De veras he usado ese término? —preguntó Cero—. Bien; antes de discutir vamos a llenar nuevamente los vasos. La discusión a palo seco resulta algo muy insípido.

Bebieron ambos otra vez, y Cero, recostándose en el asiento, empezó a desarrollar sus opiniones.

—¿Indiscriminado? —dijo—. La guerra, amigo mío, es de lo más discriminado que hay: no perdona ni al niño ni al cerdo del infeliz basurero. Bien; pues yo tampoco los perdono. Dondequiera que pueda el terror echar raíces, dondequiera que puedan paralizarse las actividades del país, en el Parlamento, en un vaporcillo de excursiones, en cualquier lugar hay sitio para mis sencillos planes. ¿Es usted, por casualidad, lo que se llama un creyente?

—No; yo no creo en nada —contestó Somerset.

—Entonces está en buena disposición para comprender mis argumentos. El objeto que debe perseguir la Humanidad es el glorioso triunfo de la Humanidad misma. Y estando obligados a trabajar para este fin, ¿vanaos a reparar en los medios? Usted supondría, sin duda, que íbamos a atacar a la reina, al ministro Gladstone, al severo Derby, al hábil Grandville. Pues se equivoca. Vamos contra el pueblo, porque es el que nos interesa. ¿Ha observado la vida de las criadas en Inglaterra?

—Sí; creo que sí.

—Ya me lo esperaba en un hombre consagrado al Arte —dijo amablemente el conspirador—. La criada es un tipo aparte, una figura atractiva y muy a propósito para nuestros planes: el aire ingenuo, los modales serviciales... Además, su posición entre las clases, la probabilidad de que posea un buen corazón al cual podamos dirigirnos... Sí, sí; tengo inclinación (llámela usted debilidad) por las criadas... No es que yo desprecie a la niñera; ésta, desde el punto de vista del niño, es algo muy interesante. Hace largo tiempo que considero al niño como aspecto sensitivo de la sociedad...

Al llegar aquí movió la cabeza en actitud pensativa.

—A propósito de niños —continuó—, permítame referirle un ligero incidente que ocurrió hace escasas semanas, y que observé yo mismo. Se trataba precisamente de una bomba explosiva. Fue así...

Y recostado en su asiento, Cero narró lo que sigue:

DONDE CERO RELATA EL EPISODIO DE UNA BOMBA EXPLOSIVA

En cierta ocasión estaba yo invitado a comer por uno de nuestros más fieles agentes. Se celebraba la comida en Saint James Hall. El hombre era M'Guire, individuo muy caballeroso, pero no perito en nuestras mañas. De ahí la necesidad de nuestra entrevista. No tengo que encomiarle cuántas cosas dependen del buen funcionamiento de una máquina. Dispuse una bomba pequeña para que explotase media hora después, porque estaba muy cerca al sitio a donde debía llevarse. Para evitar contratiempos empleé un mecanismo inventado recientemente por mí: al abrirse la maletilla en que estaba encerrada la bomba se produciría la explosión. M'Guire parecía algo turbado con aquel nuevo mecanismo desconocido para él. Decía que, si le prendieran, moriría él también al mismo tiempo que sus enemigos. Pero yo no me dejaba conmover, y apelando a su patriotismo, le ofrecí un vaso de buen "whisky" y le lancé a su gloriosa empresa.

Era nuestro objetivo la estatua de Shakespeare, situada en Leicester Square, sitio muy adecuado para nuestros fines, no sólo a causa de la estatua, que representa un dramaturgo tenido neciamente por gloria de la raza inglesa, a pesar de sus opiniones políticas, sino también por el hecho de que los bancos circundantes se hallan casi siempre llenos de niños, jóvenes vagabundos, muchachas desgraciadas, gentes que inspiran piedad pública, y, por tanto, aptas para nuestros fines. Cuando M'Guire se acercó a su objetivo, sintió que su corazón latía con un sentimiento de triunfo. Nunca había visto tan lleno el jardincillo: niños que empezaban a andar e iban de un lado a otro; viejos retirados, inválidos de guerra, etc. La culpable Inglaterra iba a ser, pues, herida en sus partes más delicadas. El momento había sido elegido con acierto. M'Guire se acercó adonde tenía que dejar la maleta. De pronto reparó en un robusto policía que vigilaba junto al pedestal. Mi osado compañero, deteniéndose, miró alrededor suyo. Acá y allá, en la espesura, en los bancos estaban apostados algunos hombres que se fingían abstraídos. M'Guire no era lerdo en estos asuntos, y en el acto comprendió que se trataba de un plan del maquiavélico Gladstone.

Da la casualidad de que una de las mayores dificultades con que siempre tenemos que luchar es cierta nerviosidad de los miembros subalternos de nuestras sociedades. Cuando se acerca la hora de algo decisivo, estos miembros sienten un imperioso deseo de avisar anónimamente a las autoridades. De no ser por esta circunstancia, Inglaterra habría desaparecido ya del mapa. El gobierno, al recibir tal aviso, llena de policía el sitio elegido. Mi sangre hierve al pensar en los que sirven a tal causa por dinero. Claro que nosotros, merced a generosos compatriotas, recibimos buenos estipendios. Yo tengo un sueldo que me pone a cubierto de toda tentación mercenaria. El mismo M'Guire, antes de ingresar en nuestras filas, se moría materialmente de hambre, y ahora, gracias a Dios, dispone de un sueldo decoroso. Así ha de ser. El

patriota no debe estar mordido por ninguna preocupación rastrera. La diferencia entre nosotros y la policía es tan manifiesta, que no vale la pena de que hablemos de ello.

”A pesar de todo, nuestro plan sobre Leicester Square se había difundido. El gobierno había llenado aquello de policías. Hasta los militares retirados debían de ser agentes disfrazados. Nuestro emisario, sin más arma que la maleta que llevaba en la mano, se vio frente a la fuerza bruta, pues la policía es como el espejo de aquella mano firme de los tiempos de la opresión. Si se atreviera a colocar la máquina, lo más probable sería que le viesan y le prendiesen; se levantaría un griterío, y acaso la policía no bastara para librarle de la ira popular. El plan debía ser demorado. Permanecía con el paquete bajo el brazo, contemplando la fachada de un edificio, cuando he aquí que se acuerda de algo capaz de helar la sangre en las venas del más pintado: el mecanismo estaba en marcha y la máquina explotaría a su debido tiempo. ¿Cómo librarse de ello?

Haga el favor de ponerse con la imaginación en lugar de aquel patriota. Se hallaba en la plenitud de la vida, pues aún no había cumplido los cuarenta años. ¡Y estaba condenado a morir por la dinamita! La plaza le daba vueltas y los edificios parecían volar por los aires. Se desmayó.

Cuando volvió en sí, le atendía un polizone.

—¿No se encuentra bien?

—Sí; ya estoy mejor.

Y con inseguros pasos, pues se le antojaba que el suelo de la plaza se hundía bajo sus pies, huyó de la escena. Pero no es la palabra justa decir que huía. Aunque hubiera dispuesto de las alas del águila o de las de los vientos del océano, sin poder deshacerse del paquete que llevaba consigo, ¿de qué le habría servido? Hemos oído hablar de vivos condenados a estar unidos con los muertos. Pero eso no es nada, comparado con el hecho de estar unido a una bomba explosiva.

En Green Street le asaltó una idea terrible... ¿Sería ya la hora? Se detuvo al punto y echó mano al reloj. Le zumbaban los oídos y en sus ojos había un vapor. Además, su mano temblaba de tal modo, que apenas podía distinguir los números de la esfera. Durante unos segundos se cubrió los ojos con las manos. Le parecía que se había convertido en un viejo de noventa años. Por fin pudo ver que podía disponer de veinte minutos todavía. Necesitaba trazarse un plan.

La calle Green estaba desierta; pero pronto observó que venía hacia él una niña mientras empujaba con el pie un trozo de madera, como hacen los niños. ¡Aquella era una ocasión enviada por Dios!

—Monina —le dijo—, ¿quieres que te regale un bonito maletín?

La niña dio un grito de alegría y alargó las manos para tomar el regalo. Primero miró el maletín; pero luego observó la cara del que se lo regalaba, y se asustó tanto, que se echó hacia atrás, igual que si hubiera visto al mismo demonio. Casi al propio tiempo salió una mujer de una tienda, y llamó, enfadada, a la niña.

—¡Ven aquí, bribona! No hagas travesuras. ¡Deja en paz a ese pobre viejo!

La mujer volvió a entrar en la tienda, y la niña corrió hacia ella.

Una vez perdida esta esperanza, M'Guire sintió que desfallecía su corazón. Cuando de nuevo volvió en sí se encontró en San Martín de los Campos, dando traspies como un borracho y llamando la atención de los que pasaban, quienes advertían, sorprendidos, el terror que se pintaba en el rostro del infeliz.

—Caballero, supongo que está usted bastante enfermo —le dijo una mujer que se había detenido junto a él—. ¿Puedo serle útil en algo?

—¿Enfermo? —repitió M'Guire—. Es una dolencia crónica: la gota. Padezco de gota. Pero ya que es usted tan compasiva, lléveme este maletín a Portman Square, que cae algo lejos de aquí. ¡Oh, compasiva mujer! Por su salvación, por sus hijos, lléveme este maletín a Portman Square. Piense que también tengo yo madre —añadió con voz conmovida—. Portman Square, 19.

Creo que se expresó con demasiada energía, pues la mujer sintió miedo de él y repuso:

—¡Pobrecillo! Lo mejor que puede usted hacer es volverse a su casa.

Y dando media vuelta, desapareció.

“¡A casa! —pensó M'Guire—. ¡Qué irrisión!”. ¿Tenía él casa? Era una víctima de la filantropía. Se acordó de su madre, de su juventud feliz, del estallido inevitable, de la posibilidad de no morir y quedarse tullido para siempre, acaso ciego, sordo seguramente. ¡Ah, ha hablado usted muy a la ligera del riesgo a que se expone el dinamitero! Dejando aparte el peligro de morir, ¿se imagina lo que representa para un hombre de cuarenta años quedar de pronto separado de toda la música de la vida, de la voz de la amistad y del amor? ¡Cuán poco nos damos cuenta de los sufrimientos de los demás! Hasta el brutal gobierno, que lo duda con toda crueldad, en cazar por medio de espías a los patriotas, en corromper a los jueces y premiar al verdugo, retrocedería ante la idea de imponer tal pena. No, sólo puede no arriesgarse a quedar sordo por pura filantropía.

Pero me aparto de M'Guire. Pensó en el tiempo que habría transcurrido. Sacó el reloj y vio que únicamente habían pasado tres minutos. No podía creerlo. Miró el reloj de la iglesia. Este marcaba una hora distinta al suyo.

Aquello fue lo peor de cuanto sufrió M'Guire. Hasta ahora había creído que su reloj era para él un amigo, un consejero. Pero ya ¿en quién iba a confiar? Su reloj estaba atrasado. Podía seguir atrasándose... ¿Cuánto? ¿Cuánto se podía atrasar su reloj en treinta minutos? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Quince? Se le figuraba que habían transcurrido siglos desde que salió de Saint James Hall. Cabía temer que la explosión se produjera de un momento a otro.

Ante aquel nuevo contratiempo se serenó un poco. Era como si después de siglos de estar muerto volviese a la vida. Las casas se achicaban y se alejaban ante su vista. El ruido de las calles de Londres sonaba en sus oídos como un débil murmullo, y el rumor que producían las ruedas de cualquier carruaje que pasara por su lado resultaba tan imperceptible para él como si se tratara de un carruaje paseándose por una ciudad

de África. Se sentía por completo abstraído de sí mismo, y oía sus pisadas como las de un ser pequeño, débil y desgraciado a quien compadecía sinceramente.

Pasó por la parte trasera de la Galería Nacional, sitio que le pareció más tranquilo que de costumbre. Entonces se acordó de un portal de Whitcomb Street donde, sin ser notado, podría quizá depositar su trágica carga. Dirigió sus pasos hasta allí, imaginándose que flotaba sobre el pavimento.

Al llegar al portal, encontró asomado a él un hombre en mangas de camisa que se dedicaba con ademán grave a cortar una caña. M'Guire se paseó por los alrededores buscando una ocasión propicia; pero el hombre en mangas de camisa no se movía del portal y le observaba lleno de curiosidad.

Tampoco había cuajado aquella esperanza. Miró el reloj, y contando con el retraso, calculó que le quedaban unos quince minutos. Sintió su mente entonces algo así como una oleada de sangre. Empezó a verlo todo de color rojo. Pero, cosa extraña, se encontraba alegre, y sin percatarse de lo que hacía, se puso a tararear y a silbar, según iba caminando:

Nada me importa a mi,
ni yo le importo a nadie.

Cantaba y luego se echaba a reír ante la verdad que proclamaba en su canto. Los viandantes le miraban asombrados. Diríase que una inspiración cálida y genial se posesionara de él. ¿Qué era la vida? ¿Quién era M'Guire? ¿Qué era la verde Erin? Todo le parecía tan pequeño, que sonreía. Su hubiera podido haber dado dos años de su vida por un vaso de alcohol. Pero el tiempo corría, y debía privarse de tal placer.

En la esquina del Haymarket paró un coche de punto, y ordenó al cochero conducirlo a un embarcadero que le nombró. En cuanto el vehículo se puso en marcha, escondió lo mejor que pudo la maleta bajo el asiento delantero del coche. Luego miró el reloj. Así viajó durante cinco interminables minutos, con el alma en un hilo a cada traqueteo del vehículo y temiendo inspirar sospechas al cochero si se apeaba en seguida. Tenía que dejarle tiempo para que se olvidara del maletín.

Por fin, al llegar a las primeras escaleras del embarcadero, hizo parar al coche, y contentísimo, se apeó de él. Todo había salido a las mil maravillas. Había salvado su vida y había colocado la bomba en un coche de punto. Pronto correría por todo Londres la noticia de la explosión, Pero, al meterse la mano en el bolsillo para pagar, se encontró con que no tenía dinero. Después de registrarse los bolsillos, se quedó mirando al cochero con la desesperación más atroz pintada en el rostro. No llevaba ni un penique.

—¿Qué le pasa? ¿No está usted bueno?

—¡He perdido el dinero! —exclamó M'Guire con una voz tan lastimera, que inspiraba lástima.

El cochero, con toda naturalidad, miró debajo del asiento.

—Tome usted esa maleta —dijo.

M'Guire la tomó inconscientemente; pero cuando ya la tuvo en la mano, se puso más pálido que la muerte y exclamó:

—No es mía. Se la habrá dejado aquí el anterior cliente de usted.

—¡Vamos! —exclamó el cochero—. ¿Está usted loco, o soy yo el que lo estoy?

—Bien; pues si es mía, quédese con ella en pago del viaje.

—Bien, ¿qué hay dentro de ella? Ábrala y enséñeme su interior.

—No, no —contestó M'Guire—; es una sorpresa, una sorpresa preparada expresamente para los cocheros honrados.

—No estoy conforme —dijo el cochero, tirándose del pescante y acercándose al infeliz patriota—. O me paga usted en dinero contante y sonante, o vamos a la comisaría.

Fue un momento de angustia verdaderamente atroz. Pero de repente, vio M'Guire en aquel momento a un tal Godall, vendedor de tabaco de Ruppert Street, que venía por la orilla del embarcadero. Le había comprado puros algunas veces. M'Guire se hallaba tan apurado, que, al ver al estanquero, le pareció ver el cielo abierto.

—Gracias a Dios —dijo—. Aquí viene un amigo mío. Le pediré prestado. —Y se precipitó al encuentro de Godall—. Caballero, señor Godall, sin duda se acuerda usted de mí, ¿no es verdad? Estoy metido en un apuro. ¡Oh, amigo! Por humanidad, por la esperanza de alcanzar a ver alguna vez un trono de gloria, présteme dos chelines y seis peniques.

—No me acuerdo de su rostro —respondió el señor Godall—; pero como no me gusta la barba que lleva usted, le presto un soberano para que se afeite esa perilla.

M'Guire, sin proferir palabra, tomó el soberano, se lo entregó íntegro al auriga, bajó hasta el último peldaño del embarcadero y arrojó la maleta al río. Luego cayó de cabeza tras ella. Le libraron de una sepultura fluvial acaso las piadosas y robustas manos del señor Godall. Recién sacado y chorreando, cuando todavía se encontraba en la orilla, una explosión sorda y formidable conmovió los sólidos cimientos del embarcadero. Lejos, en el río, brotó una columna de agua bullidora.

LA CASA DE LA PLAZA DORADA (Continuación)

Somerset procuró en balde descifrar la significación de aquellas palabras. Por su parte, se había aplicado al vaso con asiduidad. El conspirador se encontraba taciturno e inquieto. El joven, que parecía hallarse bajo los efectos de una pesadilla, se puso de pie, se negó a tomar un tercer vaso, y alegando que ya era muy tarde, dijo que se retiraba a descansar.

—Querido —dijo Cero—, veo que es usted muy sereno. Bien; no le tiranizaré. Somos amigos. Amigo mío, “au revoir!”.

El conspirador estrechó la mano del joven, y con mucha cortesía, le acompañó hasta el descansillo de la escalera.

Somerset no se dio cuenta de cómo se había acostado. Pero al día siguiente, cuando le despertó un pequeño ruido, sintió un trastorno horroroso. El hecho de haber conversado con un hombre de la ralea de su abominable inquilino, se le antojó, a la luz del día, una verdadera flaqueza. Claro que había sido sorprendido en una actitud que hubiera puesto a prueba el aplomo de Talleyrand. Pero esto era un paliativo, no una excusa, pues no hay excusa posible para una tan completa capitulación de principios. No había más remedio que cortar por lo sano todas estas familiaridades.

En cuanto se vistió, subió al piso, dispuesto a una ruptura. Cero le saludó con mucha diferencia.

—Entre, querido Somerset. Siéntese y almuerce conmigo.

—Caballero —contestó Somerset—, permítame que ponga a salvo mi honor. Anoche fui sorprendido y llevado a ciertas apariencias de complicidad. Pero ahora he de decirle de una vez para siempre que sus maquinaciones me causan horror, y que no dejaré de removerlo todo para echar abajo sus planes.

—Querido —replicó Cero con mucha amabilidad—, estoy muy acostumbrado a esas debilidades humanas. ¿Conque horror y disgusto? Yo también los he sentido muchas veces. La franqueza con que usted declara lo que pasa hace que me sienta predispuesto en su favor. ¿Qué piensa hacer? Se encuentra en una situación muy semejante a la que se encontró Carlos II, el menos degradado de nuestros soberanos, cuando fue confidente del ladrón. No creo que me denuncie usted. ¿Y qué otra cosa puede hacer? No, querido, está usted atado de pies y manos, está condenado, a menos que se porte como un rufián, a seguir siendo conmigo el compañero intelectual que fue anoche.

—Creo que, al menos, podré despedirle de esta casa —objetó Somerset.

—Sí, puede usted despedirme —confirmó el conspirador— pero yo no le haré caso. Imite usted a Judas, o no le imite. Yo, por mí, no me muevo de este piso, donde me encuentro a gusto. No puede usted echarme.

—Repito —gritó Somerset enfadado, aunque acaso no con demasiada energía—, que le conmino a que abandone esta casa. Soy el dueño y le ordeno que se marche.

—¿Me da usted una semana de plazo? Bien; hablaremos dentro de una semana.

Convenido. Pero el almuerzo se enfriaba. Está usted condenado, señor Somerset, durante una semana a la compañía de un carácter muy interesante. Y los verdaderos artistas sienten predilección por los caracteres interesantes. Mañana, si quiere, hágame ahorcar. Pero en este momento deseche esos prejuicios burgueses y siéntese a almorzar conmigo.

—Caballero —exclamó Somerset—, ¿no se percata usted de cuáles son mis sentimientos?

—Claro que sí —respondió Cero—, me percato y los respeto. ¿Qué tiene eso que ver? En el siglo XIX, no pueden dos caballeros diferir en sus opiniones políticas y ser amigos sin embargo. Sus duras palabras han hecho que me sonriera. ¿Quién de nosotros dos es el filósofo?

Somerset resultaba muy tolerante y fácil de seducir por medio de sofismas. Hizo un gesto de desesperación y tomó asiento a la mesa del conspirador. El almuerzo era excelente. El inquilino se mostraba muy amable y hablaba, con conocimiento de causa, de mil cosas diversas. Parecía haber sufrido durante mucho tiempo el tormento del silencio, como si ahora se desquitara hablando. Somerset comprendía que, según pasaba el tiempo, se inclinaba, a pesar suyo, a tratar al conspirador con cierta familiaridad. Carecía de habilidad para sustraerse a una compañía, aunque ésta fuera desagradable, permaneciendo prendida a ella como el gorrión permanece prendido a la liga que le ha apresado. En esta ocasión dejó transcurrir junto al conspirador hora tras hora, sin atreverse a separarse de él. A la de cenar volvió a sentarse a su mesa, no separándose de él hasta ya muy entrada la noche. Cero le despidió con mil excusas y cortesías. Sus compañeros de conspiración, al no conocerle, se alarmarían al ver un rostro extraño.

En cuanto se quedó solo, Somerset se sintió tan malhumorado como por la mañana. Se enfadaba consigo mismo, se paseaba por el comedor tomando firmes resoluciones para el futuro, se retorció la mano deshonrada por el apretón del malhechor. Pero, entre todos los pensamientos que daban vueltas por su cabeza, el que le producía más desasosiego era pensar que la casa estaba repleta de unos malditos ingredientes. Comparado con aquella casa, un polvorín era un lugar seguro.

Buscó refugio yendo a pasearse. Anduvo por el campo en busca de seguridad, de luz, de aire, de rostros humanos. Habló con los campesinos, y después, regresó a la ciudad, hasta se acercaba a hablar con los policías. ¡Cuán culpable se juzgaba al hablar con ellos! ¡Qué deseos sentía de llorar reclinado en el pecho de aquellos servidores de la ley! Pero la fatiga acabó sobreponiéndose al remordimiento, y volvió a su casa cuando clareaba. La miró con terrible expectación cual si en aquel preciso instante fuese a estallar en llamas. Quiso abrir la puerta; mas en el momento de ir a hacerlo se sintió de nuevo desanimado y temeroso, y se alejó de allí, yendo a buscar refugio en un cafetín.

Cuando despertó, ya lucía la luna. Pagó el precio de su mísero cobijo con el poco dinero que le quedaba, y pensó que se veía obligado a volver a su casa. Entró en ella

y se dirigió al armario donde guardaba su dinero. Una vez en posesión de él, podría separarse de aquel obsesionante amigo. Pero el destino lo había dispuesto de otro modo. Oyó en la puerta un golpecito, y casi inmediatamente, se presentó Cero.

—¿Le he atrapado? —gritó con alegría—. Querido, ya estaba impaciente.

En el rostro de Cero parecía dibujarse un gran afecto.

—Estoy tan poco habituado a tener un amigo... que temo mostrarme celoso sin remedio.

Y se apoderó de la mano de su casero.

Somerset no estaba dispuesto a resistir este saludo con absoluta frialdad. Se había acostumbrado a devolver siempre cordialidad por cordialidad. Una diferencia en sentimientos afectivos parecerá siempre una culpa a los caracteres generosos. Pronunció, balbuceando, frases vagas y premiosas.

—Está bien —dijo Cero—. No hable usted una palabra más. Creí que me había abandonado; pero confieso que tal temor no tenía fundamento y le pido perdón. Vamos, la cena nos espera. Mientras comemos, me contará usted sus aventuras de la noche.

La bondad sellaba una vez más los labios de Somerset, quien se sentó de nuevo junto a aquel criminal. Y una vez más el conspirador hizo revelaciones inconscientes; el nombre y la biografía de un individuo, la dirección de un centro importante, etc. Cada palabra era como una puñalada para su infeliz invitado. Finalmente, Cero, prosiguiendo su monólogo, nombró a la señorita que le había visitado dos días atrás, aquella que cambió unas palabras con Somerset, el cual había quedado hechizado de su gracia y de su mirar comunicativo.

—¿La vio usted? —inquirió Cero—. Hermosa, ¿verdad? Pues es también una de los nuestro, presiento, muy entusiasta aunque quizá demasiado nerviosa. Pero sobresale en la intriga y es maestra en osadía. Emplea distintos nombres: Lake, Fonblanque, De Marly, Valdivia... Pero su verdadero nombre... No, no debo revelarlo. Basta con decir que a ella debo lo de ocupar esta casa y haberle visto a usted. Parece que ella conocía la casa. Ya ve usted que no le oculto nada, que le declaro francamente casi todos mis secretos...

—¡Por Dios, cállese de una vez! No puede imaginarse cómo me hace sufrir.

El rostro de Cero mostró una sombra de inquietud.

—A veces me imagino que usted no me estima —dijo—. Querido Somerset, ¿por qué esa falta de cordialidad? Estoy triste. Se me acerca la prueba que será como mi piedra de toque, y si fracaso... —hizo un gesto sombrío— si caigo en la abyección, querido joven... Estos son pensamientos muy graves. Juzgue lo necesitado que estoy de su deliciosa compañía... Hablar con usted es una distracción para mí. Y no obstante..., no obstante... —Apartó de sí el plato y se levantó de la mesa—. Sígame. Tengo mal humor en este momento; necesito aire. Debo contemplar el plan de batalla.

Con esto, guió a su invitado a través de escalerillas y desvanes, hasta que llegaron a la terraza de la casa, una terracita resguardada por un grupo de chimeneas que

formaban la parte más alta del tejado. La azotea dominaba hacia el Norte un gran espacio donde se veían innumerables tejados. A lo lejos se alzaba las altas, torres de las iglesias.

—He ahí esa rica ciudad —indicó Cero—, esa populosa ciudad que ha crecido con el despojo de los continentes. Pero pronto ha de yacer en ruinas. Algún día, desde este mismo puesto de observación, quedará usted sorprendido al oír lo que pudiéramos llamar el cañonazo del Juicio Final. Y entonces —Cero extendió la mano—, entonces verá usted surgir el incendio. Ese será el gran día, el día en que los polizontes huirán junto a los ladrones. Y yo exclamaré: “¡Arde, arde, corrompida ciudad! ¡Húndete, flatulenta monarquía!.

Al decir estas palabras, Cero dio un traspiés, y se habría caído al espacio si Somerset, más rápido que el rayo, no le hubiera agarrado, llevándosele abajo como a un ratero. El conspirador, sentado en la escalera, empezó pronto a volver en sí. Y en cuanto abrió los ojos, lo primero que hizo fue manifestar a Somerset su gratitud.

—Su acción de usted ha sellado nuestra amistad —afirmó—. Nuestra unión es ya de vida o muerte. Si antes me sentía ya atraído por su carácter, ¿cuáles serán ahora mi reconocimiento y mi cariño? Pero estoy demasiado conmovido. Deme el brazo y ayúdeme a llegar hasta mi cuarto.

El conspirador recobró su serenidad con una copita de licor. De pronto, reparó en el aspecto abatido del joven.

—¿Qué le pasa, querido Somerset? —extrañó—. ¿Le duele a usted algo? Tome una copita.

Pero Somerset no necesitaba aquel socorro corporal.

—Déjeme en paz —dijo—. Ahora estoy perdido. Me ha prendido usted en las redes. He vivido hasta ahora de la manera más descuidada, he obrado siempre según mi albedrío, inocentemente. Y ahora, ¿en qué me he convertido? ¿Tan bobo y tan ciego es usted, que no se da cuenta del odio que me inspira? ¿Es posible que crea que voy a seguir viviendo de este modo? ¡Por mostrar demasiada amabilidad me veo metido en este embrollo!

Y Somerset, cubriéndose la cara con las manos, se dejó caer en el sofá.

—¡Y yo que siento por usted tanta ternura e interés! —protestó Cero—. ¿Cómo se encuentra bajo la presión de esos necios escrúpulos? ¿Ó quizá juzga al patriota según las normas de la religión? Yo le tenía a usted por un buen agnóstico.

—Señor Jones —atajó Somerset—, no discuta. No creo en nada divino; pero a pesar de eso, le considero a usted como a un reptil al que me gustaría aplastar con mis plantas. ¿Quiere usted hacer volar a la gente? Bien, pues yo deseo, a despecho del dolor que ello me causa, volarle a usted.

—¡Somerset, Somerset! —exclamó Cero, palideciendo—. Eso está muy mal, me atormenta usted, me hiere hablando así, Somerset.

—¿Dónde puedo encontrar un fósforo? —rugió Somerset—. Voy a incendiar a un monstruo, voy a perecer yo también.

—¡Por el amor de Dios! —imploró Cero, sujetando al joven—, ¡Domínese! La muerte nos rodea. Un extraño a quien ha llamado usted su amigo...

—¡Silencio! —gritó Somerset—. Usted no es amigo mío. ¡Le aborrezco, tiemblo de repulsión al verle!

Cero rompió a llorar.

—¡Ay! —suspiró—. Esto desata el último lazo que me ligaba a la humanidad. Mi amigo me abandona y me insulta. ¡Estoy maldito!

Somerset se quedó estupefacto ante aquel repentino cambio de tono. Luego, haciendo un gesto de desesperación, huyó de la habitación, y más tarde, de la casa. Se dirigió, a toda prisa, hacia la comisaría más próxima; pero de repente empezó a dudar, y antes de llegar a ella, se encontró sumido en profundas cavilaciones. ¿Era él un agnóstico? ¿Tenía derecho a obrar? Su conciencia le decía: “No pienses en majaderías, y perezca Cero”. Pero después pensaba otra cosa. ¿No le había estrechado las manos, no había partido el pan con él? ¿Cómo hacer intervenir la ley sin perder el honor? ¿El honor? Y... ¿qué era el honor? Una ficción. Debía darlo de lado para perseguir al crimen. ¿Y qué era el crimen? Otra ficción. Anduvo todo el día errante por los parques. De noche recorrió la ciudad. Y al rayar el alba, se sentó en la cuneta de la carretera de Peckham y lloró amargamente. Sus dioses se habían derrumbado. Él, que había elegido el luminoso y anchuroso camino del escepticismo universal, se encontraba aún esclavo del honor; él, que había aceptado un punto de vista tan alto como el del águila, aunque careciera de las miras rapaces de este animal, para reconocer la necesidad de la guerra, de la competencia comercial y del crimen, que se hallaba preparado para ayudar al asesino que huía y al ladrón impenitente, era contrario, de todo punto contrario al empleo de la dinamita. La noche extendía ya su manto sobre la ciudad, y el infeliz escéptico seguía entristecido por su inconsecuencia.

Tras de pasadas muchas horas, se levantó y tomó como testigo al sol que nacía. “No hay ninguna duda —se dijo— respecto a la manera de obrar”. Había decidido volver a la casa para intentar persuadir a Cero de que abandonase su horrible profesión. Si no lo conseguía, le daría una hora para que se pusiera a salvo, y luego le denunciaría a la policía. Siquiera conmovido por su resolución, caminara bastante de prisa, era ya muy entrada la mañana cuando llegó a la Plaza Dorada. En aquel momento llegaba también ante la puerta la joven de los numerosos nombres. Somerset se quedó sorprendido al notar en su rostro señales de preocupación.

—Señorita... —empezó a hablar, cediendo a un primer impulso y sin saber todavía lo que la iba a decir.

Pero la joven, al oír su voz, pareció experimentar un estremecimiento de miedo y horror. Retrocedió, se cubrió el rostro con el velo y echó a correr.

También nosotros nos apartaremos ahora de Somerset para ir narrando el extraño y romántico episodio de "La Caja Negra".

LA AVENTURA DE DESBOROUGH

LA CAJA NEGRA

El señor Enrique Desborough residía en el tranquilo y antiguo barrio de Bloomsbury, rodeado en toda su extensión por el tumultuoso tráfico de Londres, pero gozando por dentro la dulce calma de una ciudad provinciana. Nuestro personaje vivía en Queen's Square, en la casa frontera al Hospital de Niños, a mano izquierda según se va hacia el Nordeste. Queen's Square, o plaza de la Reina, se hallaba consagrada a las artes humanas y liberales; las casas eran de bonita estampa, y en una de ellas se daban clases gratuitas. Los gorrones revoloteaban parleros por los tejados, mientras abajo, ante el hospital, se veían constantemente grupos de niños que acudían con ánimos, si por casualidad, podían, de besar la mano de su hermanito enfermo, o hablar unas palabras con él. Desborough vivía en un primer piso, y sus habitaciones daban a la plaza. Pero, además, tenía derecho, que aprovechaba con frecuencia, a utilizar una de las terrazas de la parte trasera de la casa, situada sobre su jardincillo. A esta terraza daba también la puerta-ventana de un cuarto desalquilado.

A las doce, o cosa así, de un caluroso día, Desborough salió a la terraza para fumar un rato. Se sentía algo desalentado y abatido. Llevaba varias semanas buscando colocación sin encontrarla. Se dijo que, al menos, estaría solo en la terraza. Al igual de todos los jóvenes que carecen de riqueza, de ingenio y de éxito, Desborough huía de los demás hombres. De pronto levantó la cabeza y vio que en la ventana de la casa desalquilada flotaba una cortina con fleco de seda. Era evidente que tenía mala suerte. En lo sucesivo, cuando saliera a la terraza, ya no podría animarse a sí mismo hablando en voz alta ni desahogarse silbando aires melancólicos. Enfurecido, golpeó su pipa contra la barandilla con demasiada energía. La pipa se rompió. Era muy apreciada por él, y se puso de muy mal humor. De entonces en adelante ya no podría lanzar bocanadas de humo a las ramas de lilas del jardín.

Arrellanándose en la silla, sacó del bolsillo una novelita barata que había comprado, y antes de ponerse a leer, arrancó la última hoja del libro, que contenía tan sólo respuestas a los correspondientes, y se puso a liar con él un cigarrillo. Pero no era, ciertamente un maestro en el arte de liar cigarrillos, y el tabaco se le escapaba por los extremos. Le ponía frenético su torpeza, cuando la cortina de seda se descorrió, dando paso a una señora extrañamente ataviada, la cual penetró en la terraza.

—Señor —dijo con una voz dulcísima que parecía la limpia nota de un órgano—, veo que está usted en un aprieto. Permítame que le ayude.

La dama tomó el papel y el tabaco y con una facilidad que a Desborough no pudo menos de parecerle mágica, lió un cigarrillo y se lo presentó. El joven, que continuaba sentado, lo tomó sin pronunciar palabra, mirando fijamente a lo que le había parecido casi una aparición. El rostro de la dama ostentaba un color sano en extremo; las facciones eran muy distintas de las que suelen verse en el Norte. Sus

ojos eran rasgados y altamente brillantes; su cabello estaba cubierto por una mantilla de blonda. Bajo la mantilla, que le caía por los hombros, se veían sus brazos, desnudos hasta el hombro. Toda su femenina figura revelaba actividad, vitalidad y cierta grandeza.

—¿No le gusta mi cigarrillo, señor? Está mejor hecho que el que hacía usted.

Y así diciendo, se echó a reír con una risa que sonó a música divina en los oídos del joven.

—Ya comprendo —añadió después—; mis modales le impresionan. Soy muy diferente de las jóvenes inglesas.

—¡Ah! —exclamó encantado Enrique.

—En mi tierra —siguió la joven— las cosas ocurren de otro modo que aquí. Las muchachas viven rodeadas de limitaciones sin cuento. No les está permitido casi nada. Han de vivir retiradas y aparecer encogidas. En cambio, aquí, en la libre Inglaterra, ¡qué gloriosa libertad! no hay restricciones, La mujer puede atreverse a ser ella por completo, y los hombres, los caballeros... ¿no está escrito en el mismo escudo de su nación? “Honni soit”... ¡Ah! Y yo apenas me atrevo a ser yo, a ser libre. Peor no me juzgue usted todavía. Ya aprenderé a ser una verdadera inglesa; ya me haré digna del carácter inglés. ¿Acaso no hablo bien el inglés?

—Lo habla usted perfectamente —respondió el joven con tanta seriedad como si se tratara de un asunto de gran importancia.

—Pues bien; también aprenderé a obrar según el carácter inglés. Mi padre tenía sangre inglesa. Ahora sólo me falta cambiar mis modales.

—¡Oh, aunque no los cambie, no perderá usted nada, señora!

—Soy la señorita Teresa Valdivia. Pero se ha levantado un airecillo muy molesto. Adiós.

Y antes de que Enrique hubiera pronunciado una palabra la joven desapareció de la terraza.

Él se quedó inmóvil, con el cigarrillo sin encender en la mano. Se había olvidado del tabaco. Sólo pensaba en aquella hermosa joven. Su voz repercutía aún en sus oídos; sus ojos, cuyo color no podía precisar, le habían parecido muy hermosos. Su mal humor desapareció como por encanto. Sólo pensaba en que adoraba a aquella mujer. No se atrevía a calcular su edad, temiendo echarle más años de los que él tenía y pensando que era un sacrificio mezclar la gracia adorable de su gesto con las cosas materiales. En cuanto al carácter..., para los jóvenes, la belleza va siempre unida con la belleza. El pobre joven permaneció en la terraza suspirando y lanzando furtivas miradas a la ventana en cuestión. Cuando al cabo entró en su casa para comer, el carnero frío y la cerveza le parecieron un verdadero néctar de los dioses.

Al día siguiente, cuando volvió a la terraza, vio la ventana algo entreabierta. La joven estaba sentada junto a ella, pues Enrique pudo atisbar parte de su hombro; pero permaneció inmóvil en el mismo sitio durante todo el rato. Al otro día, en cambio, salió la joven a la terraza a primera hora de la mañana, sin duda a disfrutar el sol

matinal. Mostró un artístico desaliño en toda su persona, porque, indudablemente, aún no había hecho su tocado. Llevaba en la mano un pequeño paquete.

—¿Quiere usted probar el tabaco cubano? Era de mi padre. Ya sabe usted que en Cuba las damas, lo mismo que los caballeros, fuman. No tema, pues, molestarme con el olor. La fragancia del tabaco me recordará mi tierra. Mi casa, señor, estaba junto al mar...

Desborough, al oír estas palabras, comprendió por vez primera la poesía del océano.

—Despierta o dormida, siempre sueño con Cuba —repuso la hermosa joven—. ¡Mi querida Cuba!

—Algún día volverá usted allá —dijo Desborough sintiendo que se le encogía el corazón.

—¡Nunca —exclamó la joven—, nunca!

—Entonces, ¿residirá usted siempre en Inglaterra? —preguntó el joven, muy animado.

—Pregunta usted mucho más de lo que yo sé —contestó ella, y añadió—: ¿no prueba mi tabaco cubano?

—Señorita —respondió Enrique—, no me cabe la menor duda de que todo lo que procede de usted es delicioso.

—Señor —observó la joven con gravedad, parece usted tan sencillo y tan bueno, que hasta procura dirigirme cumplidos. Pero... ¡lo hace muy mal! Yo había oído decir que los ingleses podían ser los compañeros honestos, serios y respetuosos de una joven, sin pretender piropearla. No estropee usted esa creencia comportándose como se comportan mis compatriotas. Sea el caballero inglés, noble y serio, de quien he oído hablar desde mi juventud y a quien deseo encontrar todavía.

Enrique, que no sabía cuáles eran las costumbres de los cubanos, intentó defenderse.

Su seriedad nacional le cuadra mucho mejor —insistió ella—. Mire —agregó, trazando en el suelo una raya con su diminuto pie—: hasta aquí será terreno neutral; allí, en la cortina, empieza la frontera. Si usted me ataca, hará que me retire a mis posiciones; pero si no, seremos verdaderos amigos ingleses. Yo vendré aquí cuando me encuentre triste. Otras veces le permitiré a usted que acerque su butaca hasta mi ventana para que me instruya sobre las costumbres inglesas mientras yo trabajo.

La joven, al llegar a este punto, posó con gentileza una mano sobre el brazo del joven y le miró a los ojos.

—¿Sabe que ya he adquirido algo de aplomo inglés? ¿No nota ningún cambio, señor? ¿No son mis modales más parecidos ahora a los de una señorita inglesa que cuando me vio usted por vez primera?

Sonrió alegremente, retiró la mano, y antes de que el joven pudiera expresar las fuertes emociones que sentía, la joven desapareció mientras murmuraba:

—Adiós, señor. Buenas noches, mi querido amigo inglés.

Al día siguiente, Enrique consumió en vano una onza de tabaco en el terreno neutral. Cuando sonó la hora de la cena, se marchó desengañado.

El otro día amaneció nublado y llovió. Pero ya ni la lluvia ni la pobreza en perspectiva ni la estrechez presente apartaron al joven de su guardia. Cubierto con un impermeable, permanecía junto a la balaustrada; parecía la imagen de la humedad y de la incomodidad, pero ardía interiormente de tiernos sentimientos.

De súbito se abrió la ventana y apareció la bella cubana.

—Venga usted junto al alfeizar —le propuso—. La galería de arriba le protegerá contra la lluvia. Siéntese aquí —y le ofreció graciosamente una butaca.

El joven tomó asiento, lleno de alegría, y al hacerlo, un bulto en su bolsillo le recordó algo.

—Me he tomado la libertad de traerla un librito —dijo—. Mírelo. Al verlo en la librería me acordé de usted. Está en español. El librero me aseguró que está escrito por uno de los mejores autores.

La joven tomó el libro, y su rostro, al recorrer con los ojos las páginas, se ensombreció.

—Me parece que se ha disgustado usted —advirtió el joven.

—No, señor, no me he disgustado. Sólo estoy avergonzada, porque... —una oleada de rubor subió a su rostro—, porque..., en efecto, el español es mi idioma nativo, y el regalo que me hace usted sería inestimable para mí si supiera leer. Esta es la humilde verdad: no sé leer.

Enrique la miró con asombro. La cubana pareció encogerse ante su vista.

—¿No sabe usted leer? ¡Usted!

La joven descorrió del todo la cortina de seda y murmuró:

—Entre, señor. Ha llegado la hora que yo esperaba con ansiedad mezclada de inquietud, la hora en que he de optar entre referirle sin paliativos la historia de mi vida o perder su amistad.

Enrique traspuso el umbral de aquella puerta con una especie de devoción. En el cuarto reinaba encantador desorden. Aparecía atestado de objetos artísticos: pieles, tapices, fastuosas rinconeras, lámparas antiguas. Sobre un velador se veía una concha de plata del tamaño de medio coco, repleta de joyas desmontadas. La hermosa joven, que era la piedra preciosa de más valor entre todas aquellas joyas, invitó a Enrique a sentarse en una silla. Y acomodándose a su lado en otra, comenzó su historia así.

HISTORIA DE LA BELLA CUBANA

Yo no soy lo que parezco. Mi padre descendía, por la línea paterna, de un grande de España, y por la materna, del patriota Bruce. Mi madre descendía también de reyes, pero de reyes africanos. Era hermosísima, mucho más hermosa que yo, que me asemejo también a mi padre. Además, tanto su entendimiento como sus maneras eran de veras regios. Yo la veía superior a cuanto la rodeaba, y crecí adorándola. Cuando le llegó la hora, recibí su último aliento con mis labios. Ignoraba entonces que mi madre no era sino una esclava, la querida de mi padre. Su muerte acaeció cuando yo tenía dieciséis años. Fue mi primer dolor. Dejó nuestro hogar privado de sus atractivos, echó una sombra de melancolía en mi vida, y como consecuencia de ello, cambió de carácter mi padre. Pasó el tiempo, y mis pocos años recobraron algo de la alegría que los caracterizaba. La plantación ofrecía cosechas frescas, los negros se habían olvidado ya de mi madre, y me ofrecían a mí sumisión que antes ofrecían a ella. Pero un velo de pesar ensombrecía el cielo del amo Valdivia, mi padre. Antes solía estar ausente durante algunas temporadas, pues comerciaba en piedras preciosas en la ciudad de La Habana. Pero, desde la muerte de mi madre, sus ausencias se hicieron casi continuas.

El lugar donde yo nací y pasé mi niñez es una isla del mar Caribe que dista media hora de remo de la costa cubana. La isla era muy escarpada, y sólo la habitábamos nosotros con nuestros negros. La parte que no ocupábamos la dejábamos abandonada a la naturaleza. La casa, edificio espacioso y bajo rodeado de miradores se erguía sobre un montículo, y su fachada principal miraba hacia Cuba. Soplaban las brisas dulcemente, acariciándonos cuando reposábamos en nuestras hamacas de seda y agitando las flores de las magnolias. Detrás de la casa, hacia la izquierda, las chozas de los negros y los campos dedicados a plantación ocupaban una octava parte de la isla. A la derecha, y casi bordeando el jardín, se extendía un pantano anchuroso y mortífero, cubierto de bosque, del cual surgían emanaciones pestíferas, y donde vivían ostras venenosas, cangrejos enormes, caimanes y peces nocivos. Por las orillas de aquel pantano sólo podían andar los negros, pues el aire se hallaba emponzoñado por un implacable enemigo de los europeos.

Una mañana —de entonces data mi desgracia— salí de mi cuarto algo entrado el día. En aquel clima no abundan los madrugadores. Como no encontrara a ningún servidor, di la vuelta al mirador, inútilmente. En un ángulo se habían reunido todos los negros. Pero, aunque me acerqué al punto a ellos, no me hicieron caso alguno. No tenían ojos y oídos más que para una persona: era ésta una mujer ricamente vestida, de porte elegante y melodioso hablar. No representaba muchos años: pero parecía gastada por los placeres. Su rostro, atractivo aún, ofrecía al que lo miraba los rasgos de las más crueles pasiones: en su mirada fulguraba el deseo del mal. No fue su aspecto, sino cierto hálito que emanaba de su persona, lo que hizo que me apartara con horror. Como tememos a las plantas que matan y a las serpientes que fascinan, así

me atemorice, ante aquella mujer. Sin embargo, yo era valiente. Me sobrepuse, me abrí paso entre los esclavos e indagué:

—¿Quién es?

Una esclavita que me tenía mucho afecto me previno al oído que anduviese con cuidado, pues se trataba de la señora de Mendizábal. Yo ignoraba en absoluto este nombre.

La desconocida, entretanto, se llevaba los impertinentes a los ojos y me examinaba con insolente curiosidad.

—Jovencita —me dijo al fin—, tengo gran experiencia en esclavos rebeldes y hago puntillo de honor abatirlos. Tú me tientes. Si en estos momentos no tuviera entre manos otros asuntos de más importancia, te compraría en la almoneda de tu padre.

—Señora... —empecé a decir.

—¿Es posible que no sepas tu verdadera situación? ¡Qué gracioso! Decido comprarte. ¿Es instruida, verdad? —añadió, dirigiéndose a los demás.

Los negros respondieron que yo había sido educada como una señorita, ya que así parecía a su inexperiencia.

—Entonces me viene como anillo al dedo para mis negocios de La Habana.

Y la señora de Mendizábal siguió observándome con sus impertinentes.

—Tendré gusto en hacerte trabar amistad con el látigo —repuso, encarándose conmigo y sonriendo cruelmente.

Yo recobré el uso de la palabra y mandé a los esclavos que se apoderaran de aquella mujer, la metieran en un bote y la llevaran a Cuba. Pero todos a una contestaron que no podían obedecerme. Luego se me acercaron, rogándome que tuviera prudencia. Como yo insistiera en mis órdenes, los negros se apartaron de mí cual de una blasfema. Era evidente que rodeaba a la desconocida una aureola de superstición; lo leí en los rostros de los esclavos. Entonces miré de nuevo a la señora de Mendizábal, que seguía completamente tranquila mirándome, despreciativa, con sus impertinentes. A la vista de su superioridad sobre todas mis amenazas, lancé un grito de rabia y huí del mirador de mi casa.

Corrí y corrí sin saber adónde me dirigía. Llegué a la playa. Aquellos insultos habían resultado tan imprevistos, que me hallaba atónita. ¿Quién era aquella mujer? ¿Qué poder tenía sobre mis criados? No encontraba respuesta a estas preguntas. En el torbellino de mi mente sólo una cosa resultaba clara: la odiosa imagen de la mujer.

Aún corría yo, llena de ira y miedo, cuando vi que mi padre me salía al encuentro desde el embarcadero. Lancé un grito, me arrojé hacia él y lloré sobre su pecho. Mi padre hizo que me sentara bajo una alta palmera que crecía muy cerca, me consoló como pudo, y luego, cuando me vio más calmada, me preguntó la causa de mi dolor. Su voz mesurada me extrañó sobremanera; con voz firme, aunque interrumpida por los sollozos, empecé a contarle cuanto había sucedido, o sea que se encontraba en una isla 'una señora desconocida que quería comprarme, y que ya no me obedecían los

esclavos. Vi cómo se sobresaltaba al oír esto. Escuchó todo lo que yo le conté, y al cabo con especial gravedad, me manifestó:

—Teresa, he de hacer un llamamiento a tu valor. Mi hija debe mostrarse animosa. Esa Mendizábal... ¿Qué voy a decirte? ¿Cómo te diré lo que es? Hace veinte años era la más hermosa de las esclavas. Hoy ya ves lo que es: una mujer prematuramente vieja, ajada por la práctica de todos los vicios y por una industria misteriosa y nefanda. Pero, eso sí, libre, rica, casada, según dicen, con un hombre a quien ayuda el cielo ejerciendo entre sus antiguos camaradas una misteriosa influencia. Se supone que su imperio se halla cimentado en terribles ritos; los ritos de Hudú. Pero no pienses más en esa bruja. El peligro que nos amenaza no viene por esa parte. Te prometo que nunca caerás en sus manos.

—Padre... ¿caer en sus manos? —grité—. Entonces..., es que hay alguna verdad en sus palabras. ¿Soy una...? ¡Oh, padre!, dímelo claramente, pues prefiero saberlo todo a la duda.

—Bien, te diré todo —prosiguió mi padre con brusquedad—. Tu madre era una esclava. Yo tenía intención de marcharme con ella a Inglaterra, cuyas leyes nos habrían permitido unirnos en matrimonio; pero tardé en realizarlo, y en el último momento lo impidió la muerte. Ahora comprenderás lo triste que me quedé cuando murió tu madre. Pero mi dolor no importa ahora. Lo que he dejado de hacer no puede ya repararse, y debo sufrir la pena de mi remordimiento. Pero hemos de poner cuanto antes manos a la obra para salvarte a ti, Teresa.

Quise expresarle mi agradecimiento; mas mi padre me interrumpió con aspereza.

—Durante la enfermedad de tu madre sentí tantas preocupaciones, que descuidé los negocios, los cuales quedaron durante largo tiempo en manos ignorantes. Como consecuencia de ello, quebré. No puedo pagar.

—¿Y eso qué importa? —grité—. ¿Qué significa la pobreza, si nos une nuestro amor y también la sagrada memoria de mamá?

—No comprendes —repuso mi padre tristemente—. Eres esclava, casi niña, educada, bonita, inocente. Y todas estas cualidades, que desarmaría a las mismas fieras son, ante los ojos de mis acreedores, ventajas que acrecen al precio de una propiedad. Eres una cosa que se puede vender... ¡Dios mío, yo mismo lo tengo que decir!... Eres dinero, en una palabra. ¿Empiezas a comprender? La manumisión sería anulada. Tú continuarías siendo esclava y yo considerado como un criminal.

Tomé una mano de mi padre entre las mías y lloré de lástima por mí y por él.

—He trabajado mucho para reparar mis pérdidas. Pero no ha descendido sobre mí la bendición de Dios. Me complazco en creer que descenderá sobre tu cabeza. Desapareció toda esperanza. Una gran suma vencía sin remedio, dejándome arruinado. Me declararon en quiebra. Mis tierras, mis joyas, mis esclavos, a quienes he hecho felices, habrán de ser vendidos, pasando a manos de miserables traficantes. ¡Y tú también, hija mía; tú también habrás de ser vendida! ¡Esto es el castigo de haberme aprovechado durante mucho tiempo del crimen de la esclavitud! Pero... ¿va

a ser mi hija el precio de mi maldad? No; tomo al cielo por testigo de mi tentación. Mira, este maletín contiene joyas; lo cogí y huí. Sin embargo, me perseguirán. Esta noche, mañana, llegarán a la isla, consagrada al recuerdo de tu madre, para encerrar a tu padre en una prisión y reducirte a ti a la esclavitud y al deshonor. No tenemos tiempo que perder. Por fortuna, anclado al Norte hay un yate inglés. Pertenece a Sir Jorge Greville, a quien conozco, habiéndole prestado excelentes servicios. Creo que él protegerá nuestra fuga. Pero si no la protegiese, pienso obligarle a ello. Ese hombre costea las Grandes Antillas desde hace muchos años, y siempre lleva el barco lleno de piedras preciosas. ¿De dónde las saca?

—Acaso haya encontrado una mina.

—Eso me dijo él —replicó mi padre—; pero este don con que ha dotado la Naturaleza, este don que me permite saber a la primera ojeada de dónde procede una piedra preciosa me mostró la falsedad de esa fábula. La primera vez que traje diamantes, se los compré inocentemente. Mas cuando me fijé en ellos pude comprobar que algunos de ellos habían visto la luz en África, otros en el Brasil. Y otros presentaban una talla tosca; eran despojos de templos antiguos. Esto me puso sobre aviso, e hice algunas averiguaciones. Él es listo, pero yo soy más listo que él. Me enteré de que visitaba a todos los joyeros de la ciudad a quienes ofrecía piedras preciosas distintas. A uno les llevaba rubíes, a otro esmeraldas, etcétera. Y siempre contaba la misma historia, la historia de la mina. Pero ¿en qué mina iba a encontrar juntos los rubíes de Ispahán, las perlas de Coromandel y los diamantes de Golconda? No, hija mía; ese hombre, con todo su yate y su título, me ha de temer, y me obedecerá. Esta noche, en cuanto oscurezca, emprendaremos el camino por la orilla del pantano. Después atravesaremos las tierras altas de la isla, y por un paso que conozco y se distingue por un altísimo árbol llegaremos en seguida, hacia el Norte, a un abrigo donde está anclado el yate. Aunque mis perseguidores lleguen antes de la hora en que los espero, no podrán alcanzarme. Tengo en la costa a un amigo que me avisará en cuanto aparezcan. Si es de noche, encenderá una hoguera, y si es de día, verá una columna de humo. Una vez avisados, tendremos tiempo de poner el pantano entre ellos y nosotros. Mira, ahora voy a esconder este saquito. Alguna esclava charlatana podría denunciarme si me viera venir con él.

Me puso en el regazo el contenido del maletín: una lluvia de piedras preciosas de todos colores y tamaños, en cuyas facetas resplandecía, magnífica, la luz del sol. No pude menos de lanzar un grito de admiración.

—Hasta a ti, que no entiendes de piedras preciosas, te causan admiración. Y aún así, no son más que piedras frías. Pero... ¡qué ingrato soy! Cada una de estas frías piedras representa para ti y para mí un año de vida tranquila. Vamos a ponerlas seguras. ¡Sígueme, Teresa!

Se levantó y me guió hasta el gran pantano, en cuyas orillas crecía una vegetación espesa y venenosa. Durante unos instantes escudriñó con ojos atentos la maleza. Su rostro se animó de repente.

—Aquí está la entrada del paso secreto de que te he hablado —me dijo—. Espérame. No penetraré más que unos centenares de metros en el manglar para esconder mi tesoro. Volveré en cuanto lo haya puesto a salvo.

Intenté persuadirle, pidiendo, al ver que no lo lograba, que me dejara acompañarle, ya que yo, a causa de mi sangre, resistiría perfectamente los peligros del sitio. Mas no me hizo caso y desapareció.

Al cabo de una hora larga, se separaron los arbustos, y apareció otra vez mi padre. Tenía el rostro rojo; pero, a pesar del calor, no sudaba lo más mínimo.

—Estás cansado —le dije, acercándome a él—; estás enfermo.

—Cansado sí —asintió—. El aire del manglar es muy sofocante. Además, mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, y la luz del sol los hiere ahora dolorosamente. Escúchame, Teresa. He sepultado el tesoro bajo un ciprés después de pasado el canalizo, a mano izquierda de la entrada. Si es necesario, debes ir a buscarlo allí. Vamos a casa ahora. De prisa, de prisa, de prisa. Hemos de comer para prepararnos a la jornada que nos espera. Luego dormiremos, dormiremos...

Y me miraba de una manera especial.

Volvimos a casa apresuradamente. No quería que los criados sospecharan nada. Pasamos por el mirador y llegamos por fin al interior de la casa. La comida estaba servida. Los criados, informados de la vuelta del amo por los boteros, se hadaban todos en sus puestos, mirándome aterrorizados. Nos acercamos a la mesa; pero en cuanto solté el brazo de mi padre, éste se llevó las manos a los ojos, exclamando:

—¡Dios mío! ¡Estoy ciego!

Corrí hacia él para guiarle hasta la mesa; mas él, apretándose las sienes y abriendo mucho la boca para respirar, se quejó:

—¡Cómo me duele la cabeza!

Y cayó redondo al suelo.

Harto sabía yo lo que podía ser, y supliqué a los criados que me ayudaran a cuidarle. Pero todos me replicaron lo mismo. No había esperanza: el amo había penetrado en el pantano, y cuanto se hiciera sería inútil. Así me respondieron. Para ¿qué detenerme en más pormenores? Dispuse que le llevaran a la cama, y le cuidé. Rechinaban los dientes y pronunciaba palabras incoherentes. Lo único que entendí fue: “Apresúrate, apresúrate”. En aquel trance tenía muy presente el peligro que corría su hija. Se había puesto el sol y reinaba la noche, cuando me di cuenta de que me iba a quedar sola en el mundo. ¿Cómo pensar en huir ni en los peligros de mi situación si mi padre estaba moribundo? Cuando murió me quedé junto a su cuerpo, olvidándolo todo menos mi dolor.

Al día siguiente, cuatro horas de haber amanecido, se presentó en la habitación la esclava que ya he mencionado. Me quería mucho, y al explicarme la causa de su venida, lloraba amargamente. Con el alba habían llegado al embarcadero vinos policías en un bote. Decían que iban a prender a mi padre. Y un hombre alto, grueso, que venía con ellos, agregó que ahora le pertenecía a —él toda la isla y cuantos

estábamos en la isla.

—Creo —añadió la esclava— que debe de ser un político o un brujo poderoso, pues al verle llegar la señora de Mendizábal se escondió en el bosque.

—Tonta —expliqué—, a lo que teme la señora De Mendizábal es a la policía. Pero... ¿por qué sigue esa mujer en la isla? Dejemos esto, Cora. ¿Qué importa ya todo ello a una huérfana?

—Amita —me indicó—, debo recordarte dos cosas. No hables nunca de este modo a los negros. La señora De Mendizábal es muy poderosa entre ellos. Si alguien se atreviera a pronunciar su verdadero nombre, haría que resucitara un muerto. No hables tampoco así a la infeliz Cora. La señora De Mendizábal oye todas las palabras que se dicen en el mundo. Y, además, me mira de una manera que se me hiela la sangre. En cuanto a la segunda advertencia que he de hacerte, amita, es que tú ya no eres la hija del amo, sino una esclava como yo. El hombre que ha venido con la policía dice que eres suya, y te llama. Claro que tú, con tu juventud y tu belleza, si te muestras amable, puedes asegurarte una vida feliz.

Durante unos instantes miré a la negra con indignación. Pero muy pronto me tranquilicé de nuevo.

—Vete, Cora —le ordené—. Muchas gracias por tus advertencias. Déjame sola un momento con mi difunto padre, y dile a ese hombre que voy en seguida.

Se marchó la negra, y yo me dirigí a los oídos que ya no me oían.

—Padre —murmuré—, tu último pensamiento, ya en las garras de la muerte, era que tu hija pensara en escapar de la desgracia. Pues bien: postrada a tus plantas juro cumplir tu plan. No sé todavía cómo, pero juro cumplirlo. Si es necesario apelaré hasta el crimen. Y Dios nos perdone a ti, a mí y a nuestros opresores.

Luego me sentí más animada. Me arreglé ante el espejo en la misma cámara mortuoria, refresqué mis llorosos ojos, di un silencioso adiós al autor de mis días, y procurando mostrar un rostro sonriente me dirigí al encuentro de mi dueño.

Este se hallaba muy atareado removiendo y catalogando todo lo que había en la casa. Era corpulento, sanguíneo, de mediana edad, sensual; parecía propenso al buen humor. Pero me avisó del peligro el fuego que observé en sus ojos cuando me miraba.

—¿Es ésta la amita? —preguntó a los esclavos.

Ellos le respondieron afirmativamente. Entonces los despidió.

—Hermosa —me participó—, no soy español, sino inglés. Me gusta el trabajo. Me llamo Caulder.

—Bien, señor —dije, saludando con sumisión.

—Vamos —repuso luego—; esto es mejor de lo que yo esperaba. Si me eres fiel, verás que soy un amigo muy amable. Me gustas mucho —y al llegar aquí pronunció mi nombre, por cierto que horriblemente mal—. ¿Todo este pelo es tuyo?

Me pasó la mano por el pelo como para satisfacer sus dudas. Yo ardía en cólera, pero me contenía.

—Muy bien, muy bien —y me hizo una caricia—. ¿No te arrepentirás de ser del

viejo Caulder, verdad? A propósito, tu difunto amo era un canalla, y ha escondido algo que me pertenecía. Tú, que eras parienta suya, debes de saber algo del asunto. Respóndeme. Toda mi futura amabilidad dependerá de tu honradez. Soy un hombre honrado, y quiero que lo sean mis siervos también.

—¿Se refiere usted a las piedras preciosas? —deduje, bajando la voz y con gesto de misterio.

—Precisamente.

—¡Silencio! —recomendé.

—¿Silencio? ¿Por qué? ¿No estoy en mis dominios? ¿No me rodean mis fieles esclavos?

—¿Se han marchado ya los policías?

Todo mi éxito dependía de la respuesta.

—Sí —asintió, desconcertado—. ¿Por qué lo preguntas?

—Habría preferido que los tuviera usted.

Hablaba con gravedad, aunque mi corazón saltaba de alegría.

—Amo mío —proseguí—, no debo ocultarle la verdad. Los esclavos de esta isla son muy peligrosos. Hace tiempo que fermenta entre ellos el motín.

—¿Sí? Pues me han parecido muy pacíficos —contestó.

Pero noté que palidecía.

—¿No le han dicho que la señora De Mendizábal está en la isla, y que desde que ha venido no obedecen a nadie más que a ella? Esta mañana le han recibido bien a usted por mandato de ella, que desea que disimulen.

—¿Conque la señora Jezabel?... Sí, es mal pájaro. La policía le persigue por varios asesinatos. Claro que tiene gran influjo entre los negros... Es verdad. ¿Qué buscará aquí?

—¿Qué va a buscar? —exclamé yo—. Las piedras preciosas. Ah, señor; si usted hubiera visto aquel tesoro de zafiros, topacios y rubíes heridos por el sol, como yo lo he visto y como también los ha visto ella, no extrañaría que anduviera tras él.

—¿Que ha visto ella las piedras preciosas? —preguntó.

Y por la expresión de su rostro comprendí que mi audacia tenía éxito.

Tomé su mano entre las mías y agregué:

—Amo, soy suya y tengo el deber de defender sus intereses y su vida. Le suplico que se deje guiar por mi prudencia. Sígame en secreto. Iremos al lugar donde está sepultado el secreto. Y ya no volveremos aquí sin traer fuerza armada.

¿Qué hombre libre que viviera en una tierra libre habría creído tan pronto en mi sumisión? Pero aquel opresor cayó como un niño en el lazo que le tendían. Me dio las gracias, afirmando que yo poseía todas las cualidades de una esclava fiel. Me preguntó luego más detalles sobre el tesoro. Yo se los di, procurando inflamarle su codicia. Luego me despidió para que pudiera ocuparme de todos los detalles de mi plan.

De un departamento del Jardín tomé un pico y un azadón, y después, por caminos

apartados, conduje a mi dueño hasta la entrada del manglar. Yo llevaba las herramientas, mirando a todos lados por miedo a que nos espíaran. Cuando llegamos a la entrada del paso me acordé de que había olvidado la comida. Volví, pues, por una cesta de alimentos que tenía preparada; pero una voz secreta me decía que mi amo no necesitaría aquellos alimentos. Cuando estaba ante él, mi indignación me[^] prestaba bríos; pero ahora, sin verle, sentía que no tenía tantos ánimos. Hasta experimentaba deseos de hablarle de mi traición, apartándole de la pestilencia que le esperaba en aquel lugar. Pero el voto hecho a mi difunto padre fue más fuerte que mi conciencia, y al reunirme con él, le invité a entrar en el manglar.

El paso por donde entramos parecía un túnel cortado en la manigua. Tanto a ambos lados como por encima, era sumamente espeso el follaje. La luz del día se filtraba con mucha dificultad a través de la espesura. El aire era denso, cargado de vapores y aromas vegetales, y dejaba como un peso en el cerebro y en los pulmones. Se hundían los pies en el cieno profundo. Al pasar junto a las mimosas, éstas producían algo así como un lúgubre silbido. Después, volvía todo a quedar silencioso.

A los pocos pasos, el señor Caulder sufrió un mareo y tuvo que sentarse. Me remordió la conciencia, y rogué al infeliz que saliera de allí, pues corría peligro su vida.

—No —se negó—. La señora Jezabel podría encontrarlas.

Y continuó adelante, jadeando como un perro enfermo. Pronto vi en su rostro las señales de la muerte.

—Amo —le dije—, está usted muy pálido.

Y están sus ojos, por el contrario, tan rojos como los rubíes que buscamos.

—¡Bruja! —me increpó—. Ten cuidado con lo que dices. Si me enojas, te acordarás de que eres esclava.

Un poco más tarde vi que se arrastraba un gusano y dije a mi amo que su picadura era mortal. Luego vimos una gran serpiente.

—¡La serpiente de ataúd! —grité—. Esa también produce la muerte.

Pero no se le podía disuadir.

—Soy un viajero curtido —me recordó—. Cierto que este manglar es muy malo. Pero pronto saldremos de él.

—¡Cómo! —dije yo, sonriendo.

Rompió a reír. El paso se ensanchaba y se hacía más alto.

—¿No te lo decía? —me hizo ver—. Ya hemos pasado lo peor.

Llegamos al canalizo. El tronco de un árbol caído servía de puente. De la inmundicia laguna, pútrida y malsana, salían las cabezas de los caimanes. Sus orillas eran un hervidero de cangrejos escarlata.

—Si nos caemos desde ese frágil puente, nos devorarán los caimanes. Y si queremos dar un rodeo por la orilla nos encontraremos con esas miríadas de cangrejos. Al tenernos ahí, sin ayuda ni defensa, todos nos atacarían. ¿Qué podríamos hacer para defendernos de tanto animal? Pereceríamos vivos en sus garras.

—¿Estás loca, muchacha? Cállate y sigue andando.

Otra vez miré de soslayo; pero él me dio con su bastón un fuerte golpe, obligándome a caminar.

—¡Adelante! —dijo—. ¿Voy a estar todo el día perseguido por el temor a la muerte? ¡Maldita esclava!

Recibí el golpe sonriendo, pero se me agolpó la sangre en el corazón. Algo cayó en aquel momento a las aguas del lago, y me dije a mí misma que lo que había caído no era una alimaña, sino mi compasión.

Al otro lado de la laguna no parecía tan silvestre el bosque ni las plantas trepadoras tan espesas. De cuando en cuando había algún pequeño trecho iluminado por el sol. En el borde de un claro se distinguía perfectamente el ciprés de la izquierda. Dejé las herramientas y la cesta a los pies del ciprés, donde las invadió en seguida un ejército de hormigas. Miré, una vez más, el rostro de mi víctima. Los mosquitos y las moscas formaban tal nube alrededor de nosotros, que apenas podíamos distinguir nuestros rasgos. El zumbido de su vuelo casi nos ensordecía.

—Este es el sitio —señalé—. Yo no puedo cavar, pues no me enseñaron a ello. Pero por su bien le suplico que se dé prisa.

Mi amo se había dejado caer en tierra. Su rostro mostraba el mismo color rojo oscuro que tenía el de mi padre cuando se sintió indispuerto.

—Estoy enfermo —me dijo—. Todo el manglar gira alrededor mío. Y el zumbido de estas moscas me aturde. ¿No tienes vino?

Le ofrecí un vaso, y bebió ansiosamente.

—No podrá usted resistir esto —dije—. El manglar es muy pestilente.

—Trae el pico —pidió—. ¿Dónde están sepultadas las joyas?

Le indiqué vagamente el lugar. Mi amo empezó entonces a cavar con la impetuosidad de un hombre joven y sano. Al principio sudó a chorros, y en el sudor que bañaba su rostro se posaron miríadas de insectos.

—Está sudando, amo —dije—. ¿No ve usted que por cada poro penetra la fiebre?

—¿Qué quieres decirme? —vociferó con el pico clavado en tierra—. ¿Quieres atontarme más de lo que estoy? ¿Piensas que no comprendo el peligro en que me encuentro?

—Por eso le aviso —aclaré—. Sólo deseo que se acelere usted.

Y acordándome de mi difunto padre, empecé a apremiar: “De prisa, de prisa, de prisa”.

De pronto, con gran sorpresa mía, el cavador se puso a repetir: “De prisa, de prisa, de prisa; el manglar es muy pestilente. No hay tiempo que perder; de prisa, de prisa, de prisa...”.

Decía esto de manera mecánica, como si desvariara. El sudor había desaparecido de su rostro, que estaba seco y de color rojizo. De repente levantó el saco de joyas; pero no se dio la menor cuenta de ello, y siguió cavando.

—Amo, aquí está el tesoro —le dije.

Pareció como si se despertara de un sueño.

—¿Dónde? —inquirió—. ¿Es posible? Debo de estar loco. Muchacha, aquí hay algo que no marcha bien. ¿Es que este maldito manglar está embrujado?

—Éste manglar es un sepulcro —dije—. No saldrá usted de él vivo. En cuanto a mí, mi vida se halla en manos de Dios.

Cayó en tierra como herido por un rayo, ignoro si bajo el efecto de mis palabras o de la enfermedad. Luego alzó un poco la cabeza.

—Me has traído a morir aquí —concluyó—, arriesgando tu propia vida. ¿Por qué?

—Para salvar mi honor —alegué—. Pero no dirá usted que no le avisé pronto. Lo que le impulsó a seguir ha sido la codicia.

Mi amo sacó entonces su revólver y me lo mostró.

—Ya ves que podría matarte —repuso—. Pero si, como dices, me estoy muriendo, nada podría ya salvarme. Y como mi cuenta es ya bastante larga... Hija mía —añadió con expresión lastimosa—, si es verdad que en el otro mundo hay un juicio, repito que mi cuenta es ya bastante larga...

Rompí a llorar y me arrojé a sus plantas, besándole las manos y pidiéndole perdón. Luego puse el revólver en sus manos, pidiéndole que se vengara. Pero él estaba determinado a no causarme remordimientos.

—No tengo nada que perdonar —dijo—. ¿Qué representa un viejo? Y yo que creí que me habías tomado cariño...

Le entró un mareo, se abrazó a mí como un niño e invocó el nombre de una mujer. Luego recobró todos sus sentidos.

—Voy a hacer testamento. Saca mi cartera.

En una hoja de papel escribió apresuradamente algo con lápiz, y acabó encargándose:

—Que no lo sepa mi hijo. Que no sepa mi hijo Felipe lo que has hecho conmigo, pues querría vengarse de ti.

Luego, de repente, exclamó:

—¡Dios mío! Estoy ciego.

Y puso ambas manos sobre sus ojos.

—¡No dejes que me coman los cangrejos! —imploró desesperadamente.

Le juré que no me apartaría de él mientras conservara un átomo de vida. Me senté a su lado y le velé, como había hecho con mi padre. Por la tarde empeoró. Yo trabé una verdadera batalla con las nubes de mosquitos y con los ejércitos de hormigas que le acometían. Vino la noche. Aumentó el zumbido de los insectos, y todavía no estaba segura de que hubiera muerto. Pero su mano, que retenía entre las mías, se le fue enfriando paulatinamente. Había llegado el momento de mi libertad.

Tomé su cartera y su revólver, y dispuesta a morir si me capturaban, me dirigí hacia el Norte cargada con los comestibles y las joyas. Pululaban por el manglar alimañas e insectos. Yo caminaba a través de las tinieblas. Bajo mis pies se hundía el

húmedo suelo. El tacto del follaje era el único guía con que contaba, y su contacto me estremecía como el contacto de las serpientes. La oscuridad parecía dificultarme la respiración. Nunca me he asustado tanto como durante aquella caminata nocturna. Por fin, con inmenso alborozo, observé que el camino se hacía más firme y ascendía en cuesta, y que a lo lejos aparecía una cinta de plata: era la luz de la luna.

Percibí el aroma de las plantas de las montañas, el claro silencio de los altos bosques, el piso de roca. Mi sangre de negros me salvaba, a pesar de haber atravesado aquel pantano tenebroso. Ya sólo quedaba ante mí la parte más fácil de la empresa: cruzar la isla, llegar al yate y convencer a su dueño de que debía dejarme en lugar seguro. De improviso, bajo las estrellas, llegó a mis oídos un conjunto de voces que cantaba a coro.

Yo no sabía dónde me encontraba: pero dirigí mis pasos hacia donde se oía el ruido. Tras de un cuarto de hora de camino, llegué a un claro, iluminado por una hoguera se alzaba una casita coronada por una cruz; era una antigua capilla abandonada que se utilizaba ahora para el culto de Hudú. En la puerta había gran cantidad de gallos, conejos, perros y otros animales, atados juntos. La capilla y la hoguera se hallaban rodeadas de negros arrodillados. Unas veces levantaban al cielo las manos suplicantes y otras las bajaban hasta tocar el suelo. Las cabezas seguían el movimiento de las manos, y también subían y bajaban. Sentí miedo, pues sabía que mi vida corría peligro por haber descubierto una función religiosa del rito Hudú.

De pronto, se abrió la puerta de la capilla y apareció un negro alto y corpulento, completamente desnudo. Tras él salió la señora de Mendizábal, también completamente desnuda, llevando en sus manos una cesta de mimbres llena de serpientes. El fervor de la muchedumbre aumentó a su vista, y el canto creció en intensidad de tono y expresión. A una señal del negro cesó el canto y dio comienzo la segunda parte de la función. Los asistentes se precintaron entonces, uno a uno, hasta cerca de la hoguera, donde se volvían a postrar, haciendo las más terribles peticiones: pedían muerte, enfermedades para sus amigos. Y hubo uno que pidió toda una serie de males para mí. Yo estoy segura de no haberle hecho nunca daño alguno. A cada petición, el negro alto echaba mano de uno de los animales y lo degollaba. Luego llegó el turno de officiar a la sacerdotisa, la cual, postrándose entre las serpientes, invocó:

—¡Oh, poder, cuyo nombre no pronunciamos! ¡Poder más fuerte que el bien, mayor que el mal! Toda mi vida he procurado adorarte y servirte. He derramado sangre en tus altares. He enronquecido alabándote. ¿Quién ha degollado al hijo de sus entrañas? ¡Yo, Metambogú! Me nombro y rasgo el velo. Sírreme o mátame. Óyeme, espíritu del pantano; veneno de las serpientes, óyeme o mátame. ¡Dame la sangre de mi marido blanco, Hudú, dame su sangre! Además, ¡oh, dominador de los vientres y origen de la corrupción!, me vuelvo vieja y odiosa, me persiguen. Haz que me rejuvenezca, haz que tu sacerdotisa sea de nuevo una doncella capaz de encender el deseo de los hombres. ¡Oh, señor, te pido esta maravilla porque he preparado para ti

el sacrificio máximo, el cabrito sin cuernos!

Y mientras la sacerdotisa pronunciaba estas palabras, la multitud lanzaba un murmullo de alegría, griterío que llegó a ser espantoso cuando el negro alto, que había entrado en la capilla, reapareció llevando en sus brazos el cuerpo de Cora, la esclava. Cuando salí de mi estupor observé que Cora yacía en la escalinata, junto a las serpientes, y que el negro había ya levantado el cuchillo para degollarla. No pude contenerme y lancé un grito, pidiéndoles que se detuvieran en nombre de Dios.

Los caníbales quedaron aterrados. Luego, pensé que estaba perdida. Pero el cielo fue propicio. En aquel momento estalló una tormenta y retumbó un trueno horroroso. Al oír el estampido, perdí el conocimiento.

Cuando volví de mi desmayo, era ya de día. Yo no había sufrido daño alguno, y los árboles que me cobijaban tampoco; pero a poca distancia, en línea recta, se veían los efectos de un tornado.

Por donde el tomado pasaba no dejaba nada en pie. Pero detrás de mí mecían los árboles sus ramas intactas. Por el contrario, en la faja afectada por el tornado, árboles, hombres, animales, la maldita capilla, los fieles de Hudú, todo había sido arrasado por los poderes del aire.

Era imposible caminar por las sendas que el tornado hollara. Las ruinas de la vegetación amontonadas allí alcanzaban ya gran altura. Pero me armé de valor y las crucé, aunque con muchas caídas y dificultades. Cuando al fin llegué al otro lado, me sentí desfallecida. Tomé asiento para reparar mis fuerzas, dando gracias a la Providencia, que me había conducido a un paraje descrito por mi padre, desde el cual era fácil y seguro llegar hasta donde se hallaba el yate. ¡Con qué alegría y resolución atravesé aquellas tierras altas de la isla!

Aún no era mediodía cuando llegué a la cima de una eminencia desde la cual dominaba el mar. A lo largo de toda la costa, la espuma levantada por el tomado de la noche pasada formaba un cinturón níveo. A mis plantas había un puerto. En él se balanceaba un barco que causó, ciertamente, mi admiración. De su palo mayor flotaba al aire la bandera inglesa. Aquél era mi asilo. Tenía que llegar a bordo.

Media hora después atravesaba los bosques. Un promontorio me ocultaba el yate. Yo tenía que andar todavía bastante trecho por lo que diríase soledad virgen. Mi vista descubrió un bote mecido en una especie de puertecillo natural. Miré en torno mío para averiguar quiénes habían venido en él, y descubrí, a la entrada de un bosquecillo, a varios marineros sentados alrededor de una hoguera. Me acerqué a ellos. La mayoría eran negros, pero había algunos blancos. Toqué en el hombro al que tenía gorra galonada y botones brillantes en el traje, por lo cual supuse que era el oficial. Se levantó en seguida. Los demás volvieron la cabeza hacia mí.

—¿Qué quiere usted? —se informó el oficial.

—Ir a bordo del yate —respondí.

Creo que, al oírme, se desconcertaron. Yo estaba determinada a ocultar mi nombre hasta que hablara con sir Jorge, y el primer nombre que se me vino a los

labios fue el de la señora de Mendizábal. En efecto resultó instantáneo. Los negros me miraron con veneración, y los blancos con sorpresa.

Y agregué:

—Y si no, llamadme Metambogú.

Nunca vi nada tan maravilloso. Los negros se adelantaron uno a uno, y me besaron los pies y las desgarradas ropas. El oficial blanco les preguntó si se habían vuelto locos; pero los negros le cogieron por los hombros y le llevaron al interior del bosque, donde, poniéndole en medio de un corro, le explicaron algo empleando la más mímica de las pantomimas. El oficial parecía resistirse haciendo gestos de incredulidad; pero acabó convenciéndose o poco menos. Se me acercó y dijo:

—El bote está a su disposición.

Mi recepción a bordo del “Nemorosa” —así se llamaba el yate—, tuvo el mismo carácter. Cuando los negros que estaban en él me vieron llegar, empezaron a levantar las manos al cielo con aspavientos de alegría.

Al pie de la escala me recibió un oficial de buen aspecto, a quien manifesté mi deseo de ver a sir Jorge.

—No está —me contestó.

—Ya lo sé —dijo el oficial que me había acompañado en el bote—. Pero ¿qué iba a hacer? Mire usted a los negros.

Yo seguí asimismo su indicación, y mi vista se posó en aquellos ignorantes africanos que me adoraban como a una diosa. El oficial del barco al punto fue del parecer del subalterno, pues, con mucha amabilidad, me advirtió:

—Señora, sir Jorge está en la isla. Con permiso de su señoría, nos fiaremos inmediatamente a la mar. Camarero, conduce a lady Greville al camarote.

Maravillada ante aquel nuevo nombre, fui llevada a un amplio y airado camarote adornado con tapices y divanes. Hice una señal al camarero para que me dejase sola y me recostase sobre unos mullidos almohadones. Pronto conocí que el buque navegaba. Rendida, me dormí profundamente.

Desperté a la mañana siguiente. El mundo se columpiaba en torno mío. Pero el saquito de piedras preciosas continuaba al alcance de mi vista. Por cierto que, debido a las oscilaciones del barco, las piedras chocaban contra sí, produciendo un argentino ruido. Pasé un buen rato hasta acordarme de los acontecimientos que me habían conducido allí.

Coloqué el saquito de joyas, maravillada de que hubieran sido respetadas, en mi pecho, y viendo una campanilla de plata al alcance de la mano, la agité. En seguida se presentó un "camarero, quien me preguntó respetuosamente qué deseaba. Le pedí comida, y al instante empezó el camarero a preparar una mesita, sin dejar, de mirarme.

—¿Siempre llevan los yates una tripulación tan numerosa como la que hay aquí? —le interrogué.

—Señora —me replicó—, no sé quién es usted ni qué la induce a tomar un

nombre que no es el suyo. Cuando lleguemos a la isla...

En aquel momento entró el primer oficial. El camarero, al darse cuenta de ello, se puso repentinamente muy pálido.

—¡Parker! —llamó el oficial, mostrándole la puerta.

—Sí, señor Kentish —respondió el camarero.

Y pálido como un muerto, salió del camarote.

El oficial me invitó a sentarme, me sirvió comida y se puso a comer a mi lado.

—Voy a llenar el vaso de su señoría —me dijo, llenando mi vaso de cristalino ron.

—Caballero —opuse—. ¿Cree usted que voy a beber eso?

El oficial se echó a reír alegremente.

—¡Qué cambiada está su señoría! —observó.

Acudió un marinero blanco, nos saludó a los dos y dijo al oficial que un vapor estaba a punto de pasar junto a nosotros, y que el señor Harland dudaba qué bandera izar.

—¿Tan cerca de la isla encontramos un vapor?

—Eso ha dicho el señor Harland —confirmó el marinero.

—Bueno —repuso el señor Kentish—. Si navega bien, poned bandera yanqui. Pero si va averiado, izad la bandera holandesa. Los holandeses son muy descortes, y así no extrañen que no acudamos en su auxilio.

—Señor Kentish —dije yo en cuanto el marinero hubo desaparecido—, ¿se avergüenza usted de su verdadera bandera?

—¿Se refiere su señoría a la bandera pirata? —concretó con gravedad.

Luego se echó a reír.

—Dispénsame —dijo—. Pero, por vez primera, he reconocido en su pregunta la afectuosidad de su señoría.

Quise que me explicara esto, mas no lo conseguí.

Durante nuestra conversación el yate había aminorado la marcha. Noté luego que echaba el ancla. Kentish me ofreció el brazo y me condujo a cubierta. Habíamos anclado entre unos islotes llenos de aves marinas. Cerca del barco había una pequeña isla con vegetación y donde se veían algunas chozas. Un barco más pequeño permanecía anclado no lejos del nuestro.

Lanzaron un bote al agua, y el señor Kentish me invitó a tomar asiento allí. Los remeros nos condujeron rápidamente hacia el brazo de mar que llevaba a la isla habitada. Una multitud de negros armados, entre los cuales se veían algunos blancos, nos recibió. Y corrió de nuevo la palabra mágica entre los negros, a quienes vi hacer las mismas demostraciones de los de antes. Cuando me encontré entre aquellos hombres y en aquel paraje aislado, empezó mi valor a flaquear. Me agarré del brazo del señor Kentish y le pregunté qué significaba todo aquello.

—Nada; ya la sabe usted —contestó conduciéndome entre la multitud.

Llegamos a una casita aislada, con jardincito, y abriendo su puerta, me invitó a

entrar.

—¿Qué es esto? —le pregunté—. Yo quiero ver a sir Jorge.

—Señora —manifestó el señor Kentish, poniéndose repentinamente grave—, hablemos claro. No sé quién es usted; pero sí sé que no es la persona cuyo nombre ha usurpado. Pues bien: sea usted quien sea, espíritu, demonio o fantasma, si no entra desde luego en esta casa, la mato.

Y mientras decía esto miraba con aire intranquilo a los negros, que nos seguían.

No aguardé a que me amenazara de nuevo, y entré en la casita. La puerta quedó cerrada con llave. No había muebles. Toda la casa estaba llena de cañas de azúcar, barricas de alquitrán, cuerdas embreadas y otros objetos inflamables. Las ventanas tenían gruesos barrotes de hierro.

Sentía yo tanto miedo que hubiera dado años de mi vida por volver a ser la esclava del señor Caulder. De repente, a través de una de las enrejadas ventanas, vi el rostro de un negro que me hacía una imperiosa seña para que me acercase. Obedecí. El negro me saltó entonces un largo parlamento en una lengua que no entendí.

—No te he entendido ni palabra —declaré.

—¿No? —dijo en español—. ¡Qué grande es el poder de Hudú! Ha cambiado hasta tu inteligencia. Querida sacerdotisa, ¿por qué has consentido que te encierren en esa jaula? Tus esclavos te hubieran defendido. ¿No ves que piensan asesinarte? Esta casa se inflamará toda con una sola chispa. ¿Y quién será entonces nuestra sacerdotisa?

—¿No puedo ver a sir Jorge? —grité. Tengo que hablar con él.

—¡El señor! —exclamó el negro—. Ahí viene precisamente.

Y se apartó de la ventana.

—En mi vida he oído tantas tonterías —aseveró una voz.

—Eso decimos todos, sir Jorge. Pero póngase usted en nuestro lugar. Los negros se hallaban en proporción de dos a uno. Y como se les ha metido en la cabeza que es su sacerdotisa...

—Sois unos imbéciles. Puedes estar seguro, Kentish, de que tanto tú como Harland y Parker seréis ahorcados por esto.

Giró la llave en la cerradura y penetró en mi encierro un caballero como de cuarenta a cincuenta años. Tenía el rostro franco y un aspecto distinguido.

—Querida señorita —me dijo—. ¿Quién, diantre es usted?

Le referí toda mi historia. Al principio me oyó muy asombrado; pero cuando le dije que la señora de Mendizábal había muerto a consecuencia del tomado, se mostró muy alegre.

—Hija mía —arguyó abrazándome—, dispensa que te abrace, pero podría ser tu padre. Esta noticia me ha producido mucho júbilo. Esa mulata era nada menos que mi esposa. Querida —continuó—, estoy tentado hasta de creer en la Providencia. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Sir Jorge —le previne—, soy rica. Pero necesito su protección.

—Entendido —adivinó, muy contento— y te prometo que no me casaré nunca.

—Yo no me hubiera atrevido a proponerle tal cosa —dije, echándome a reír; luego con gesto serio, añadí—: Lo que deseo es que me lleve usted a Inglaterra.

—Bien —concedió alegremente—, algo te debo por la noticia tan buena que me han traído. Además, tu padre me fue útil muchas veces. He adquirido bastante fortuna. Poseo una mina de piedras preciosas, una agencia naval, etc. Pienso retirarme a mi país, el condado de Devon, para vivir en paz los años que me restan de vida. Así no volveré a casarme. Bueno, si me juras no decir nunca nada a nadie de esta isla, de estos episodios y de mi infortunado matrimonio, te llevaré en el “Nemorosa”.

Me mostré conforme con sus condiciones.

—Entonces —añadió sir Jorge—. Mi difunta esposa era para estos negros algo así como una bruja. Y todos están convencidos de que ha vuelto a la vida encamando en tu agradable persona. ¿Quieres hacer el favor de asegurarles en nombre de Hudú, o como se llame, que yo soy también algo sagrado?

—Sí, lo haré. Se lo juro a usted por la memoria de mi padre.

—No te esfuerces en jurar. Tengo una prenda de ti que es mejor que cualquier juramento: me refiero a las piedras preciosas que obran en tu poder.

Ante aquella verdad me quedé muda. Tenía razón; llevaba unas piedras preciosas que no eran mías. En el acto pensé restituirlas, aun a costa de mi libertad. Abrí el saquito, y al hacerlo, apareció la hoja de papel que me había entregado el señor Caulder. Era su testamento. Entregué este papel a sir Jorge y él se echó a reír. Allí se me hacía donación del saquito de piedras preciosas, además de manumitirme de mi condición de esclava.

Mi relato toca a su fin. Sir Jorge y yo, que representaba a su rejuvenecida esposa, aparecimos del brazo ante los negros, que nos aclamaban, y nos dirigimos al embarcadero. Antes de embarcarse, sir Jorge se despidió de sus antiguos compañeros con un discurso del cual recuerdo algunos fragmentos.

—Si alguno de vosotros pierde el dinero, no busque el perdón, pues le denunciaría. Las amenazas y las estafas no sirven conmigo; prefiero jugármelo todo a una carta que ir perdiendo por grados.

Aquella misma noche nos hicimos a la mar, llegando al puerto de Nueva Orleans. Desde allí remití la cartera del señor Caulder, que había quedado en mi poder, a su hijo Felipe. En una semana se pagó a la gente, nos hicimos con nuevos tripulantes y emprendimos rumbo a Inglaterra.

Tuvimos una travesía feliz. Sir Jorge que no era un hombre muy escrupuloso en sus negocios, poseía muy buen humor y mucha franqueza. Resultaba interesante oír sus proyectos para el futuro. En una palabra, éramos buenos amigos y vivíamos como padre e hija, aunque yo, naturalmente, no podía respetarle como a una persona intachable.

Faltaban aún algunos días para llegar a Inglaterra cuando sir Jorge recibió un

montón de periódicos procedentes de Inglaterra. Los estaba leyendo, haciendo sabrosos comentarios sobre lo que decían, cuando se puso serio de súbito.

—¡Demonio! —exclamó—. Escucha esto, señorita Valdivia. No quisiste hacerme caso y enviaste aquella maldita cartera al hijo de Caulder...

—Era mi deber, sir Jorge —aduje.

—Pues bien te paga. Lo siento mucho; pero no voy a poder hacer nada por ti. El hijo de Caulder reclama tu extradición.

—Una esclava está segura en Inglaterra —argumenté.

—Sí; pero él no reclama una esclava, sino una ladrona. Ha destruido tranquilamente el testamento que le mandaste y ahora te acusa de haber robado a su padre joyas por valor de cien mil francos.

Aquel golpe del destino me abatió tanto, que sir Jorge se apresuró a tranquilizarme.

—No te apures —dijo—. Tengo buen corazón, y haré lo que pueda por ayudarte. Te prestaré algún dinero contante y sonante, te desembarcaré en secreto y te daré la dirección de un buen abogado de Londres que pueda sacarte del atolladero.

Así lo hizo. Cuatro días después, el “Nemorosa” atracó en cierto desembarcadero solitario de la costa inglesa, y un bote me dejó en la playa cerca de una estación ferroviaria. Guiada por las indicaciones de sir Jorge, llegué hasta la estación, donde, envuelta en un gran abrigo, aguardé la llegada del día; cuando salió la aurora se plantó delante de mí un mozo de la estación.

—¿Quién es usted? —me interrogó.

—Una viajera —respondí.

—¿Y de dónde viene?

—Voy a Londres en el primer tren —respondí.

Así desembarcó Teresa, cargada con su saquito de joyas, en las costas de Inglaterra. Sin nombre y sin historia, ocupó su puesto entre los millones de habitantes de su nuevo país.

Desde entonces he encomendado mi asunto en manos de un letrado y he vivido en casas tranquilas. Sé que los espías de Cuba me persiguen, e ignoro cuándo perderé mi libertad y mi honra.

LA CAJA NEGRA (Conclusión)

Mucho efecto produjo el relato en Enrique Desborough. La bella cubana, que antes ya le había parecido la más hermosa de las mujeres, le pareció desde entonces la más desgraciada de todas. Era una historia romántica. No encontró palabras para expresar sus sentimientos. ¡Cuánta piedad y admiración sentía!

—¡Oh, señorita! —empezó a decir—. Cuente usted conmigo para todo.

Al salir de la casa de la cubana encontró lo demás tétrico y triste. Al despedirse, ella le había sonreído. ¡Qué sonrisa tan dulce y tan expresiva! No podía apartar su recuerdo de su corazón. Entró en el restaurante, y la música que tocaban los músicos que lo amenizaban se le antojó algo seráfico: su melodía glosaba la sonrisa de la cubana.

Al día siguiente continuó pensando intensamente en ella. Cuando oía sus pisadas, se quedaba en éxtasis. Todos los libros que leía hablaban de Cuba, y aun llegó a encontrar uno que describía aquel gran huracán o tornado de que ella le hablara. Empezaba a pasar por la fase del amor más simpática en los jóvenes, o sea la fase en que empiezan a preguntarse quienes son ellos para merecer el amor de su amada. ¿Qué haría para hacerse más digno de que le amase? ¿Por medio de qué actos llamaría la atención de aquellos ojos?

Meditando en todo esto, empezó a pasear por la plaza donde se hallaba enclavada su casa. Había contraído algunas amistades entre sus vecinos, y estaba en buenas relaciones con los gatos domésticos y con los niños que frecuentaban el lugar. Seguía empeñado en que era muy poco para merecer el amor de su adorada. Sus ocupaciones fluctuaban entre dirigir la palabra al hermanito de un enfermo o acordarse de la que consideraba la reina de las mujeres y el sol de su vida.

Había observado que Teresa tenía la costumbre de salir por las tardes. Quizá corriera peligro de encontrarse con un espía cubano. En tal caso podría serle útil la presencia de un amigo. Sí, la seguiría en cuanto la viera. Por ofrecerle su compañía podría parecer una intrusión. Seguirle a las claras era una intrusión asimismo. No le quedaba otro remedio que seguirla a escondidas. Esto le repugnaba; mas, a pesar de todo, resolvió llevarlo a cabo con pericia policíaca.

Al día siguiente puso en ejecución su plan. Pero en la esquina de Rotterham Road, se volvió la señorita de repente, dándose de manos a boca con su enamorado.

—¡Qué afortunada soy, señor! —le dijo—. Estaba buscando a alguien que me hiciera un recado.

Y, con las más amable de las sonrisas, le envió hasta el otro extremo de Londres a unas señas que no pudo él hallar. Aquello resultó un poco amargo para el caballero andante. Cuando, se presentó por la noche a la joven para decirle que había estado haciendo averiguaciones y no había podido hallar la persona buscada. Teresa se echó a reír, declarando que había cambiado de parecer y era una suerte que el recado no hubiera surtido su efecto.

Al día siguiente volvió a esperar a la joven en la calle. Estaba decidido a protegerla aun a riesgo de su vida. Pero le aguardaba una tremenda decepción. En la silenciosa y estrecha calle Hanway, se volvió Teresa súbitamente hacia su perseguidor y le dijo, airada:

—¿Se sigue usted, señor? ¿Son estos los modales de un caballero inglés?

Enrique, confuso y avergonzado, prometió no ofenderla más, apartándose de ella muy abatido. No podía seguir persiguiéndola. Empezó de nuevo a vagar por la terraza o por la plaza, lleno de amor y remordimiento, admirable y atontado al mismo tiempo, mientras era objeto, como todos los jóvenes enamorados, de la envidia y el desprecio de quienes tienen más edad y menos ilusiones. Según espiaba una sonrisa de la amada, se fijaba en las personas que la trataban. En realidad no recibía muchas visitas. Puede decirse que sólo la visitaba un señor. Era un caballero alto, con barba puntiaguda. A Enrique se le hizo antipático desde el primer momento. Y cuando, armado de valor, se atrevió a preguntar a su amada, la respuesta de ella le abatió más todavía.

—Ese caballero —explicó Teresa, sonriendo—, me pretende en matrimonio, y no quiero ocultarle a usted que me apremia con el más respetuoso ardor. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo va la abandonada Teresa a rechazar una proposición?

Enrique no se atrevió a decir palabra; pero atravesaron su corazón unos celos horribles. Ni siquiera pudo despedirse cortésmente de ella. En la soledad de su aposento se entregó a la desesperación. Adoraba a la joven. Y lo que le llegaba al alma no era que se casara con otro, sino que ese otro no la mereciera. Si el hombre que se la llevara estuviese adornado de notorias cualidades la cosa se le habría hecho más llevadera. ¡Pero aquel tipo de la barba! No parecía un caballero. Tenía aspecto patibulario. Llevaba las uñas enlutadas. Sus ojos eludían la mirada de la gente. De seguro era un pretexto su amor, siendo, en realidad, un enviado de Cuba. Enrique se juró salir de dudas, y a la noche siguiente, a la hora de la habitual visita de aquel hombre, se apostó en un sitio desde donde podía ver sin ser visto.

Ante la puerta de la casa de Teresa se detuvo un coche y de él saltó el hombre en cuestión. Traía una caja negra debajo del brazo. Media hora después volvió a salir sin la caja, y a pie, se retiró hacia el Este. Desborough no dudó ni un momento y se dispuso a seguirle. El hombre empezó a callejear, deteniéndose en los escaparates de los estancos y las fruterías. De pronto, como si hubiera tomado una resolución súbita, se dirigió hacia la posada de Lincoln. Pero, al llegar a una calleja lateral, dio media vuelta y se encaró con Enrique, preguntándole con alguna aspereza si no había tenido el gusto de verle antes de entonces.

—Por supuesto —confirmó Enrique—. Y no, negaré que voy siguiéndole. De sobra sabe usted por qué.

El hombre de la barba pareció sentir un gran pánico ante aquellas palabras. Dio media vuelta y echó a correr como alma que lleva el diablo.

Enrique se quedó tan sorprendido, que no quiso perseguirle. Cuando volvió de su

sorpresa, el hombre había tomado ya un coche» que desaparecía entre el inmenso tráfico de Holbom Street.

Intrigado y desanimado por aquella conducta extraña, Desborough volvió sobre sus pasos. Cuando llegó a la plaza donde vivía se aventuró por vez primera a llamar a la puerta de la hermosa cubana. La joven, desde dentro, le indicó que empujara la puerta y entrara. Se hallaba arrodillada junto a la caja negra.

—Señorita —advirtió Enrique—. Dudo mucho que el carácter de ese hombre sea el que pretende hacerle creer a usted. Cuando le he dicho que le seguía ha puesto pies en polvorosa.

—¡Oh, Don Quijote, Don Quijote! —exclamó Teresa—. ¿De nuevo ha arremetido usted contra los molinos de viento?

Se echó a reír, añadiendo:

—¡Cómo debe de haberle asustado usted! Sabe que aquí hay autoridades cubanas, y que la pobre Teresa puede ser cazada de un momento a otro. Y como es un pobre mandadero de mi abogado, puede ser sorprendido también por los espías.

—¡Un pobre mandadero! —repitió Enrique—. ¡Pero si usted misma me dijo que se quería casar con usted!

—Creí que a los ingleses les gustaban las bromas —afirmó tranquilamente la joven—. En realidad, es el secretario de mi abogado, y me ha traído noticias desastrosas. Me encuentro en un gran apuro, Enrique. ¿Quiere usted ayudarme?

Al oír aquella palabra tan esperada, el corazón del joven latió de alegría. Esperanzado con el servicio que podría prestar a su dama, se olvidó de la broma.

—¿Y lo pregunta usted? Dígame qué he de hacer.

Dando muestras de una emoción que no era fingida, la bella cubana puso su mano sobre la caja negra.

—Esta caja contiene mis joyas, mis documentos, todo, en fin, lo que me une con Cuba, con mi doloroso pasado. Pues bien: la caja ha de esconderse fuera de Inglaterra, en opinión de mi abogado, o de lo contrario, estoy perdida. Un marinero de un paquebote irlandés la espera mañana. La cuestión sin solucionar aún es quien llevará la caja hasta Holyhead, que es donde está el paquebote. ¿Quiere usted ejecutarlo? ¿Saldrá mañana en el primer tren? ¿Hará esto para salvar a su amiga?

—No comprendo bien... —empezó a balbucear el joven.

—Tampoco yo comprendo bien —continuó Teresa—, pero conviene obedecer las órdenes de mi abogado.

—Señorita —repuso gravemente Enrique—, entiendo que lo que me pide es muy poco. Yo quisiera hacer más por usted. Pero permítame que le diga una cosa. Si sus documentos no están seguros en Londres, tampoco lo estará su persona. Creo comprender el plan de su abogado. Cuando yo vuelva, me encontraré con que ha huido usted. Bien; pongamos todo en claro. La amo a usted y no puedo resistir la idea de no tener noticias suyas. No deseo sino servirla; pero le suplico que si se marcha me escriba. ¡Prométamelo!

—Se lo prometo —accedió ella tras una pausa.

Y al hacerlo, aparecían en su rostro las emociones de un tremendo conflicto.

—Quiero decirle que en caso de accidente... —siguió Desborough.

—¡Accidentes! —extrañó ella—. ¿Por qué dice usted semejante cosa?

—No sé —murmuró él—. Puede usted marcharse antes de que yo vuelva y no encontramos en mucho tiempo. Sepa que, desde el día en que me lió usted el cigarrillo, su recuerdo no se ha apartado de mi mente, y que si ello le sirve para algo, puede estrujarme como a un papel y echarme al fuego. La amaré hasta la muerte.

—Márchese —pidió la joven—, márchese. Me da vueltas la cabeza. No sé ni de lo que hablamos. Váyase y buenas noches. ¡Ah, vuelva usted sano y salvo!

Ya en su habitación, se apoderó del joven una alegría salvaje al recordar las últimas palabras de la cubana y la súbita palidez de su rostro. Le engañó su corazón, no queriendo pensar sino en que su amada se había conmovido al separarse. Se acostó sumido en estos pensamientos, y durante toda la noche no pudo apartar de sí el recuerdo del rostro de Teresa. Cuando se hizo de día, saltó del lecho, sobresaltado, a toda prisa. Se vistió, se desayunó y fue al piso de Teresa a buscar la caja. Estaba la puerta abierta y reinaba un gran desorden dentro. Los muebles aparecían apartados como para dejar sitio a una persona con precipitación. No obstante, en un lugar visible se encontraba la caja. Sobre ella había un papel que decía: “Enrique: espero volver antes de que usted se marche”.

El joven se sentó a aguardar, poniendo su reloj sobre la mesa. Le había llamado Enrique. Aquello era suficiente para que se creyera en el quinto cielo. Con todo, la vista del desorden de la habitación no le había gustado mucho. La puerta de la alcoba estaba también abierta de par en par, y Enrique pudo darse cuenta de que la cama se hallaba intacta. Se preguntaba lo que significaba aquello, cuando vio que ya había sonado la hora de marchar. Ante todo, era hombre de palabra; así que salió para Sunthampon Road, hizo parar un coche y colocó la caja en el asiento delantero, ordenando al cochero que marchara al trote largo.

Las calles estaban todavía casi desiertas. No había nada que atrajera la vista del joven, por lo cual no pudo menos de fijarla en la caja. En un lado de ésta había una tarjeta que indicaba lo siguiente: “Señorita Doolan, pasajera para Dublín. Cristal. Frágil”. El joven pensó con ternura que el ídolo de su corazón pensaría tal vez tomar el nombre de Doolan. Y mientras examinaban la tarjeta, se dio cuenta de que se apoderaba de él una honra depresión. Fue en vano que intentara distraerse silbando: no podía apartar de su imaginación la idea de que le amenazaba un peligro inminente. Miró hacia afuera. No era probable que nadie le siguiese. De repente se percató de que, además del ruido que producía el coche, se oía otro monorrítmico, algo así como el tic-tac de un reloj. Se le ocurrió aplicar su oído a la caja y notó que el tic-tac procedía de ella. Entonces, de pronto, sin saber por qué, dejó de percibirlo. Se rió de sí mismo y de sus temores, y pensó que el tic-tac no había existido más que en su imaginación. Al llegar a la estación, saltó del coche alegremente; habían desaparecido

todos sus temores.

Teresa le había dicho que el tren salía mucho antes de lo que salía en realidad; por tanto, tuvo que esperar bastante rato en la estación. Entregó la caja a un mozo mientras se paseaba por el andén. Cuando abrieron el quiosco de la estación, se puso a examinar los títulos de las novelas que se vendían allí. Cuando más abstraído estaba, sintió que le tocaban en el brazo. Era una mujer oculta tras un velo. El joven se fijó en ella, reconociendo a la bella cubana.

—¿Dónde está eso? —le preguntó con voz ahogada.

—¿Eso? —repitió él—. ¿Qué?

—La caja. En seguida, tráigala para acá; la colocaremos en un coche. Tengo mucha prisa.

Enrique se apresuró a obedecer, maravillado de tales cambios. No quiso molestar a Teresa con preguntas. Una vez encontrado coche y colocada la caja en el pescante, la joven se apartó un tanto de la estación y le hizo una seña para que la siguiera.

—Ahora —dijo la joven con el acento trémulo de voz que ya antes le había llamado la atención—, debe usted ir solo a Halyhead. Llega a bordo, busca a un hombre con pantalones a cuadros y corbata encarnada y le dice que todo se ha descubierto. Adiós.

—Teresa —instó Enrique—, suba al coche. Yo iré con usted. Parece muy trastornada. Quizá le amenace algún peligro. No habrá nada que me aparte de usted.

—¿No se va? ¡Oh, Enrique, sería mejor!

—No, no me voy.

La joven le miró un momento a través del velo. Luego se apoderó de su mano con un gesto que más parecía de miedo que de ternura. Y ambos se dirigieron hacia el carruaje.

—¿Adónde vamos? —preguntó Enrique.

—A casa —respondió la joven.

Y dirigiéndose al cochero añadió:

—A escape. Pagaremos doble.

En cuanto subieron al coche, salió éste a la carrera.

Teresa se reclinó en un rincón. Durante todo el trayecto pudo el joven darse cuenta de que su compañera estaba llorando. Pero Teresa se negó a dar explicaciones. Cuando llegaron a Queen's Square, el cochero bajó la caja. Pero Enrique, orgulloso de sus fuerzas, se la arrebató, echándosela al hombro para llevarla a la casa.

—¡Que la lleve el cochero! —murmuró la joven.

—De ninguna manera —contestó él.

Subieron. La patrona y la criada habían salido, de modo que en el edificio sólo estaban ellos dos. Ayudado Enrique por Teresa, dejó la caja junto a la mesita de la ventana. Y en el silencio de la habitación los oídos del joven creyeron percibir un débil tictac, el mismo que ya le había extrañado cuando se encontraba dentro del vehículo.

—Bueno —indagó Enrique—, ¿qué ha ocurrido?

—Pero... ¿no se marcha usted? —gritó Teresa con voz temblorosa—. ¡Oh, Enrique, Enrique, váyase y déjeme abandonada a mi destino!

—¿A su destino?

—No haga caso. No sé lo que me digo Pero quiero estar sola. Puede usted volver esta noche, Enrique; vuelva cuando quiera Pero déjeme ahora.

Luego, como atacada por una súbita inspiración, repuso:

—Tengo que enviar un encargo. No puede usted rehusarme este favor. ¿Irá?

—No —negó Enrique—. No tiene usted que enviar ningún encargo. Está inquieta la amenaza algún peligro. Levántese el velo y dígame lo que es.

—Entonces, no me queda ya más que un camino.

Y la joven, levantándose el velo, descubrió un rostro pálido, unos ojos marchitos de tanto llorar, una frente surcada por las arrugas del temor.

—Enrique —dijo—, yo no soy lo que parezco.

—Ya me ha dicho usted eso en varias ocasiones —respondió Enrique.

—¡Oh, Enrique, Enrique, cómo me avergüenza usted! La pura verdad es que soy una joven malvada y peligrosa. Me llamo Clara Luxmore. Nunca estuve en Cuba. Penzance es el sitio más lejano que alcancé a visitar. He estado jugando con usted, Y ahora no me atrevo a decirle lo que soy. Hasta hoy no me he convencido de la magnitud de mi maldad.

El joven la miraba, espantado. Luego sintió una oleada de generosidad.

—Pues mejor —respondió—. Si es cierto lo que dice tendrá usted necesidad de mí.

—¿Es posible que ni mis palabras le alejen de aquí? ¿Nada le apartará de esta casa de muerte?

—¿De muerte? —repitió Enrique como si fuera el eco.

—Sí; de muerte —insistió Teresa—, En esa caja que usted ha paseado por Londres duerme la energía de la dinamita, graduada por un aparato de relojería.

—¡Santo Dios! —gritó Enrique.

—¡Ah! ¿Huirá usted ahora? De un momento a otro oirá el clic del resorte. Y, a continuación, se derrumbará esta casa. Ésta mañana, antes de amanecer, fui a ver a Cero, y me ha confirmado mis temores. A la sazón, me di cuenta de que le amaba a usted, Enrique. ¿Huirá ahora? ¿No me perdonará este involuntario crimen?

Enrique, con la mirada fija en la caja, permanecía mudo. Por fin concretó:

—¿De modo que esa caja contiene una máquina infernal?

Los labios de la joven dijeron que sí sin que se oyera la voz. Enrique, entonces, lleno de tremenda curiosidad, se acercó al artefacto y se inclinó sobre él. El tic-tac se oía perfectamente, y se sobresaltó su corazón.

—Para ¿cuándo está puesto? —inquirió.

—¿Qué importa? —replicó la joven, asiéndole por un brazo—. Si puede usted salvarse aún, ¿por qué se entretiene con preguntas?

—¡Dios mío! —exclamó Enrique—. ¿Y el Hospital de Niños? Cueste lo que cueste, se ha de parar esta máquina.

—Imposible. Todo poder humano es impotente para pararla. Pero tú, Enrique, amado mío, puedes huir todavía...

En aquel momento se oyó dentro de la caja un golpe seco, un golpe parecido al que produce un reloj de pesas antes de dar la hora. Ambos jóvenes, horrorizados, fijaron sus ojos en el artefacto. Enrique, cubriéndose el rostro con una mano, rodeó con la otra el talle de la joven, y apretándola contra su pecho se arrimó a la pared.

En la habitación resonó un crujido. Se cegaron los ojos de ambos jóvenes ante el inminente horror, y aturcidos, se tiraron al suelo. Sonó luego un silbido estridente y prolongado. A continuación, penetró en sus gargantas un vapor irresistible. La pieza estaba llena de humo denso y picante.

Pero pronto se dispersó este humo. Ambos jóvenes se sentaron en el suelo. El primer objeto que llamó su atención fue la famosa caja. Permanecía en su sitio, intacta. De su cerradura surgían aún espirales de humo.

—¡Pobre Cero! —suspiró la joven, sonriendo—. Cuando se entere, ¡qué disgusto va a llevarse!

LA CASA DE LA PLAZA DORADA (Conclusión.)

Subió Somerset por la escalera, y cuando llegó al salón notó que, contra lo ordinario, la puerta estaba abierta. Se precipitó el joven adentro. Cero, muy abatido, se retrepaba en un sofá. Ante él había un vaso de bebida que no había probado. Aquello era señal de que le embargaba una gran preocupación. Además, la estancia mostraba un gran desorden; habían sido removidas las cajas, el piso estaba lleno de llaves y otras herramientas. En medio de este desorden yacía en el suelo un guante de mujer.

—Vengo decidido a terminar con esto —dijo Somerset—. O abandona usted al punto sus tenebrosas artes, o cueste lo que cueste, le denuncio.

—¡Ah, llega usted demasiado tarde, querido! No tengo ya esperanza. Soy objeto de mofa y escarnio. Mis lecturas no se han nutrido precisamente de novelas —e hizo un gesto de desesperación—. Con todo, recuerdo ahora un pasaje que pinta con exactitud mi situación actual. Soy como un tambor al que se le ha roto el parche.

—¿Qué le ha pasado a usted? —pregunto Somerset.

—Mi última hornada de artefactos ha sido como todas las demás: una burla. En balde me devano los sesos combinando los elementos. En balde ajusto bien los resortes. Todos me desprecian, todos menos usted, mi querido amigo. Pronto no me querrá mirar ninguna persona a la cara. Mis mismos subordinados se han vuelto contra mía. ¡Qué palabras tengo que escuchar! La joven ya se mostró así una vez. Yo se lo habría perdonado, porque aquel día se hallaba muy excitada. Pero ha vuelto, ha vuelto para anunciarme este golpe aplastante. Sí, querido. He tenido que beber un cáliz muy amargo. La mordacidad de las mujeres es tremenda. Bien; denúncieme usted si quiere. Sin embargo, le prevengo que denunciará usted a un muerto. He acabado ya. Es extraño que en esta hora terrible para mí se me ocurran frases de escenario; mas lo cierto es que se me ocurre una frase de Otelo: “Todo ha terminado para mí”. Sí, querido, esto se va. Ya no soy un dinamitero. Pero... ¿cómo voy a conformarme con una vida menos gloriosa?

—No puedo expresarle lo aliviado que me siento —dijo Somerset, acomodándose sobre una caja—. Le tengo a usted cierta simpatía. Además, me repugna todo lo que se parece a un deber. Sus noticias me son muy gratas. Pero ¡caramba! me parece que en esta caja oigo un tic-tac.

—Sí —respondió Cero con negligencia— he puesto varias en marcha.

—¡Cielos! —exclamó Somerset, dando un salto—. ¿Máquinas infernales?

—¡Sí; máquinas infernales! Me avergüenzo de ser su autor. ¡Ay! —suspiró, cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Tener que confesar yo mismo esto!

—¡No sea usted loco! —gritó Somerset sacudiéndole por un brazo—. ¿Qué quiere decir? ¿Que ha puesto esos artefactos en marcha y vamos a hacernos papilla?

—¿Hacemos papilla? ¡Bah, ya tenemos otra frasecita! Pero estoy atontado. En serio, querido amigo. He puesto en marcha varias máquinas. Esa, sobre la que usted se reclina, está a media hora... Aquella otra...

—¿Media hora? —repitió Somerset— ¡Ay, Dios! ¡Dentro de media hora!

—No se excite querido. Mi dinamita no es más peligrosa que la arena. Si yo tuviera un hijo pequeño, se la daría para que jugara con ella. ¿Ve usted este ladrillo? Una cantidad así de dinamita podría ser suficiente para llenar de ruinas toda la plaza. Pues bien; lo estrello contra el suelo.

Somerset, en el paroxismo del terror, dio un salto y se apoderó del ladrillo. Luego, con más cuidado que una madre primeriza transporta a su primer hijo, lo colocó en un extremo del salón. Después se limpió el copioso sudor que inundaba su frente. El conspirador le miraba muy abatido.

—Era completamente inofensivo —repuso. Dicen que arde como el tabaco.

—¡Por vida mía! —renegó Somerset—. ¿Qué le he hecho yo para que me dé esos sustos? Dejemos, al menos, esta casa maldita. No tengo corazón para dejarle abandonado aquí. Después, si es sincera su determinación y escucha usted mis consejos, huya para siempre de esta ciudad, donde ya nada tiene que hacer.

—Precisamente mis propósitos se ajustaban en todo a ese plan. En cuanto haya hecho mi maleta, le suplicaré que participe de mi frugal comida, y luego, si es usted tan amable, me acompañará a la estación. Pero antes querría cerciorarme —añadió mirando las fúnebres cajas—. No puedo acabar de creer que todo mi trabajo haya resultado inútil.

—¡Cinco minutos! —conminó horrorizado, Somerset—. ¡Le doy a usted cinco minutos para que haga la maleta!

—Sólo ocuparme de unas cuantas cosas necesarias, querido Somerset, y ya me tiene usted dispuesto.

Entró en su habitación y tras de breves momentos, que a su compañero le parecieron siglos, volvió a salir con una maleta abierta, en la cual iba metiendo varios efectos. Cogió un ladrillo de dinamita y se dispuso asimismo a guardarlo en la maleta.

—¡Deje eso! —pidió Somerset—. Si es usted sincero no debe llevárselo.

—Es únicamente por curiosidad, querido —alegó Cero con dulzura, guardando el ladrillo—. Un recuerdo del pasado. ¡Pasado feliz, brillante! ¿No quiere usted una copita? ¡No bebe nada! Bien; si no tiene usted curiosidad por esperar el resultado...

—¡Yo! —protestó Somerset—. Estoy como sobre ascuas.

—Bueno; ya me tiene listo. ¡Dejo el escenario de mis esfuerzos sublimes!

Somerset le tomó del brazo y le obligó a bajar la escalera. Cerraron la puerta, que retumbó en la casa vacía, y cruzaron la plaza en dirección a Oxford Street. Aún no habían atravesado la verja del jardín, cuando los detuvo un tremendo estampido sordo, seguido de un estruendo formidable. Somerset volvió la cabeza a tiempo de ver cómo se rajaba la casa, surgían llamas de dentro y se desmoronaba toda ella. La sacudida hizo caer al suelo a Somerset. Cuando se hubo rehecho, su primera mirada fue para Cero, el cual se apoyaba contra la verja, y abrazado a su maleta, repetía con gesto triunfal:

—“Nunc dimittis, nunc dimittis”.

La consternación de la población fue indescriptible. La plaza se llenó de gente. Somerset aprovechó aquella confusión para apartar de allí al conspirador.

—¡Grandioso! —murmuraba éste—. Inefablemente grandioso. ¡Ah, Verde Erín, que día de gloria para ti! ¡Cuán grande ha sido el triunfo de la calumniada dinamita que yo preparaba!

De súbito se ensombreció su rostro. Sacó el reloj y miró la hora.

—¡Dios mío! ¡Esto sí que es mortificarte! Ha estallado diez minutos antes de la hora. El mecanismo del reloj se ha burlado de mí. ¡Todos los éxitos están mezclados con el fracaso! ¡Este día glorioso también ha de tener su nube!

—¡Es usted un asno! —exclamó Somerset ¡Volar la casa de una dama! ¡Destruir todo lo que poseía la única persona lo suficientemente tonta para mirarle la cara!

—Usted no entiende una palabra del asunto —atajó Cero con desprecio—. Esto conmoverá a toda Inglaterra. El truculento Gladstone temblará ante tamaña venganza. Y como mi dinamita ha demostrado ser eficaz...

—¡Diantre! —interrumpió Somerset— Ahora que me acuerdo: tenemos que abandonar ese ladrillo que metió usted en su maleta. Podríamos echarlo al río.

—¡Un torpedo, eso es! —gritó Cero en el colmo de la alegría—. ¡Soberbio, amigo! Es usted un verdadero anarquista.

—En verdad —murmuró Somerset—, no puede hacerse. No tiene usted más remedio que llevárselo consigo. Déjeme que le acompañe hasta el tren.

—No, querido, ya no me voy. Se ha restaurado mi carácter. Preveo las ovaciones que le esperan al autor de la atrocidad de la plaza Dorada.

—Amigo, le doy a escoger. O le veo en el tren, o le veo en la cárcel.

—Somerset, eso es indigno de usted. ¡Me da una sorpresa!

—Más le sorprenderá en la primera comisaría que encontremos. Estoy resuelto: o se embarca para América, con su ladrillo y todo, o hago que le prendan.

—Se ha olvidado usted de algo —dijo Cero—. No puede usted forzarme. La voluntad, querido amigo...

—Puedo obligarle. Sólo con levantar la mano y la voz en esta misma calle, el populacho...

—¡Por Dios! —exclamó Cero, palideciendo—. ¿Qué palabras son esas? ¡No deben decirse ni en broma! El populacho brutal, las pasiones salvajes... Somerset, por Dios, vamos a un restaurante.

Somerset le miró con curiosidad.

—¿Le produce a usted horror ese género de muerte?

—¿Y a quién no? —preguntó Cero.

—¿Le parece preferible ser volado con dinamita?

—Le confieso que durante toda mi carrera he estado expuesto a esto de ser

volado, una muerte muy desagradable también, a no dudar.

—Otra pregunta. ¿Qué le parece a usted la ley de Lynch?

—Un asesinato —respondió Cero.

—Chóquela, amigo. Vamos, no sabe usted cuántos deseos tengo de asistir a su marcha.

—No le comprendo bien; pero estoy seguro de que no me quiere usted mal. Mis fondos y mis títulos han quedado destruidos en lo que la historia llamará la atrocidad de la plaza Dorada. No puedo atravesar el océano.

—Para mí no ha cesado de ser usted un hombre perverso —dijo Somerset—. No tengo nada que ver con usted. Y, sin embargo, me desarma la confusión de su mente. Hasta hoy he opinado que no existía la estupidez. Pero hoy opino que sí existe. Basta, para convencerse, con mirar su rostro. Yo, que era un escéptico, me pregunto al presente: ¿es posible que crea en lo bueno y en lo malo? He visto que era víctima del prejuicio del honor personal. ¿Seguirá adelante este cambio? ¿Me habrá robado usted mi juventud? No me atrevo a dejarle entre mujeres y niños. Tampoco tengo ánimos para denunciarle. Así, pues, si no posee usted dinero, tome el 'mío. Si alguna vez vuelvo a verle ese día será el último de su vida.

—En ese caso, no podré rehusar sus ofrecimientos —dijo Cero—. Sus expresiones me duelen y me sorprenden. Pero una de las cosas que más me han encantado en su carácter es su deliciosa franqueza. En cuanto a esto que usted me presta, se lo devolveré desde Filadelfia.

—No, no es necesario —rehusó Somerset.

—Querido —replicó Cero—, mis superiores me recibirán ahora con los brazos abiertos, y no padeceré ya miseria pecuniaria.

—Aunque estuviera usted nadando en oro, no admitiría yo la devolución de ese dinero —aseguró Somerset—. Puede usted guardárselo. Los tres días que he pasado a su lado me han convertido en un romano antiguo.

Somerset paró un coche que pasaba, y ambos se dirigieron rápidamente a la estación. Allí, después de tomarle juramento, entregó a Cero el dinero para el viaje.

—Y ahora —dijo Somerset—, he recobrado el honor pagándolo con cuánto dinero me quedaba. Pero doy gracias a Dios por quedar libre de toda relación con el señor Cero Pompernickel Jones, aunque tenga que morirme de hambre.

—¡Morirse de hambre! —protestó Cero—, Querido amigo, no puedo hacerme a esa idea.

—¡Vaya a tomar su billete!

—No se enfada usted.

—¡Vaya a tomar su billete! —repitió el joven.

—Bien —repuso el conspirador al volver con el billete en la mano—; su actitud conmigo es tan dolorosa para mí, que dudo si tenderle la mano.

—Como hombre, no me la tienda. Pero no tengo inconveniente en estrechársela como empuñaría una bomba que vertiese veneno y fuego del infierno.

—¡Qué despedida tan fría! —suspiró el dinamitero.

Y, seguido por Somerset, entró en el andén, que rebosaba pasajeros. El tren para Liverpool iba a salir en seguida. Acababa de llegar otro. En aquel doble movimiento era muy difícil abrirse paso. Cuando pasó el dinamitero ante el kiosco de los periódicos se fijó en un número del “Standard”, donde se leía: “Segunda edición. Explosión en la plaza Dorada”. Se iluminaron sus ojos. Buscó en sus bolsillos una moneda, y se echó hacia adelante con tal ímpetu, que tropezó contra el kiosco. Y, como resultado del encontronazo, explotó la dinamita. Cuando se dispersó el humo se vio el kiosco reducido a un montón de astillas. El vendedor de periódicos había salido ileso; pero ni del patriota irlandés ni de su maleta quedó resto alguno, Amparado por el tumulto, pudo Somerset escapar y llegó hasta Euston Road. Le daba vueltas la cabeza; estaba muerto de hambre y no tenía un céntimo en el bolsillo. Aun así, se maravillaba de encontrarse alegre. Sentía en su corazón algo como la divina presencia, como la bondad de Dios. Y se decía a sí mismo que, después de haber sido aniquilado Cero, no le importaba morir.

Al atardecer se encontró a la puerta del establecimiento del señor Godall. Muerto de hambre y sin darse cuenta de lo que hacía, empujó la puerta y entró.

—Hola, señor Somerset —saludó el señor Godall—. ¿Qué, ha corrido usted alguna aventura? ¿Tiene una historia que contar? Siéntese; le escogeré un cigarro de los que le gustan. Entretanto, me obsequiará con un relato.

—No, no puedo fumar.

—¡Cómo! —exclamó el señor Godall—. Pero ahora que le miro más de cerca, me percató de que le veo cambiado. ¿Se siente usted mal? ¿Es algo de gravedad?

EPÍLOGO EN EL CIGAR DIVAN

Un día lluvioso de diciembre del año anterior, de nueve a diez de la mañana, el señor Challoner, con el paraguas abierto, llegó a la puerta del “Cigar Divan”, en Rupert Street. Sólo una vez había estado en aquel lugar, y el recuerdo de lo que allí le aconteció, así como el miedo que tenía a Somerset, le habían impedido volver hasta entonces.

Antes de entrar, examinó el interior; pero el local se hallaba libre de clientela.

El joven que estaba detrás del mostrador parecía muy entretenido traduciendo algo a penique la línea, y no advirtió la presencia de Challoner. Este se fijó con más atención en él y creyó reconocerle.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Es Somerset!

Y aunque hubiera querido evitar su encuentro el hecho de verle en el mostrador excitó su curiosidad y se acercó a él.

—“La espléndida rotonda llega al cielo” —recitó Somerset en el tono de quien mide un verso—. Supongo que no será rotonda sino cúpula. ¡Oh, cúpula soberbia, toca el cielo! Este es el punto débil de las artes. Ve usted un buen efecto y en seguida surge una triquiñuela que estropea el sentido.

—Somerset, querido amigo —saludó Challoner—. ¿Se ha disfrazado usted?

—¡Challoner! Tanto gusto en verle. Un momento. Voy a terminar el octavo verso, y al punto soy con usted. Sólo el octavo verso.

Y haciendo un gesto cariñoso con la mano se sumió de nuevo en su tarea.

—Ya —repuso, levantando la cabeza—. Noto que se conserva usted muy bien. ¿Qué hay de los centenares de libras?

—He heredado un pequeño capital de una tía mía que vivía en el País de Gales —declaró con modestia Challoner.

—¡Ah! —murmuró Somerset—. Dudo mucho de la legitimidad de la herencia. Debería habérsela apropiado el Estado. Ahora estoy metido en el socialismo y en la poesía —añadió en plan de excusa, como hubiera podido decir que estaba haciendo una cura de aguas.

—¿Es usted el dueño de este establecimiento? —preguntó Challoner, sin emplear otra palabra menos elegante.

—No; soy un simple vendedor. ¿Quiere usted un habano?

—Sí, me gustan..., pero...

—No ande con remilgos. Nos va bien el negocio, y el dueño, además, es una bellísima persona, lo que yo llamo una persona "que moralmente tiene sangre real. “De Godall je suis le fervent”. Sólo hay un Godall. A propósito, ¿cómo le fue a usted de detective?

—No probé a serlo —replicó Challoner brevemente.

—Yo sí. Por cierto que todo me salió como quien dice a las mil maravillas. Perdí mi dinero e hice el ridículo. En esa profesión, como en todas, hay la parte que se ve y

la que permanece escondida.

—“A propos” —dijo Challoner—. ¿Pinta usted todavía?

—No —contestó Somerset—. Ahora pienso dedicarme/al violín.

Los ojos de Challoner, que se sentía algo inquieto desde que habían nombrado la profesión detectivesca, se posaron en las columnas de un periódico abierto sobre el mostrador.

—¡Caramba! —exclamó—. Es extraño.

—¿Qué es lo extraño?

—No, nada. Sólo una vez he encontrado a un sujeto llamado M’Guire.

—Yo también le conozco. ¿Dice ese periódico algo de él?

Challoner leyó lo siguiente:

—“Muerte misteriosa en Stepney. Ayer se hizo la autopsia a Patricio M’Guire, carpintero. El doctor Dovering declaró que le asistía en su clínica como enfermo. Padecía de insomnio, inapetencia y neuralgia. No se encuentra la causa aparente de su muerte. El difunto no era lo que se dice un hombre de buenas costumbres, lo cual puede haber precipitado su fin. Se quejaba de padecer gota; pero nadie le vio sufrir ningún ataque. El doctor ignora si el muerto tenía familia. Se le consideraba como persona algo falta de juicio y se le creía miembro de alguna sociedad secreta. El doctor añade que, si tuviera que dar su opinión, diría que M’Guire había muerto de miedo”.

—Tiene razón el doctor —apoyó Somerset—. ¡Qué alivio experimento al ver que ha fallecido! ¡Pobre diablo, se lo merecía!

En aquel momento se abrió la puerta, y apareció Desborough, envuelto en su amplio impermeable en el local, al que faltaban algunos botones; sus botas chorreaban agua, y su sombrero estaba muy grasiento. A pesar de todo, parecía muy satisfecho. Los otros le recibieron con aclamaciones de sorpresa.

—¿Y usted? ¿Ensayó el arte detectivesco?

—No. Es decir, sí. Pero yo he venido porque creí encontrar aquí a mi esposa.

—¡Cómo! ¿Se ha casado usted? —inquirió Somerset.

—Sí —asintió Enrique—. Hace un mes ya.

—¿Y están ustedes bien de dinero? —preguntó Challoner.

—Eso es lo malo —confesó Desborough—, Estamos muy apurados. El prín..., el señor Godall, hará algo por nosotros. Por eso venimos.

—¿Y cuál es el apellido de soltera de la señora Desborough? —indagó Challoner con el acento de un hombre de mundo.

—Señorita Luxmore —respondió Enrique. Les gustará. Es más inteligente que yo, y cuenta unas historias maravillosas.

En aquel instante vino la señora Desborough.

Somerset reconoció en ella a la joven que visitaba la casa de la plaza Dorada, y Challoner a la hechicera joven de Chelsea. Ambos se quedaron estupefactos.

—¿Qué? —dijo Enrique—. ¿Conocen ustedes a mi mujer?

—Creo haberla visto en alguna parte —tartamudeó Somerset con mucha turbación.

—Sí, yo a mi vez creo conocerle, caballero, aunque no recuerdo de qué —dijo la joven.

—Es posible que la haya confundido con alguien —insinuó Somerset.

—¿Y usted, Challoner? También parece que la ha reconocido.

—Los dos son amigos tuyos, ¿verdad, Enrique? —comprobó la dama—. No me acuerdo de haber visto nunca al señor Challoner.

Challoner estaba como una cereza, y tan turbado como el otro, balbuceó:

—No recuerdo haber tenido el honor...

—Bien. ¿Y el señor Godall? —pregunto la señora Desborough.

—¿Es usted la dama a quien espera? Siendo así la anunciaré en seguida —indicó Somerset, poniéndose encarnado.

Y el joven alzó una cortina, abrió una puerta y pasó a una pequeña pieza que se había añadido a la parte posterior de la casa. Caía la lluvia en el tejado y resonaba musicalmente. Sobre una mesa estaban extendidos un gran mapa de Egipto y del Sudán, con otro del Tonkin, en los cuales a diario se marcaban con alfileres de colores el curso de las dos guerras que tenían lugar entonces. El aire oía a tabaco fino, y en la chimenea ardía un buen fuego de leña. Dentro de aquella sencilla y elegante habitación, el señor Godall, envuelto en un batín, miraba plácidamente el fuego y escuchaba con delicia el chapoteo de la lluvia.

—¿Qué hay, querido Somerset? ¿Ha adoptado usted desde anoche un nuevo sistema político?

—Ha venido la señora que esperaba usted, señor —previno Somerset, enrojeciendo otra vez.

—¿La ha visto usted ya por fin? Le voy a hacer una advertencia. No creo que esa señora quiera acordarse del pasado. Así que no es menester que le diga nada más. De caballero a caballero...

Poco después, el señor Godall acogía a la señora Desborough con la grave y ceremoniosa urbanidad que le caracterizaba.

—Tengo sumo placer en recibirla en esta humilde casa. Me gustaría poder ser útil a usted y al señor Desborough.

—Alteza, ante todo he de darle las gracias —manifestó Clara—. Conocía su bondad y sabía que iba a hacer todo lo posible para aliviar nuestras desgracias. Enrique merece todo cuanto se haga por él.

—¿Y usted no?

—¿Yo?... Yo no merezco nada.

—No soy quién para juzgar a los hombres —respondió el príncipe—, y menos a las mujeres. Ahora soy una persona particular como usted y como tantos otros. Pero sabe perfectamente, y Dios mejor aún, él mal que ha hecho a la humanidad durante él

pasado. No me detengo a analizarlo. Sólo me preocupa el porvenir, para el cual pido seguridad. No me gusta poner armas en manos de un combatiente desleal, y, por tanto, no me atrevo a restaurar en su riqueza uno que ha sostenido una guerra secreta bárbara. Pero, aunque me expreso con severidad, procuro elegir mis palabras. Me repito a mí mismo que es usted una mujer, y recuerdo a los niños cuyas vidas ha puesto en peligro. Mujer..., niños... Es muy posible que cuando sea usted madre, señora, comprenda lo que quiero decir. Es muy posible que cuando se incline usted hacia una cuna, cuando su hijito esté enfermo...

—Su alteza mira sólo la falta y no mira la excusa —alegó Clara—. Su corazón no se ha estremecido nunca ante la opresión. ¡Naturalmente, nació en un trono!

—Nací de una mujer —rectificó el príncipe—. Nací a consecuencia de los sufrimientos de mi madre, y tan desvalido como le demás niños. Olvida usted esto; pero yo lo recuerdo fielmente. Un poeta inglés observó la tierra, y vio vastas murallas, innumerables tropas que maniobraban, buques de guerra en el mar, la polvareda de un combate en la costa. ¿Cuál sería la causa de todos aquellos preparativos y operaciones?

La causa estaba allí, en medio de todo era una mujer con su hijito en brazos. Esta es mi política, señora. Y los versos, que son de Coventry Patmore, los he hecho traducir al bohemio. Sí, repito que esta es mi política: cambiar lo que podamos y mejorar lo que podamos, mas tener presente que el hombre es un demonio a quien sujetan apenas unas imposiciones o unas creencias generosas. Y ninguna palabra, por noble que parezca, debe ser tan fuerte que relaje estos lazos.

Siguió un corto silencio.

—Temo cansarla, señora. Mis discursos empiezan a hacerse viejos. ¿La molesta contestarme?

—No sé contestar más que una cosa —adujo la joven—. Amo a mi esposo.

—Eso es más que suficiente, señora —repuso el príncipe—. Sus palabras me animan. Y ahora le pido que se retire. Esa campanilla que suena indica que ha llegado mi antigua amiga, madre de usted. La prometo que haré cerca de ella en favor de usted, todo lo que pueda.

La señora Desborough salió de nuevo al “Divan”, mientras el príncipe, abriendo una puerta que daba al otro lado del pabellón, hacía entrar en él a la señora Luxmore.

—Señora, mi buena amiga —le dijo—. ¿Tan cambiado está mi rostro, que no reconoce usted en el señor Godall al príncipe Florián?

—¡Es posible! —exclamó la dama, mirándole a través de sus impertinentes—. Sepa que siempre he considerado a su alteza como un perfecto caballero, y cuando me he enterado de sus tristes vicisitudes, en lugar de disminuir, han aumentado mi respeto.

—Así me ha sucedido con la mayoría de mis amigos —afirmó el príncipe—. Tome asiento, señora. El asunto de que he de hablarle es muy delicado. Se refiere a su hija.

—En ese caso, más vale que no se tome usted la molestia de hablar; me he propuesto no saber nada de ella. No oiré ni una palabra en su defensa. Y como estimo mucho la justicia, le voy a ponerle al corriente de mis quejas contra ella. Me abandonó. Ha acompañado durante años a sujetos de todo punto indeseables. Y, para colmo, se ha casado hace poco. No quiero verla, ni tampoco a su esposo. He ofrecido siempre a Clara ciento veinte libras al año, y ahora vuelvo a ofrecérselas. Con esa cantidad contaba yo cuando tenía sus años.

—Muy bien, señora. Pero hablemos de otra cosa. A cuánto ascendía la renta del reverendo Fanshave?

—¿De mi padre? Creo que tenía setecientas libras al año.

—¿Y cuántos hermanos eran ustedes? —siguió preguntando el príncipe.

—Éramos cuatro hijas.

—¿Y no disfruta usted una renta de ocho mil libras?

—Sólo de cinco mil —precisó la dama—. Pero... ¿a qué vienen todas estas preguntas?

—A que debería fijar a su hija mil libras al año —propuso, riendo, el príncipe—. No puede usted tomar a su padre como norma. Él era pobre, y usted es rica. Él tenía que atender a los pobres, y usted no tiene que hacerlo por obligación.

—¡En esta casa me han tendido un lazo! —contestó la dama, poniéndose de pie—. Pero no servirá de nada. No servirá de nada, aunque se confabulen en contra mía todos los vendedores de tabaco del mundo.

—¡Ah, señora! ¡Si no estuviera yo en desgracia no emplearía usted ese lenguaje! —observó el príncipe—. Puesto que tanta repulsión le causa la industria que me da el permítame advertirle una cosa: si no consiente mantener a su hija, me veré obligado a colocarla detrás de un mostrador. Creo que Clara sería una gran atracción para el establecimiento. ¡Ah, y su yerno de usted llevará paquetes y recados! Con la ayuda de la sangre joven de esos dos empleados, mi negocio se duplicará. Yo, agradecido, pondré el nombre de Luxmore al lado del de Godall.

—He sido muy descortés, alteza. Y usted ha sido muy listo. Supongo que Clara está aquí. Hágala venir.

—Lo mejor es que la cojamos desprevenida —sugirió el príncipe.

Se levantó y descorrió en silencio la cortina.

La señora Desborough aparecía sentada de espaldas a ellos. Somerset y Enrique estaban pendientes de sus labios. Challoner alegando un asunto urgente, se había apartado de la detestable compañía de la linda joven de Chelsea.

—En aquel momento —contaba la señora Desborough— el señor Gladstone descubrió el rostro del cobarde que le había asaltado. Sus labios lanzaron un grito de triunfo.

—¡Caramba, si ése es el señor Somerset! —interrumpió la señora Luxmore—. Señor Somerset, ¿qué ha hecho usted de mi casa?

—Ya se lo explicaré yo, señora. Abrace, entretanto, a su hija —intervino el

príncipe.

—¡Hola, Clara! ¿Cómo estás? —saludó la señora Luxmore—. Parece que por fin voy a fijarte una renta que valga la pena. En cuanto a usted, señor Somerset, estoy dispuesta a oír sus explicaciones. Verdaderamente, el asunto, aunque me saliera caro, resultó divertido.

Al llegar aquí, dedicó a Somerset; una inclinación de cabeza. Luego, dirigiéndose al príncipe, agregó:

—He cobrado mucho afecto a ese caballerito. Sus cuadros son la cosa más graciosa que he visto en mi vida.

—He mandado preparar un refrigerio —comunicó el príncipe—. Señor Somerset, como son amigos suyos todos, siéntese a la mesa con ellos. Mientras, ya tendré cuidado del mostrador yo mismo.

FIN

EPÍLOGO EN EL CIGAR DIVAN

La vida del genial novelista Roberto Luis Stevenson, vida corta y triste, constituyó casi una constante peregrinación por los principales sanatorios de Europa y por mares lejanos, no hallando alivio a sus dolencias, pues estuvo más o menos enfermo desde la cuna hasta el sepulcro; pero su quebrantada salud afinó, sin duda, su sensibilidad, permitiéndole escribir una serie de obras inmortales.

Nació este gran literato en Edimburgo, en 1850, empezando a estudiar las carreras de ingeniero, que no terminó, y de abogado, que no quiso ejercer, para consagrarse luego por completo al cultivo de las letras. Viajó primero por Bélgica y Francia, y en París conoció a una dama, con quien se casaría. Como se agravaran sus males, decidió buscar remedio a ellos en las islas del Sur y se instaló en Samoa. Al poco tiempo fallecía de una hemorragia cerebral en Vallino, en 1894.

Narrador magistral, Stevenson ha abordado con la misma fortuna diversos géneros literarios, desde la novela de aventuras hasta la fantástica, pasando por la psicológica o analítica, y en todas hubieron de distinguirle los primores de su estilo, su agudeza de observación y su ironía sutil. En cierto modo resulta inclasificable este autor porque sus producciones tienen un carácter propio y único que desborda los límites de un género.



ROBERT LOUIS BALFOUR STEVENSON (Edimburgo, Escocia, 13 de noviembre de 1850 - Vailima, cerca de Apia, Samoa, 3 de diciembre de 1894). Fue un novelista, poeta y ensayista escocés. Su legado es una vasta obra que incluye crónicas de viaje, novelas de aventuras e históricas, así como lírica y ensayos. Se le conoce principalmente por ser el autor de algunas de las historias fantásticas y de aventuras más clásicas de la literatura juvenil, *La isla del tesoro*, la novela histórica *La flecha negra* y la popular novela de horror *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde*, dedicada al tema de los fenómenos de la personalidad escindida, y que pueden ser leída como novela psicológica de horror. Varias de sus novelas continúan siendo muy famosas y algunas de ellas han sido varias veces llevadas al cine del siglo xx, en parte adaptadas para niños. Fue importante también su obra ensayística, breve pero decisiva en lo que se refiere a la estructura de la moderna novela de peripecias. Fue muy apreciado en su tiempo y siguió siéndolo después de su muerte. Tuvo continuidad en autores como Joseph Conrad, Graham Greene, G. K. Chesterton, H. G. Wells, y en los argentinos Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges.